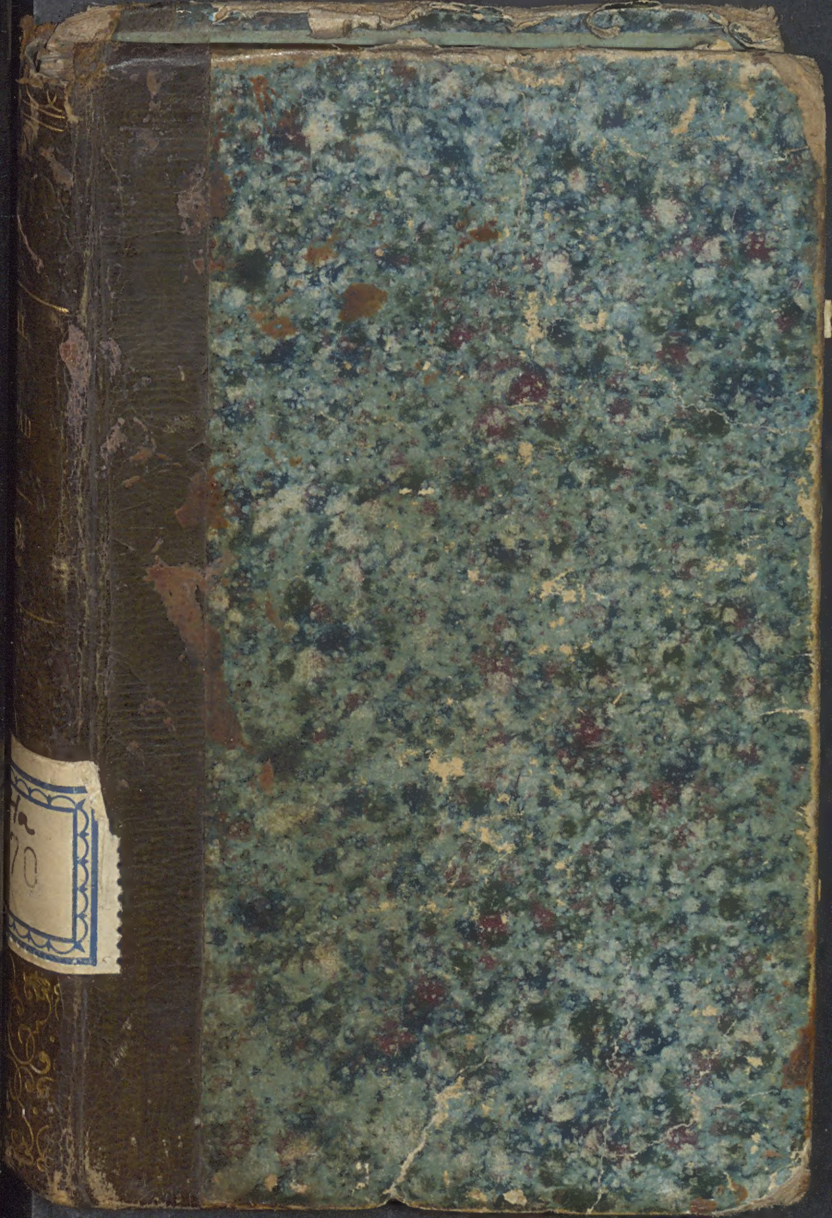
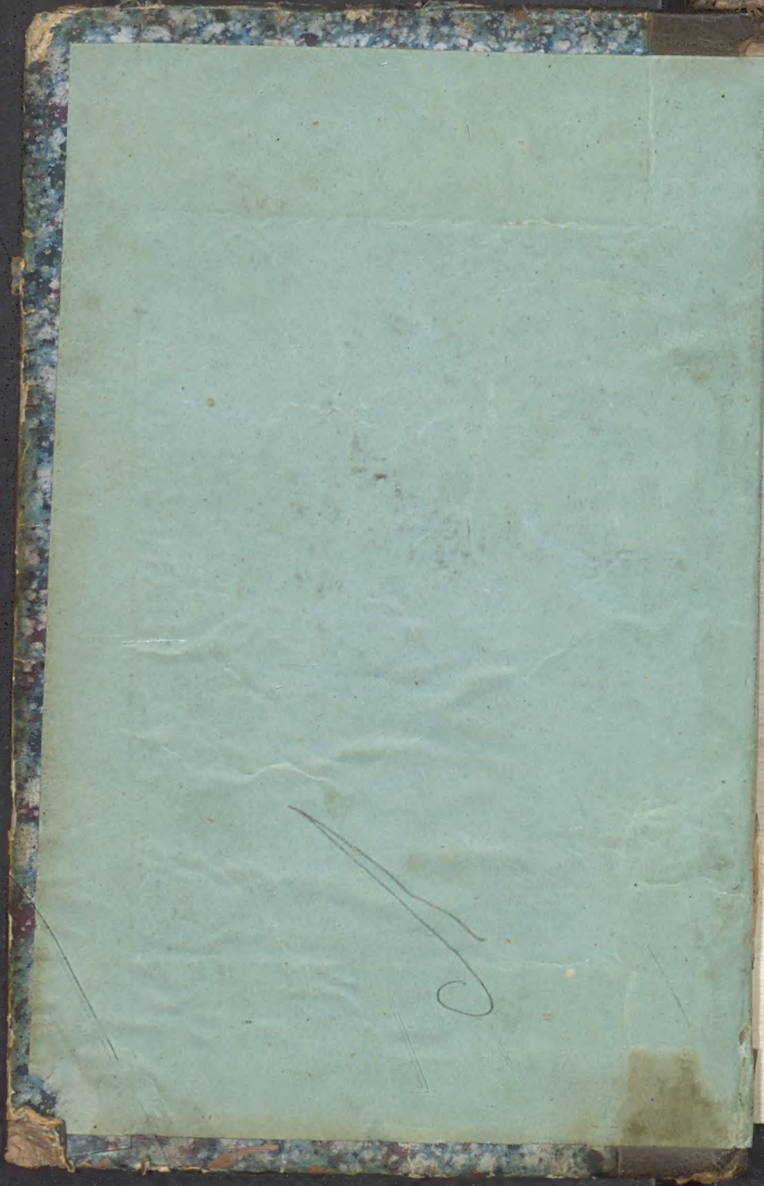
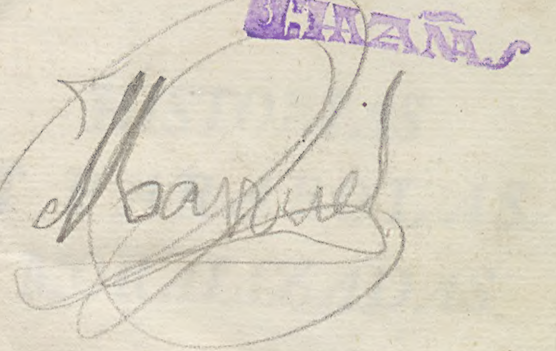




Encadro



HISTORIAS Y PARABOLAS MORALIZADAS.

✠

HISTORIAS, Y PARABOLAS MORALIZADAS

DEL P. BUENAVENTURA.

TRADUCIDAS

DEL FRANCES AL ESPAÑOL

POR

EL P. JOSEPH MORENO,

DE LOS CLERIGOS REGULARES MENORES DE LA CASA DEL ESPIRITU SANTO DE SEVILLA.



CON PRIVILEGIO EN SEVILLA:

EN LA IMPRENTA MAYOR DE LA CIUDAD.
AÑO DE M.DCC.LXXX.IX.

Se hallarà en dicha Ciudad en la Libreria de D. Vicente de Lema, en calle Genova.

EL TRADUCTOR AL LECTOR.

Hallandome en la obligacion de cultivar el estudio de la lengua Francesa para confesar en este idioma á los que esten en Carceles, ú Hospitales, impedidos á buscar por si mismos quien les subministre este beneficio; con este estimulo me dediqué primeramente á traducir un tomo en quarto, que corre impreso con el titulo: *Virtudes y Privilegios de San Joseph*: y ahora ultimamente habiendo llegado á mis manos, por acaso extraordinario, el original de esta pequeña Obra, tuve á bien ocuparme en su traduccion, no solo por el motivo insinuado, sino tambien por contemplarla util á toda clase de personas, y con especialidad á la juventud dedicada á aprender las primeras letras, pues su materia le dá ocasion á aficionarse á la lectura, por lo deleytable de la

His-

Historia ó Parabola que propone; y al mismo tiempo le estimula á instruirse en la piedad, por los Documentos Morales que estan al fin de cada Parabola. Y no habiendo destinado para esto otro tiempo que el sobrante de las ocupaciones Religiosas, lo doy por bien empleado, aun quando no sacára otro fruto que el de evitar el ocio con una obra que puede contribuir á algun aprovechamiento espiritual. Los defectos que tuviere ruego que se disimulen como efectos de mi ignorancia, y quanto se hallare bueno, se refiera todo á Dios como origen de todo bien, y á quien solo se debe toda gloria y alabanza, por los siglos de los siglos. Amen.

TABLA
DE LAS PARABOLAS.

HIS-



HISTORIAS Y PARABOLAS MORALIZADAS DEL P. BUENAVENTURA.

PARABOLA I.

El Huerfano indocil.

UN Rey de Persia que no tenia hijo heredero de su Reyno, hallò en la calle un niño mendigo huerfano bien parecido. Mandò tomarlo, y conducirlo à la Corte, con el designio de adoptarlo. Luego que vistieron al niño como à hijo de Rey, fue el encanto, y las delicias de la Corte, Habiendo muerto el Rey, halla-

ron ordenado en su testamento que el niño fuese criado con todo cuidado hasta la edad de quince años; y si correspondia à estos desvelos que se tendrian con èl, y daba muestras de virtuoso, y digno del trono, lo adoptaba; y si por el contrario no se aprovechaba de la educacion que recibiria, y se diese à los vicios, que lo despojàran, lo echàran de Palacio, y lo condenaran à las minas.

Se executò el testamento: dieron al niño Directores, Maestros, y Preceptores, y no se omitiò cosa alguna que pudiese contribuir à formarlo, instruirlo, y perfeccionarlo. Durante su infancia no mostrò sino malas inclinaciones, y disgusto à todo lo que le podia ser util. Se irritaba contra sus Maestros, pisaba los libros, ò los tiraba por la ventana. Destrozaba quanto le ponian en la mano para su instruccion. Siendo ya adulto, le hicieron saber el testamento del Rey: todos los dias le hacian presente, por una parte el Cetro, y la Corona que le eran destinados; y por otra la infamia, y

el

el suplicio à que estaba condenado. Estas consideraciones no hacian en èl impresion alguna. En una edad ya adelantada, no se ocupaba en otra cosa que en hacer casillas de lodo, y en formar castillos de cartas. Quando sus Maestros le derribaban estas obras frivolas, lloraba, se despechaba, y amenazaba; y en lugar de estudiar lo que se le habia señalado, luego que estaba solo volvia à las mismas puerilidades, y no queria aprender nada. Con todo aprendiò (no se sabe como) à proferir palabras las mas groseras, y las mas indecentes. Por mas que se las reprehendian no se enmendaba. Al paso que crecia en edad, descubria nuevos defectos, y daba en mayores vicios. La colera, la crueldad, la avaricia, el exceso en el comer y beber, no eran solos los que se notaban en èl. Tenia discursos conformes à sus inclinaciones: no alababa sino las acciones viciosas: no estimaba sino el exceso, ni amaba sino la glotonerìa.

Finalmente, con tan malas disposicio-

nes llegò à la edad de quince años. Juntòse el Consejo ; pareciò en èl, se le leyò el testamento del Rey , y de unanime consentimiento fue declarado indigno de reynar, condenado à ser despojado, y enviado à las minas por el resto de su vida. Habiendo oido su sentencia, fue entonces la primera vez que se mostrò sensible, y arrepentido. Pusose palido, temblò, derramò lagrimas, arrojò suspiros, pidiò gracia ; mas la sentencia se executò.

La suerte de este niño me causa no obstante compasion. Porque à la verdad, este fue para èl un dia muy desgraciado. Què caida! Què pèrdida irreparable! Mas tambien su conducta es muy desarreglada, muy aborrecible, è insoportable. Este infeliz no sabia lo que tenia que esperar, ò què temer? Ha! y tu, Christiano, no lo sabes tambien? ¿No eres tu este niño destinado por tu adopcion para reynar eternamente, si tienes una conducta digna del trono que te està prometido; y amenazado con un supli-

pli-

plicio eterno, si tienes una vida indigna de tu adopcion?

Tu has sido como èl sacado del seno de la miseria, y de la necesidad: tu has sido labado del pecado original en las aguas del bautismo, revestido con la vestidura de la inocencia. Què hermoso eras entonces à los ojos de la Corte Celestial! Pero què presto has manchado esta vestidura, y has perdido todas tus gracias!

Compara tu vida con la de aquel niño, y la hallaràs tan frivola, tan indigna, y mas viciosa que la suya. Con todo estàs instruido, sabes de que se trata en orden à tì. Si Dios por su misericordia te ha quitado algunas veces los objetos indignos que atraìan tu corazon, lexos de entrar en tì mismo, y de unirte à èl, te has obstinado à no amar sino la tierra. Entre tanto se acerca el dia en que se decidirà si eres digno del Cielo, ò del Infierno: las lagrimas, y los sentimientos seràn inutiles en aquel dia.

PA-

PARABOLA II.

El Esclavo imprudente.

UN hombre muy rico llamado Aristo, se aficiono à un Esclavo suyo llamado Afrenes. Lo habia quitado de los trabajos del campo para que sirviera en su casa, con el designio de darle presto libertad. En efecto lo llamò un dia, y le dixo: Afrenes, tengo que darte una comision, y enviarte algunas leguas de aquì: si la cumples bien, à tu vuelta te doy libertad, y con ella te darè à mas una gratificacion, con la que no dexaràs de estar contento. Vè aqui la comision que te doy. Tu conoces al Señor Eusebio, y sabes donde vive: llevale estos treinta talentos de plata que se le deben: toma de èl un recibo, y traemelo; y esto es todo lo que yo exijo de tì. Bien sabes que en pasando el monumento de Hebe hay dos caminos, uno à la derecha, y otro à la izquierda: toma el de la derecha, y

este te llevarà en casa de Eusebio. Si tomas à la izquierda, iràs à parar en casa de Caquisto. Yo te prohibo poner los pies en su casa. Ese es un mal hombre, que piensa que todo se le debe, y se apoderarà de tu dinero. Cuidado con lo que te digo; porque si te acaeciera esta desgracia, todo mi amor para contigo, se mudaria en odio; y en lugar de la libertad, y de las ventajas que te prometo, te pondrè en prision, y te enviarè à los mas duros trabajos del campo, de donde no saldràs jamàs.

Mi Señor, respondiò Afrenes, para executar yo vuestros ordenes, no es menester ser estimulado, ni con la esperanza, ni con el temor. Mi obligacion, y el deseo de agradaros, seràn siempre los unicos motivos que me haràn obrar, y diciendo esto, tomò el dinero, y marchò.

Luego que se viò en el camino, comenzò à exclamar: O dichosa libertad, por la que tanto he suspirado! Ya por ultimo estàs à la vista, y el dia de ma-

ña-

ñana me verà libre: O dia para mì dichoso! Despues comenzò à razonar consigo mismo, y à decir: En estando yo libre, con el corto peculio que tengo, y las otras gratificaciones que me harà mi Señor, podrè hacer alguna cosa. Con todo (añadiò) si tuviera siquiera diez talentos mas, haria bien mi negocio. Mas yo soy un loco (continuò): pido diez talentos, y tengo treinta? Quièn me impide tomar diez de estos treinta? Quièn lo ha de saber? El Señor Eusebio tendrà bastante con veinte. Dicho esto, abre el talego, saca diez talentos que pone à parte, sigue su camino, y su razonamiento.

Voy, pues, à llevar (se decia à sì mismo) estos veinte talentos al Señor Eusebio. Yo bien conozco à ese Señor: èl es duro, y avaro: yo apostarè, que ni aun las gracias me ha de dar por mi trabajo. Mas no asì el Señor Caquisto: estoy muy cierto, que si fuera à su casa, no me dexaria ir sin hacerme probar su vino. Diciendo esto, pasò el monumento

de

de Hebe; y se le presentaron los dos caminos. Aqui està (dixo) el punto de la dificultad: à què lado tomarè? Por ultimo, yo bien puedo desde luego pasar en casa de Caquisto, y desde allì en descansando un poco, podrè ir igualmente en casa de Eusebio; y diciendo esto, toma à la izquierda. Luego que Caquisto le viò desde lejos, levantò la voz, y le dixo: mi querido Afrenes, traes dinero? Si Señor. Quànto? Veinte talentos. Eso es muy poco; mas no importa, entra sin embargo, y bebe un trago mientras comemos. Pero, Señor, (dixo Afrenes) yo no traigo este dinero para vos. Pues para quièn? Para Eusebio. Bueno, dixo Caquisto. Eusebio tiene necesidad de dinero? A mì es à quien se le debe, y yo lo necesito: damelo à mì no mas, hijo mio, y comerèmos juntos. Mas, Señor, (replicò Afrenes) yo he de llevar à mi Señor un recibo. Muy bien, dixo Caquisto, yo te lo darè, que para tu Señor viene à ser lo mismo. Afrenes que no sabìa leer, y que ignoraba el valor

lor de una carta de pago; y por otra parte tenia hambre, se dexò persuadir: diò el dinero, y tomò el recibo. Despues de esto se sentaron à la mesa, comieron, se divirtieron, y jugaron hasta que fue tiempo de partir, y de volver à la casa.

Afrenes se regresaba poco à poco algo inquieto sobre su maniobra, sin saber en què vendria à parar todo esto. Quando su Señor le viò, le dixo: Mucho te has tardado, Afrenes. Señor, me han hecho quedar à comer. Y Eusebio està bueno? Si Señor, por lo menos, no me ha parecido malo. Le diste el dinero? Si Señor. Traes el recibo? Si Señor, aqui esta. Aristo lo abriò, y al punto viò la firma de Caquisto. Y què es esto, exclamò, te lo ha dado Caquisto? Es èl à quien has llevado el dinero? Afrenes se sorprehendiò, se turbò, y enmudeciò. Habiendolo repasado Aristo, le dixo: Y què no has llevado mas que veinte talentos? Donde estàn los otros diez? Viendo Afrenes que todo se habia des-

cubierto, se arrojò à los pies de su Señor, y le dixo: Señor, soy un miserable, que no merezco sino vuestra indignacion. Nada he hecho de lo que se me ha ordenado, y he hecho todo lo que se me habia prohibido. Castigadme, pues lo he merecido. Entonces le dixo Aristo: tu no me has cumplido tu palabra, yo te cumplirè la mia. Al punto mandò ponerle los grillos; que lo llevasen al campo, para ocuparlo en los trabajos mas penosos, y no quiso verle mas, ni hablar de èl.

Se puede imaginar conducta mas loca que la de este Esclavo? Repasemos sus principales hechos, y veamos si nos comprehenden en alguna cosa.

1. Su ingratitud. Traed aqui à vuestra memoria todos los beneficios que habeis recibido de Dios. Os ha sacado de la nada haciendoos hombre. Despues por una especial bondad os ha sacado de la masa de la perdicion trayendoos à su Casa, y à su Iglesia, para experimentar en ella por algun tiempo vuestra fideli-

dad

dad en servirle, y poneros brevemente despues en posesion del Paraìso, para gozar en èl de una libertad, de unà felicidad, y de una vida eterna. Este es el fin para que os ha criado. Podiais desear otro mas noble, y mas ventajoso? Para ayudaros à llegar à este fin, criò el mundo, y estableciò su Iglesia. Dandoos un cuerpo, y una alma, y dexando à vuestra eleccion el uso de todas las criaturas, no exije de vosotros mas que una cosa, ni os prohibe sino otra. Lo que exije de vosotros es, que quando hubierèis llegado à la edad de la razon; quando hubierèis pasado los años de la infancia, y que estèis en estado de distinguir lo bueno de lo malo, entrèis en las sendas de la justicia, de la piedad, de la devocion, y que andèis en los caminos de sus Mandamientos, no usando de sus beneficios sino para su servicio, y vuestra sa'ud, y ordenandolo todo à su gloria. La unica cosa que os prohibe es, entrar en los caminos de la iniquidad, sacrificar al Demonio, y al mun-

mundo los talentos que solo os ha dado, para que los empleeis en su servicio: no quitar nada de los bienes que os ha confiado, ni hacerlos servir à vuestro amor propio, à vuestra avaricia, à vuestro orgullo, à vuestras pasiones. Examinad ahora lo que habeis hecho hasta el presente.

2. Su desobediencia. Importa mucho notar el modo con que vino à caer en ella. 1. El cuenta con la recompensa prometida à su obediencia, y no hace diligencia alguna para obedecer: piensa solo en su libertad, y no en el medio para obtenerla. Del mismo modo todos pretenden salvarse; nadie quiere condenarse: con todo no se piensa en el unico medio que hay para salvarse, y para evitar la condenacion, qual es, obedecer los Mandamientos de Dios.

2. El pretende obedecer, y no se ocupa sino en pensamientos que lo apartan de la obediencia. ¿Còmo pretendeis vosotros guardar la ley de Dios, si no escuchais, si no leeis, si no indagais, si no ama-

amais sino solo lo que es opuesto à ella? Si no traeis en vuestro espiritu, en vuestra memoria, en vuestra imaginacion, en vuestro corazon sino pensamientos, proyectos, propensiones que son contrarias à ella?

3. El pretende obedecer, y desobedecer juntamente; hacer al principio lo que se le prohibia, y despues lo que se le mandaba. Y este mismo es el escollo en que caeis vosotros: querèis comenzar por servir al mundo, y despues servir à Dios. Y lo mas frequente es, morir sin haber servido à Dios, y no habiendo servido sino al mundo.

3. Su temeridad. Esta se hace notar en tres cosas. 1. En lisonjearse, que sus acciones, y modo de portarse seràn ignoradas de su Señor. Podrà suceder, que Filosofos impìos se persuadan que Dios no sabe sus acciones, y sus blasfemias; ò que sabiendolas no las castiga. Mas nosotros que creemos que Dios lo vè todo, còmo nos atrevemos à pecar en su presencia, y à su vista? O, quanto

ha

ha animado los corazones para cometer la iniquidad, esta palabra: *Nadie lo sabrá*! Asì, pues, es tenido Dios por nada entre los hombres.

2. En que se contenta con el recibo del enemigo de su Señor. ¿Y nosotros no nos contentamos con tener el sufragio, y la aprobacion del mundo? No quedamos satisfechos luego que salvamos las exterioridades, y las apariencias? Quàndo el mundo nos aplaude en nuestros desordenes, y en las acciones mas contrarias à la ley de Dios, pedimos alguna cosa mas? Con esto solo no nos tenemos por felices, y quedamos tranquilos?

3. En que se atreve à presentar este recibo à su Señor. Este es el colmo de la temeridad. Sin embargo este es el punto en que le imitamos mas exactamente. Nos vamos acercando sin cesar, y à pesar nuestro àcia el tribunal de Dios, y nos atrevemos à parecer delante de esta Magestad formidable con una conciencia cargada de todas nuestras iniqui-

quidades; con una conciencia que testifica contra nosotros, y que trae por menor escrito con toda exactitud quanto hemos hecho, dicho, pensado, imaginado, amado, y deseado.

Mas tres cosas son las que nos hacen aun mas culpables que este Esclavo.

1. El no sabìa leer, y esto no por culpa suya. Mas nosotros podemos leer en nuestra conciencia, y examinar lo que hay en ella. Y si decis que no podeis leer en ella, respondo que eso es por culpa vuestra, porque jamàs os habeis exercitado, ni acostumbrado à ello; antes mas bien huis de poner los ojos en ella, por no tomar la molestia de entrar en vosotros mismos, y de recogeros un momento, como sino fuese mejor para vosotros tomar esta molestia para borrar, y quitar todo lo que os es contrario, que llevarlo sin examen al tribunal de Dios para ser por ello castigado eternamente.

2. El no sabìa el valor de una carta de pago, y que esta descubria todo lo

que

que èl queria ocultar: mas vosotros, quando fuera cierto que no supieseis leer en vuestra conciencia, por lo menos sabeis bien que ella contiene todo lo malo que habeis hecho, y que os lo vituperarà en el tribunal de Dios. Sois, pues, muy temerarios, è insensatos en llevarla à èl en este estado.

3. El no podia reformar aquel recibo, y despues del defecto que habia cometido, no habia ya remedio para èl; pero para vosotros hay uno, y sereis muy locos sino os valeis de èl.

Este remedio es, 1. que aprendais à leer en vuestra conciencia; que ojeeis cuidadosamente este libro de vuestra vida; que sepais con certeza lo que contiene; que borreis de èl con vuestras lagrimas, y quiteis con una buena confesion todo lo que se hallare en èl contra vosotros.

2. Que si à pesar de vuestros esfuerzos, y de vuestra aplicacion, se halla algun lugar que no podais comprehender bien, lo abandoneis à la misericor-

dia de Dios, procureis quemarlo en las llamas del amor Divino, y lo hagais servir de fundamento à la humildad sin turbaros, ni inquietaros, sirviendo à vuestro Señor con confianza, y amor, y al mismo tiempo con temor, y temblor, acordandoos, que vuestro Señor es vuestro Padre, que no pide sino un corazon recto, y una buena voluntad; que no gusta que la sirvamos con turbacion; que el escrupulo excesivo ofende, y que la confianza le honra.

3. Que cuideis mucho en adelante no dexar entrar en vuestra conciencia cosa alguna que le cargue, y pueda testificar contra vosotros. Y si alguna cosa semejante viniere à entrar en ella por vuestra negligencia, examinadla al punto, y borrarla con el dolor, con la penitencia, y con la confesion. De esta manera tendrèis vuestra conciencia en buen estado, la presentarèis à Dios con confianza; ella serà la prueba de vuestra fidelidad; Dios os concederà la recompensa prometida al Siervo fiel, y goza-

zareis de ella por toda la eternidad.

PARABOLA III.

El Maná del Desierto.

EL Manà que Dios diò à los Israelitas en el Desierto, es una figura muy natural de los bienes de este mundo.

1. El Manà era desconocido. Quando los Israelitas vieron la primera vez los Campos cubiertos de esta especie de grano, se sorprehendieron en extremo, y se preguntaban unos à otros: *Què es esto?* De esta pregunta hecha en Hebreo, fue llamado este grano *Manà*. Del mismo modo, à todos los bienes de este mundo se les podrìa llamar: *Què es esto?* Joven que comienzas à abrir los ojos, y à distinguir los objetos esparcidos por la tierra, no juzgues de ellos segun la impresion de los sentidos. En el mundo ves riquezas, honores, placeres; antes de entregar tu corazon à estos objetos, aprende à conocerlos, y

pregunta: *Qué es esto?* Preguntalo à tus piadosos parientes, a un sabio Director; y sobre todo preguntalo a el Padre de las luces, para no engañarte à cerca de la naturaleza, y del uso de estos bienes. Veràs la mayor parte de los hombres correr tras ellos, y trabajar sin intermision por adquirirlos para si, cada vez mas. Otros veras por el contrario que menosprecian estos bienes, que los temen, y que los dexan. A vista de esto, pregunta tambien ahora: *Qué es esto? De dònde nace esta diversidad de juicios, y de conducta?*

2. El Manà era un grano blanco, transparente, y brillante como el cristal. Los bienes de este mundo tienen esa qualidad: ellos brillan, y deslumbran; pero mira no te engañe su resplandor: antes de solicitarlos, y de usár de ellos, pregunta siempre: *Qué es esto?*

3. El Manà baxaba del Cielo. Los bienes de este mundo tienen à Dios por autor. Dios es el que ha criado la tierra: por orden suyo produce tan diversas

co-

cosas, tantos frutos, tantos metales, tantas riquezas. Dios es el que ha dispuesto, y ordenado las clases entre los hombres: èl es quien hace los Reyes, los Potentados, los Grandes, los hombres ilustres, y quien les dà la gloria que les rodèa. El es tambien quien ha hecho al pobre, y al necesitado, al hombre obscuro, y sin talentos, y quien los sostiene en su humildad, y en su baxeza. Dios es finalmente el Criador de todos los placeres que hay en la tierra: quien ha dado los sentidos à tu cuerpo, y las facultades necesarias à tu alma para usar de ellos. Esta primera verdad te lleva al conocimiento de otra, y es, que criando Dios estos bienes, ha tenido sus particulares designios, è intentos, con los que te debes conformar; y que en un dia te pedirà cuenta de la manera con que hubieres usado de estos bienes. Examinarà si en el uso de ellos te has conformado con sus leyes, ò si las has menospreciado. Si hay algunos de estos bienes, cuyo uso te haya Dios prohibi-

do

do para probar tu fidelidad, debes abstenerte de ellos. Si hay otros, cuyo uso haya arreglado, debes observar las reglas que ha establecido, y contenerte en los limites de la moderacion, de la justicia, de la caridad que te ha señalado, y no vivir como si en la adquisicion, en la posesion, ò en el goze de estos bienes no tuvieras Señor, y que todo te fuese permitido.

4. El Manà era un grano muy pequeño; lo qual explica bastantemente la pequeñez de los bienes, de las grandezas, y de los deleites de este mundo. No juzgues de ellos por el ruido de los mundanos; juzgalos mas bien por la satisfaccion que sacan de ellos. Preguntales, examinalos de cerca, y entre los que gozan de estos bienes con mas gusto, y abundancia, ninguno hallaràs que no estè descontento.

5. El Manà era un bien transitorio; esto es, que habia de servir de alimento à los Hebreos solamente el tiempo de su viage en el Desierto, y hasta que hu-

hubiesen entrado en la Tierra prometida; despues de lo qual, ni debia caer, ni haber mas Manà para ellos. Del mismo modo los bienes de este mundo se nos dan para sostenernos en el desierto, y durante la peregrinacion de esta vida; pero en la muerte, que serà nuestra entrada en la eternidad, habrà otros, otra gloria, otros deleites: los bienes de este mundo no seràn ya nada para nosotros, y seràn igualmente quitados, asì à los insensatos que hubieren pegado à ellos su corazon, como à los sabios que los hubieren menospreciado, y no hubieren usado de ellos sino segun la voluntad de Dios.

6. La medida del Manà estaba regulada para cada uno. Cada uno habia de coger de èl un *Gomor* cada dia. Los que por codicia recogian mas, no habian adelantado nada, porque vueltos à sus casas, no hallaban en lo que habian amontonado mas que la medida determinada, que era la de un Gomor. La medida de los bienes de este mundo està tam-

tambien regulada para cada uno; y esta medida es lo necesario à cada uno segun su estado. Si todos guardàran esta medida señalada por la Providencia, hubiera bienes sobrantes para todo el mundo, y nadie padeceria necesidad. Mas de què le sirve à el avaro acumular tesoros? Por esto come mas? Por lo comun menos. De què le sirve à el ambicioso reunir en sì tantas dignidades? Por esto està mas contento, y mas honrado? Por lo comun mas inquieto, y mas menospreciado? De què le sirve à el que busca placeres añadir deleites à deleites, y entregarse à ellos: Por esto es mas dichoso, y goza de mejor salud? Al contrario, por lo comun, mas enfermo, è incapaz de gustar los deleites inocentes, y moderados que hubiera podido gozar.

7. El Manà exigia vigilancia, y trabajo: era menester cogerlo antes de salir el Sol; molerlo, amasarlo, cocerlo, y hacerlo pan. La necesidad que produce la pereza, no merece compasion.

Tra-

Trabajad, esperad en Dios, y no os faltarà jamàs el pan.

8. El Manà era corruptible. Lo era desde el punto, que los que querian guardarlo de un dia para otro, lo hallaban el dia siguiente todo podrido, y lleno de gusanos. Imagen verdadera de lo poco que hay que contar con los bienes de este mundo. Los gusanos, los ladrones, las malas negociaciones, la injusticia de los hombres, la intemperie del aire, el desorden de las estaciones, mil acàecimientos imprevistos nos quitan todos los dias bienes, con los que parecia podiamos contar con la mayor seguridad.

9. El Manà era incorruptible en ciertas ocasiones. El Viernes se recogian dos *Gomores*, y el uno de ellos se guardaba hasta el Sabado sin corromperse, porque no lo habian cogido sino para guardar la ley del Santo Descanso en el dia del Sabado. Moysès tomò un *Gomor* de Manà, que puso en el Arca para transportarlo à la tierra prometida, à fin de que fuese à los Hebreos un monumen-

mento de las misericordias de Dios para con ellos, y que la memoria de sus beneficios moviese continuamente su amor y su confianza; y este *Gomor* de Manà no se corrompia. La Tierra prometida, y el Descanso del Sabado eran figura del Cielo, y de la eternidad. El buen uso que se hace de los bienes de este mundo para el Cielo, para Dios, para la salvacion, para el alivio del proximo, muda su naturaleza, y qualidad: de corruptibles que son, los hace incorruptibles: de transitorios y perecederos, los hace permanentes; y de temporales eternos. Dichoso el que sabe poner en pràctica este secreto admirable, y Divino!

10. Finalmente, el Manà tenia diferentes gustos, segun las disposiciones de los que le comian; de suerte que para unos era desabrido y fastidioso, y para otros delicioso, y tenia todos los gustos que deseaban. Asì todos los bienes de este mundo, segun el uso que se hubiere hecho de ellos en esta vida, produciràn en la eternidad, para unos un

dis-

disgusto, y una amargura insoportable; y para otros una hartura deliciosa, è inefable.

PARABOLA IV.
El que andaba dormido.

EL Rey de Corèa enviò dos Oficiales de su casa à que le cogiesen perlas. Queria hacer de ellas un magnifico collar, que habia de presentar à su Padre; esto es, al Emperador de la China, porque asì llaman los Reyes tributarios à este Emperador. Para este fin enviò à uno de sus Oficiales à la costa Oriental de la Corèa, y al otro à la Occidental. Les recomendò hiciesen diligencia por juntar las mas que pudiesen, y que volviesen ambos à la Corte el dia que les señalò, que fue uno mismo para ambos. Mindao fue enviado à la costa Oriental, y cumpliò su comision con cuidado, y con buen exito. Todas las noches venia à la costa con una hacha; se ocupaba en la pesca, y

de dia dormìa. El otro llamado Yaki, que habia sido enviado a la costa Occidental donde la pesca era mas abundante, pasaba los dias divirtiendose, y las noches durmiendo. Mas como èl dormìa andando, venìa à la costa durmiendo sin saber lo que hacia, y en lugar de coger perlas, amontonaba guijarros, con los que llenaba un canasto que tenia cuidado de llevar consigo. Los otros pescadores que le veian de algo lejos, jurarian por sus pasos, y por sus movimientos que cogia perlas, y que iba cargado de ellas quando se volvia; con todo no habia amontonado mas que guijarros, y no volvia sino cargado de ellos. Luego que llegaba à su casa, vaciaba su canasto sin despertar en un cofre destinado para meter sus perlas. Despues volvia à meterse en la cama, donde continuaba durmiendo hasta que fuese muy de dia. Durante esta ultima parte de su sueño, tenia en èl unos desvarios los mas agradables del mundo. Le parecia que estaba en la costa; que cogia perlas

con

con abundancia; que llenaba su carasto, y las vaciaba en su cofre. Por la mañana ya despierto, estaba tan preocupado de su sueño, que no dudaba fuese realidad: y por otra parte estaba tan poseido del gusto que le causaba, que ni aun quisò gastar tiempo en mirar su cofre para ver lo que contenia. Todo el tiempo determinado por el Rey se pasò de esta suerte. Vino el dia en que era menester marchar: ocupado aun en èl con otros mil objetos, cargò su cofre sin abrirlo, y arrivò à la Corte en el mismo dia que Mindao. Los dos cofres fueron presentados al Rey: se abriò luego el de Mindao, donde hallaron muchas, y muy bellas perlas. El Rey quedò tan contento, que al punto lo nombrò por Gobernador de una Provincia, y le asignò una pension considerable. Yanki se lisonjeaba de una recompensa semejante. Mas què espanto, quando à la abertura de su cofre no se hallò sino piedras en lugar de perlas! Yanki no podia creer à sus ojos; mas el Rey que se mirò como in-
sul-

sultado, se irritò tanto, que lo condenò à morir con las piedras que le habia presentado.

Yanki quiso disculparse; pero el Rey no le quiso oir, y se retirò encolerizado. No obstante, Yanki hablò al Canciller del Reyno, y procurò disculparse diciendo, que èl tenia la desgracia de andar dormido, y que esto era verosimilmente la causa de su desastre. Mas el Canciller le respondiò, que pues sabia que tenia esa flaqueza, debia tomar sus precauciones, y procurar estar despierto: que debia por lo menos en el dia examinar lo que habia hecho en la noche: que antes de partir, ò à lo menos antes de presentarse en la Corte, y de parecer delante del Rey, debia ver lo que habia en su cofre, y no exponerse tan temerariamente à la indignacion, y à la ira del Monarca. Yanki confesò su culpa, y se acogiò à pedir que lo volviesen à enviar à la costa, prometiendo reparar su falta. O! dixo el Canciller, el Rey no expone dos veces el honor de

sus

sus mandatos à la desobediencia de sus Oficiales; y diciendo estas palabras se retirò, y Yanki fue conducido al suplicio.

No es dificil descubrir el sentido de esta Parabola. Todos nosotros estamos en este mundo para juntar perlas; esto es, para practicar virtudes, y buenas obras. Jesu-Christo nuestro Rey es quien nos envia, quien nos proporciona las ocasiones, y los medios. A èl deben ser llevados nuestros meritos, y por èl ser ofrecidos à su Padre Dios. Con la antorcha de la fè los podemos conseguir en la costa Oriental, y en la prosperidad; pero la costa Occidental, el camino de las aflicciones, y de la tolerancia, es sin contradiccion el mas rico, y abundante.

¡Ah, què de soñolientos de esta clase hay en el mundo, que duermen, que desvarian, que en lugar de perlas dignas de ser presentadas à su Rey, no cogen sino piedras capaces de ofenderle, propias para encender el fuego de

de su ira, y para servirles à su propio suplicio! No es coger piedras en lugar de perlas, no ocuparos en otra cosa que en los bienes de la tierra, en los honorés, y los placeres de ella, y menospreciar los bienes del Cielo? Què es un hombre que se precia de bondad sin religion, que hace buenas obras sin tener la verdadera fè? Este es un soñoliento andando, que duerme, y que desvarìa. Què es tambien un hombre que sufre sin paciencia, y sin resignacion; que està en la Iglesia sin devocion, que reza sin atencion, que cumple las obligaciones de su estado sin una recta intencion; que todo lo hace por un gusto natural, por costumbre, ò por motivos humanos? Este es un soñoliento andando que no sabe lo que hace; que tiene las exterioridades de la virtud; que imita sus modos, y sus movimientos, sin tener el merito de ella: en una palabra, es un soñoliento, que en lugar de perlas no coge sino piedras; y en lugar de recompensa debe temer el castigo.

So-

Soñolientos, despertad; pensad en lo que haceis: abrid los ojos, y ved lo que cogeis. No vayais à presentaros ante vuestro Rey, y à parecer en su juicio sin saber lo que llevais à èl; sin haber examinado bien lo que hay en vuestra conciencia antes que sea presentada, y abierta à sus ojos. Durante esta vida, podeis aun quitarle las piedras, y substituir en su lugar perlas, con el arrepentimiento, la penitencia, la confesion, los Sacramentos, y las buenas obras. Pero una vez que hayais acabado vuestra carrera, no aguardeis que se os conceda segunda vida para reparar los yerros de la primera. Haced ahora lo que quisierais haber hecho entonces; porque entonces no os restarà otra cosa, que recibir el castigo, ò la recompensa de lo que hubiereis hecho hasta allì.

PARABOLA V.

El Astronomo entre los Lapones.

UN Astronomo, por orden del Rey su Señor, pasò à los Paises del Norte para observar el pasage de Venus sobre el disco del Sol. Habiendo arribado à la Laponia, hallò que aquellos pequeños hombres vecinos de aquel Pais, no habian dexado todavia sus habitaciones de Invierno. Estas habitaciones eran unas grutas profundas, cavadas baxo de tierra, y no tenian mas abertura que la puerta por donde se entraba à ellas. En estas cavernas se conservaba un fuego terrible, y continuo. Llevaban à ellas los arboles enteros verdes, y con todas sus hojas: alli los quemaban, y el humo era tan espeso, que poniendose à calentar nada veian. Una noche que el tiempo estaba sereno, y antes que

los Lapones hubiesen baxado à sus cavernas, el Astronomo, que habia ya hecho sus observaciones, les explicaba el curso de los Astros, les decia los nombres de las Estrellas, y les mostraba los Planetas. Reianse los Lapones à carcaxadas oyendole hablar, y mirando atentamente los instrumentos de que se servia. Unos tomaban un quadrante, y nada comprehendian: otros miraban por un telescopio, y no veian. Los nombres de Descartes, de Nevvton, de Copernico, les hacian ahogarse de risa. Por ultimo, el mas considerable de ellos, hablando con mas seriedad, dixo à el Astronomo: De verdad, que es menester que tu, tu Rey, y tu nacion, hayais perdido la cabeza para entreteneros en semejantes quimeras. El Astronomo que se sintiò picado, le respondiò: No es de admirar, que vosotros que vivis en las tinieblas, y que no habitais sino cuevas: que no veis lo que està en vuestras cavernas, ni conoceis las producciones de la tierra, ignoreis

los Fenomenos del Cielo, y que os burleis de aquellos que los observan, y os hablan de ellos. Oyendo estas palabras, todos los Lapones dieron un grito espantoso,è hicieron grande algasara; y tal vez se hubieran propasado a qualquiera otro exceso, si el prudente Astronomo no se hubiera retirado prontamènte. Poco despues se volviò à su Patria, donde hizo una relacion exacta de sus observaciones, y una memoria por menor de sus aventuras. Ahora en el seno de su familia goza de los beneficios de su Rey, y de la estimacion de sus Compatriotas.

Tres cosas observo en estos Lapones. 1. Sus tinieblas. Con respecto à las cosas de nuestra salvacion, todos estamos en este mundo como en una casa llena de humo. La corrupcion de nuestros sentidos, y la vivacidad de nuestras pasiones levantan dentro, y al rededor de nosotros torbellinos de un vapor espeso, que ofuscan las mas puras luces de nuestro espiritu, y ahogan los

mas

mas nobles sentimientos de nuestro corazon. No vemos ni lo que esta dentro de nosotros, ni lo que està fuera: no conocemos ni lo que està en este mundo, ni lo que està fuera de èl, ni lo que està en el tiempo, ni lo que està mas allà, ni la grandeza de lo que es eterno, ni la pequeñez de lo que es temporal. Damos à las cosas terrestres, y perecederas la estimacion, y la atencion que merecen las cosas celestiales, y eternas, y miramos estas con el desprecio que merecen aquellas. Este error hace que los hombres llamen bien à lo que es mal, y mal à lo que es bien: toman las tinieblas por la luz, el camino por el termino, el lugar de su destierro por el de su patria.

Antes que la muerte venga à sacarnos de un error tan perjudicial, tomemos la antorcha de la Fè, que, como dice San Pedro, nos iluminarà en este lugar de tinieblas. Escuchemos à los que guiados de esta luz celestial nos enseñan las verdades importantes de la salud, advir-

virtiendonos, que los bienes, y los males eternos son los solos dignos de nuestras reflexiones; y que los bienes y males pasageros de la tierra no merecen que nos ocupemos en ellos, sino en quanto dicen relacion à los bienes, y à los males de la eternidad.

2. Sus burlas. Quando yo veo à los impios acometer à la Religion, à los hereges combatir à la Iglesia, à los Libertinos censurar la devocion, me parece que estoy en los Paises del Norte, y que oygo à los Lapones juzgar de la Astronomìa.

3. Su colera. El mundo en todo tiempo se ha burlado de los verdaderos Christianos, y de los que querian instruirle: frequentemente los ha perseguido: algunas veces los ha hecho morir; mas ellos se hallan triunfantes en la Celestial Patria, donde gozan de los beneficios eternos del Rey de los Siglos, en la compañìa de los inmortales Bienaventurados. Dios nos conceda la gracia de estar un dia con ellos.

PA-

PARABOLA VI.
El Cogedor de Viboras.

UN hombre del campo era muy diestro en coger Viboras, que enviaba despues à un Boticario de la Ciudad cercana, para hacer de ellas triaca. Una tarde fue su caza tan dichosa que cogiò hasta ciento y cincuenta. A la noche estando de vuelta en su casa se hallò tan cansado, y fatigado que no quiso cenar nada. Subiò à su quarto, y se fue à acostar sin detenerse. Llevò, como lo tenia de costumbre, las Viboras todas vivas à su quarto, y las puso en un barril, que tuvo cuidado de cerrar, pero no lo cerrò bien. En la noche, mientras que èl dormia, las Viboras quebrantaron su prision, y buscando el calor, se fueron todas à su cama, se introduxeron entre las sabanas, se deslizaron sobre su cutis, y lo cercaron por todas partes, sin hacerle mal ninguno, sin que desper-

tase, ni sintiese nada. Como su costumbre era de dormir con los brazos desnudos fuera de la cama, habiendo despertado al dia siguiente muy de mañana, se sorprehendiò sobremanera al ver sus brazos ceñidos de Viboras. Ah! dixo, muerto soy! Las Viboras se han escapado. Tuvo la prudencia de no menearse, y sintiò que las tenia enroscadas al rededor del cuello, en las piernas, en los muslos, y en todo el cuerpo. Què estado! Con todo no perdiò el sentido. Se encomendò à Dios, y sin hacer el menor movimiento llamò à la criada. Luego que hubo abierto la puerta del quarto, le dixo: no entres, sino vete allà abaxo, toma el caldero grande, llenalo de leche hasta la mitad, y calientala de suerte que no estè mas que tibia. Me traeràs ese caldero, y lo pondràs en medio de mi quarto lo mas lento, y silencioso que pudieres: no cierres la puerta: vete, date prisa, y no pierdas un instante. Luego que el caldero estuvo en el quarto, percibiendo las

Vi-

Viboras el olor de la leche, comenzaron à soltarlo. El viò desprenderse las de sus brazos, y retirarse : percibiò que pasaban las de su cuello : sintiò que sus piernas, y muslos se desembarazaban, y que todo su cuerpo estaba libre. Què alegria ! No obstante se contuvò, no se apresurò, y diò tiempo à que todas las Viboras saliesen. Salieron por ultimo, y fueron à arrojarse en el caldero, de suerte que ni una quedò en la cama. Nuestro hombre se levantò entonces, y viendo las Viboras casi ahogadas en el licor, adormecidas, y como embriagadas, las sacò con sus tenazas una tras otra, y les cortò la cabeza. Al punto hincandose de rodillas, diò gracias à Dios con mucho gusto de haberlo librado de un riesgo tan grande. Despues de esto se fue abaxo, donde contò lo que acababa de sucederle. Hizo estremecer à todos, y èl tambien se estremecia contandolo. Enviò sus Viboras al Boticario, mandandole à decir, que no esperara otras de èl. En efecto renun-

ciò el oficio, y tomò una tan grande aversion à las Viboras, que no solamente no podia sufrir su vista, pero ni aun el nombre, ni el pensamiento de ellas.

Una historia tan terrible, y espantosa merece bien que volvamos à ella, y que examinemos todas sus partes.

1. El estado de este hombre en su cama. Quando yo lo considero teniendo todo el cuerpo guarnecido, y ceñido de Viboras vivas, me horrorizo, y esta sola idea me hace temblar. Què situacion! Puede haber otra mas horrible? Sì: la de un alma en pecado mortal es mil veces mas terrible. Quando considero à un pecador, ò durmiendo tranquilamente en su cama, ò negociando libremente todo el curso del dia, y pienso que mil pecados mortales, y mil Demonios peores que Viboras poseen su alma, y se han hecho dueños de ella: que todo su cuerpo, y todos los sentidos de èl estàn, no rodeados, sino llenos, y penetrados de ellos, me conmue-

muevo de horror, y de espanto. El infeliz no siente el horror de su estado, està como adormecido. Mas el hombre de quien hablamos no lo sentia tampoco, y dormìa tambien. El estado del uno y del otro es por eso menos terrible?

2. El riesgo de este hombre durante su sueño. Si este hombre en èl hubiese hecho algun movimiento, como sucede de ordinario: si volviendose, hubiese estrechado â alguno de estos animales: si con una respiracion, con un suspiro, con una palabra hubiese espantado à estos monstruos, se hubiera perdido, y de mil vidas que tuviese, no hubiera salvado una. ¿Y si el pecador viniera à morir subitamente en el estado en que està: si alguno de los accidentes de que se oye hablar todos los dias le acaeciera, dònde estaria? Dònde estàn aquellos à quienes han acaecido estos accidentes? Si estaban en pecado mortal, estàn perdidos para siempre. Es sin duda una muerte muy cruel morir devorado por ciento y cincuenta Viboras; mas

por

por ultimo, ¿què es eso en comparacion del Infierno, donde se està siempre siendo la presa de los Demonios, de sus pecados, de sus remordimientos, de su desesperacion, y de las llamas eternas?

3. El susto de este hombre quando despertò. Pecador, tu no estaràs durmiendo siempre; despertaràs en la muerte, y en el juicio de Dios. ¡Y qual serà tu sobresalto al verte enemigo de Dios, rebelde à Dios, semejante al Demonio, un hombre de pecado, que no es bueno sino para el Infierno, à donde và à ser precipitado para habitar en èl eternamente! Ah! no esperes para despertar que llegue este momento, porque serà para tì muy tarde. Despierta ahora que puedes todavia quitar de tu seno las viboras que ocultas en èl, y que retienes, y estàn dispuestas à devorarte.

Tu has visto el riesgo de este hombre, y no puedes negar, que el tuyo no sea aun mayor. Considera ahora como aquel se librò, para que tu tambien como èl te libres.

1. Su

1. Su prudencia. El no se desanimo, è ideò el unico medio que le podia salir bien, y en efecto le saliò. Del mismo modo, al considerar el estado horrible de tu alma, no te desalientes, ni te entregues à la desesperacion. No digas como Cain, mi iniquidad es demasiadamente grande, para que yo pueda esperar el perdon de ella. Aunque fueras mil veces mas pecador, siendo la misericordia de Dios infinita, serà siempre infinitamente superior à tus pecados. No tienes necesidad de buscar, y de imaginar el medio de librarte de tus pecados, porque este medio ya està hallado, y la misericordia de Dios te lo presenta preparado enteramente. Este es, la Sangre de Jesu-Christo, en la que es necesario ahogar todos tus pecados con una buena confesion. No te turbe esta palabra: conservate tranquilo: no mires esta operacion como imposible, ò muy dificil. Dios no te pide lo imposible, y te ayudarà para hacer lo que depende de tì.

Con-

Confiesa desde luego los pecados de que te acuerdas: toma despues tiempo para examinar los demàs, y dar lugar à que todas esas vivoras salgan: no temas nada, que todas ellas saldràn.

2. Su alegria quando se viò libre. Esta fue grande sin duda; pero es nada en comparacion de la que experimenta un pecador convertido, y que ha vuelto à entrar en gracia con Dios. ¿Mas quièn puede comprehender qual serà la alegria de este pecador, quando libre para siempre de todos sus enemigos, serà convidado à entrar en el gozo mismo del Señor? Ah! còmo se felicitarà entonces de haberse desecho de sus pecados, de haberlos renunciado, de haberlos confesado, detestado, y expiado!

3. Su resolucion. El corta la cabeza à todas las Viboras sin perdonar ninguna: èl renuncia para siempre un oficio, que premedita le ha de perder: finalmente èl concibe una aversion eterna à lo que le ha puesto en tan grande

pe-

peligro. Bien entiendes lo que esto quiere decir: ponlo en pràctica: huye el pecado, como huirias à la vista de una Culebra, ò de una Vibora.

PARABOLA VII.
La viga en el agua.

DOS Aldeanos habian venido del campo à la Ciudad para vender en ella dos carretadas de leña que habian traido. Hecha su venta, fueron à dar una vuelta por la orilla del rio. Allì vieron una viga dentro del agua, y un joven que con una mano empujaba la viga àcia un sitio de la orilla. ¿ De què madera es esta viga, decian entre sì los Aldeanos, que es tan ligera, que un niño la lleva adonde quiere? El Maestro de Carpintero que estaba esperando que su muchacho le traxese esta viga à la orilla del agua, al oir este razonamiento de los dos Aldeanos, se accercò à ellos, y les dixo: Mis amigos, si uste-

te-

tedes quieren saber de què madera es esta viga, y conocer quan ligera es, hagamos un contrato. Luego que mi muchacho la haya conducido à la orilla del agua, si ustedes dos juntos la sacan fuera de ella, y me la ponen en seco les darè doce pesetas; mas sino lo consiguen, han de poner sus bueyes para sacarmela, y me han de dar seis pesetas, las que gastarèmos en comer juntos al medio dia. La proposicion pareciò ventajosa. Si la viga (dixo el uno de los Aldeanos) es tan delgada, y ligera, que este muchacho puede solo conducirla aquì, serà mucha desgracia, si nosotros dos no podemos sacarla. Aceptada la condicion, se depositò el dinero de una parte, y otra en poder de la Tabernera, que estaba allì para labar lienzo, y que admiraba la simplicidad de estos buenos Aldeanos. Habiendo llegado la viga al lugar señalado, los dos Aldeanos, uno por un lado, y otro por otro, se empeñaron en sacarla del agua; mas to-

todos sus esfuerzos fueron inutiles, y despues de haber trabajado largo tiempo se dieron por vencidos, fue necesario aplicar los Bueyes, y pagar la comida.

Nuestro Señor en el Evangelio llama à los pecados leves que se ven en los demàs pajas, y palillos; y à los pecados graves que cada uno tiene en sì, y no los vè, les llama vigas. Una viga quando nada en el agua no parece lo que es, ni por su grueso, ni por su peso. En quanto a su grueso, la mitad de èl està oculto baxo del agua; y en quanto à su peso, un niño puede moverla, y conducirla adonde quisiere; pero quando se intenta sacarla del agua, y quando està fuera, entonces es quando se vè, y se siente, quan gruesa, y pesada es.

El siglo presente es un vasto mar donde nadamos, y donde nadan tambien con nosotros los pecados de que estamos cargados. Estos pecados no parecen la mitad de lo que son: noso-

tros ocultamos una parte de ellos de la vista de los hombres baxo un exterior engañoso; y muchos de ellos nos ocultamos à nosotros mismos, disimulandolos, excusandolos, y olvidandolos. Por otra parte, lo que percibimos de ellos nos parece muy ligero, porque estos pecados nadan (para decirlo asì) en el agua de las falsas maximas del mundo, y en el torrente de los perversos exemplos que los autorizan; mas quando fuere menester sacarlos de esta agua para presentarlos en el Tribunal de Dios, entonces pareceràn los que son, de una magnitud, y de una pesadez enormes. Quando aquellas acciones dichosas, aquellos fraudes secretos, aquellas calumnias artificiosas, aquellas intenciones perversas fueren sacadas debaxo del agua; quando fueren confrontadas, no ya con los usos del mundo, sino con la ley del Evangelio; no ya con la corrupcion de los hombres, sino con la santidad de Dios; entonces; sì, entonces se verà su atrocidad, y se cono-

nocerà su peso inmenso. Borremoslos, pues, con la penitencia antes de salir de este mundo, para no ser oprimidos de ellos quando parecieremos delante de Dios.

El pecado parece ligero quando se comete; mas parece pesado, y enorme solo quando se ha de confesar. ¿Pues què serà si ha de ser llevado hasta el Tribunal de Dios?

PARABOLA V II.

Empedocles en el monte Etna.

EL monte Etna, llamado hoy el monte Gibel, es un monte de Sicilia, que arroja continuamente toberllinos de fuego, y de llamas. Es una verdadera imagen del Infierno, y al mismo tiempo del fuego impuro que conduce al Infierno. Yo comparo este monte ardiente à tantas asambleas mundanas, à tantos bai-

bailes escandalosos, à tantos teatros licenciosos, que como otros tantos Etnas estàn siempre cercados de llamas, y llevan el incendio à todos los corazones. Ademàs de eso, quantos Etnas particulares, Etnas ambulantes, Etnas ocultos, cuyos ardores no son menos dañosos. Jamàs se temeràn, ni se huirà bastantemente de todos estos fuegos; y acercarse à ellos, es querer en ellos perecer. Quien teme el pecado debe huir la ocasion.

Empedocles, celebre Filosofo de la antiguedad, mas famoso por su muerte, que por su vida, y sus escritos, deseò ver de cerca los fuegos del monte Etna. Queria saber por sì mismo, què cosa eran estos fuegos, còmo salian, y què vestigios dexaban despues de sì. Queria ver lo alto del monte, conocer la naturaleza del terreno, examinar la construccion del lugar, y asegurarse, si todo lo que se decia de èl era en efecto verdadero. Finalmente queria poder hablar de èl sabiamente, no por la relacion de

otros,

otros, sino por sus propias observaciones.

Varias veces procuráron sus Discipulos apartarlo de una empresa tan peligrosa, y temeraria. Le representaron, que todos los que la habian intentado habian perecido en ella: que debia contentarse con saber de este monte lo que se podia descubrir de èl desde lejos, y sin riesgo; y de lo demàs era menester discurrir por congetura, y no por experiencia. Le representaron que la cumbre debia de estar calcinada, y que juzgando que se ponia el pie sobre un terreno solido, habia peligro de ponerlo sobre un abismo de ceniza, y de ser allì tragado. Le representaron por ultimo, que no saliendo siempre el fuego de un mismo parage del monte, podia venir de repente la erupcion baxo los mismo pies del observador, quemarlo vivo, y reducirlo à ceniza antes que hubiese baxado al fondo del abismo.

Empedocles respondiò à todo eso, que se atemorizaban muy facilmente,

que

que el temor exageraba el peligro; que no era ni con mucho tan grande como se decia; que un Filosofo no debia dexarse intimidar como uno de los del comun; que si los que habian subido allì antes que èl habian perecido, eso era porque no habian ido como Filosofos, y con las precauciones necesarias; que por lo que hacia à èl, habia tomado buenas medidas, y no corria riesgo alguno; que èl lo veria todo, lo examinaria, y que volveria sano, y salvo, y les traeria noticias de èl.

El Filosofo no decia què medidas eran estas que habia tomado; à haberlas dicho, hubieran parecido muy ridiculas. Estas se reducian à dos, y consistian, la primera en llevar su baston consigo para rastrear el terreno antes de poner el pie: la segunda en subir descalzo, para sentir el terreno que estuviera caliente, ò que comenzara à estarlo, à fin de poder retirarse de èl antes que sucediese la erupcion.

Una mañana, pues, hermosa, toma

Em-

Empedocles su baston sin decir nada à nadie, y se và al monte; dexa su calzado à baxo, y sube con los pies desnudos hasta la cumbre. En este mismo tiempo dos Discipulos suyos habian ido por acaso à un monte cercano à tomar el fresco, quedaron muy sorprehendidos al ver un hombre pasearse sobre el monte Etna. Juzgaron con fundamento que era su Maestro, y se estremecieron por el peligro en que estaba. Mas què habian de hacer? Ya no podian retirarlo de allì; se contentaron, pues, con seguirlo con los ojos, y considerar lo que vendria à ser de èl.

Luego que Empedocles llegò à lo alto del monte, se encantò con la novedad del espectaculo. Allì viò mil objetos curiosos, y admirables à los ojos de un aficionado; mas à los de qualquier otro no hubieran parecido sino horrendos, y despreciables. Viò rocas de mucho tiempo calcinadas, montecillos de ceniza, heces de azufre derretido, y hediondo, aberturas, y quiebras; y por ultimo viò el

el sitio por donde actualmente se arro jaba la llama à una altura prodigiosa.

Empedocles se paseaba al rededor de aquel terrible volcan con una intrepidez mas que Filosofica. Su baston le hizo evitar algunos abismos ; y algunas veces el calor de sus pies le advirtiò que mudàra de lugar ; y aun tuvo en otras el consuelo de ver que lo habia mudado oportunamente, rompiendo el fuego con estruendo el lugar que acababa de dexar. El se aplaudia de su industria, y se disponia para baxar. Pensaba quan glorioso le serìa haber podido sin temor, y sin desgracia alguna recorrer este famoso monte, que ningun mortal antes de èl, habia podido pasear sin perder allì la vida ; y de poder decir contando las maravillas que contiene : *Yo he estado en èl, yo lo he visto.* Mientras que se ocupaba en estos pensamientos, y aun tendia la vista por los objetos que mas le movieron, y cuya descripcion intentaba hacer, no estuvo muy atento à la advertencia de sus pies ; ò tal vez sus

sus pies no le advirtieron, à lo menos, muy à tiempo, porque saliò por debaxo de èl un torbellino de llamas, que arrojò lejos su baston medio quemado. Y èl fue quemado? Fue tragado? Puede ser que fuera lo uno, y lo otro. Todo lo que de èl se sabe es, que se quedò allì, y que no pareciò mas.

Sus Discipulos, testigos de este funesto acaso, corrieron al punto al sitio donde habian visto caer el baston, y reconocieron muy bien, que aquel era el de su Maestro. Despues dieron una vuelta al monte, por ver si hallaban algun miembro suyo esparcido; mas no hallaron sino el calzado, que colocaron con el baston en el Templo de la Prudencia, para advertir à los que lo vieren, que la verdadera prudencia consiste en evitar el peligro; y que las precauciones no son oportunas, sino quando el peligro es inevitable.

PARABOLA IX.

Justicia rigorosa, pero exemplar.

¶ La Parabola que pone aqui el Autor se ha omitido por no juzgarla oportuna, y en su lugar se pone la siguiente.

Cambises, Rey de Persia, fue un Principe considerable, por la justicia que mandò hacer en sus Estados, para desterrar de ellos el vicio, y establecer el imperio de la virtud. Habiendo sabido este Monarca, que un Juez se habia atrevido à dar una sentencia injusta, mandò lo desollàran vivo; y ordenò que cubriesen con su piel el Tribunal, y que el hijo del delinquente sucediese en el cargo de su Padre, para que poniendose en su Silla, tuviese siempre delante de sus ojos un exemplo que le obligase à hacer la justicia sin mirar respeto alguno.

Dos

Dos documentos se nos dan en esta Parabola para nuestra instruccion : el primero mira al Superior, y el segundo al Inferior.

1. El Superior debe ser un exemplar que se pone delante à sus Subditos para que le imiten. Sus costumbres deben ser una viva ley para que le obedezcan : sus acciones la pauta para que los Subditos la sigan. Forma de los Inferiores le llamò San Pedro ; porque al modo que à los niños se les dà una forma de letra para que la copien ; asì la vida de los Superiores es la forma de letra que copian los Subditos en la plana de su vida. Es tan eficaz esta forma, y este exemplo de los Superiores en el bien, y en el mal, que San Leon asegura ser mucho mas poderoso que las palabras. Y San Chrisostomo afirma, que sobran en el Superior las palabras, quando bastan para mover sus obras y sus exemplos. Pero aun son estos mas eficaces para lo malo, que para lo bueno en un Superior, pues como dice el

Nazianzeno, el mal exemplo del Superior ès un contagio, porque se pega con suma facilidad à los Subditos el vicio que miran en èl. Advertid bien como os sentais en la Silla, porque si estais en ella llenos de vicios, los exaltais, y los poneis à la imitacion.

2. El Inferior debe servirse de los mismos malos exemplos, no menos que de los buenos para su bien, estos imitandolos, y aquellos resistiendolos, sirviendole de escarmiento el castigo que por ellos viene de la mano de Dios, ò de los hombres; asì como el galardon le estimula para la imitacion del buen exemplo. Esta ès la causa de permitir Nuestro Señor los malos exemplos en el mundo, pues en medio de ellos se vè, y se conoce quien le es leal, y fiel; y quien desleal, è infiel: porque en estos peligros sucede lo que dice el Eclesiastico: que el Justo permanece como el Sol, mas el necio se muda como la Luna. Aprovechaos, pues, de los malos exemplos de los otros para evitarlos

con el escarmiento de ellos; è imitad el de los buenos con la esperanza de su premio.

PARABOLA X.
Las Mugeres.

UNA Señora de mucho entendimiento, y de piedad, decia à un Canonigo joven, en presencia de una buena compañìa: Señor Abate, se ha advertido en V. una cosa, que à la verdad no le es dañosa. Se dice, que tanto en las calles, como en las casas, no mira jamàs las mugeres à la cara. Señora (respondiò el Canonigo) las mugeres son para mì lo que las armas blancas para las mugeres; quanto mas brillantes, y descubiertas estàn, tanto mas pavor me causan, y mas procuro apartar la vista de ellas. Tiene V. razon, dixo la Señora. Las armas blancas nos sobresaltan, por causa de las crueles heridas que hacen; y las mugeres no las hacen me-

menores. Aun hay algo mas, replicò el Abate: La vista de las armas blancas no puede en realidad causar mal alguno; quando la sola vista de una muger puede hacer profundas heridas, y algunas veces incurables. En ese caso, dixo la Señora, podrà V. aun comparar las mugeres à las armas de fuego que alcanzan de lejos. Señora (replicò el Abate) yo las compararìa tambien à un fuego de artificio. O! por lo que hace al artificio (dixo la Señora) no hay nada que falte: veamos lo restante de la comparacion. Compararìa, pues, las mugeres (continuò el Abate) à un fuego de artificio, de donde salen muchas Serpientes inflamadas, que esparciendose por aquì, y por allì, van à quemar à los que se hallan muy cerca, y que se juzgaban en la mayor seguridad. Yo he leido à este intento (dixo uno de la compañìa) una frase en la Escritura, cuyos dos miembros no me parecen coherentes. Job dice en cierta parte, que hizo pacto con sus ojos de ni aun pensar en las muge-

res.

res. Los dos miembros de esta frase (dixo el Abate) estàn muy acordes; pues eso quiere decir, que el verdadero medio de no pensar en las mugeres es no mirarlas. El que habia propuesto esta dificultad hizo otra propuesta, y dixo: ¿Què piensa V. Señor Abate, de una historia que yo he leido en cierta parte, y dice asì: Un Sacerdote exorcizando à un endemoniado, preguntò al Demonio, qual era el pecado à que èl, y sus compañeros incitaban mas à los hombres? El respondiò: dos son especialmente en los que procuramos empeñarlos, porque entonces los miramos como nuestros, y es raro el que se liberta jamàs de ellos. El primero es, la injusta posesion de lo ageno, que no se restituye, ni aun en la muerte. El segundo el amor de las mugeres, que no se corrige ni aun en una extrema vejez, en la que no se para de pecar, sino por acciones, à lo menos con miradas, con pensamientos, con la memoria, con el deseo, con el afecto. Sea lo que se

fue-

fuere de la historia (dixo el Abate) yo hallo que su moral es muy buena. Asì, para poner en despecho al Demonio, preservemonos de estos dos pecados; y para que quede mentiroso, los que tienen la desgracia de estar dados à estos vicios, tomen tan buenas medidas que se liberten, y se corrijan de ellos. Como el Canonigo se levantaba para salir acabado de decir esto, le dixo la Señora: Se conoce bien, que no solamente no quiere V. mirar las mugeres, sino tambien que no gusta de tener con ellas mucha conversacion. Señora (respondiò el Abate) todo esto me es agradable, y de edificacion; pero estoy oyendo las campanas que me llaman. Nuestra primera virtud, y de la que hemos de temer no nos aparten las mugeres, es la exactitud à nuestras obligaciones.

PARABOLA XI.

Piadoso engaño de un Capuchino.

UN joven muy amable, y muy rico amaba à una Señora muy rica. Todo estaba acordado para el casamiento, y no se esperaba mas que la llegada de un pariente para celebrar las bodas. Entre tanto el joven tuvo que hacer un viage corto por algunos dias; pero antes de partir le presentò su retrato à su Dama en una rica caxa de oro. La Señorita de su parte se dispuso à enviar tambien su retrato à su Amante antes que estuviese de vuelta: mas quiso que este retrato fuese de mano de maestro. Recurriò para esto à un Padre Capuchino, que se aventajaba en esta suerte de miñaturas. El Padre Capuchino reusò hacerlo, diciendo, que si èl tenia algun talento, no era para emplearlo en semejantes

obras. Con todo, à fuerza de ruegos, el Padre, que ya revolvia en su imaginacion el proyecto que executò, se dexò vencer, y aceptò la comision.

No pintò por entonces mas que la cabeza de la Señorita, y se la enviò, como para experimentar su gusto, y saber si estaria contenta. La cabeza era la mas bella que se pudo ver jamàs. La Señorita quedò encantada al verla. La mostrò à sus amigas, y à todos los demàs, y todos quantos la vieron confesaron, que no habian visto jamàs cosa mas hermosa, y mas bien hecha. La volviò al Padre con un buen regalo, y mil alabanzas, y agradecimientos, suplicandole tuviese à bien de acabar una obra tan bella, y de volver à enviarla quanto antes.

El Padre la acabò en efecto. Mas què hizo? En lugar de pintar un bello talle baxo tan hermosa cabeza, pintò un esqueleto muy perfecto, y muy bien hecho; mas por eso mismo muy horroroso à la vista, y lo enviò à la Señorita. Des-

liò el paquete con aceleracion; mas quando viò aquel horror unido à su cabeza, concibiò tan grande colera que no se podia contener; y si hubiera cogido al Capuchino lo hubiera arañado. Se lamentaba de ello con su familia, y con todos los demàs, como de un ultrage que pedia una satisfaccion pùblica.

Con todo no dexaba de complacerse en mirar su cabeza; mas no pudiendo verla, sin ver al mismo tiempo aquel objeto de horror, concebia nuevos furores contra el Padre, y contra todo el Orden de los Capuchinos. No obstante à fuerza de ir, y venir, se familiarizò un poco con el esqueleto, y al verlo por ultimo, dixo: Mas hay de mì! No es esto en fin en lo que he de venir à parar un dia! Esto no es treta que me ha querido jugar este buen Padre, sino mas bien una leccion que me ha querido dar; aprovechemonos de ella. Haciendo estas reflexiones, tocaron en las Carmelitas à la bendicion; fuese allà; acordose del esqueleto; llorò, vacilò, y

por ultimo tomò su partido, y entrò con estas Religiosas, donde tomò el Abito. Desde allì enviò su retrato à su Amante, y le escribiò las reflexiones que habia hecho, y el partido que habia tomado, exhortandole à que hiciera otro tanto de su parte.

El Amante, con esta novedad, arroja fuego, y llamas; abandona todo negocio, y se và à su casa: corre à las Carmelitas, y pide hablar à su Dama. Mas ella mandò à decirle, que no tenia tiempo para baxar al Locutorio; que allà tiene su retrato, y su carta, y puede considerar lo uno y lo otro, y hacer sobre ello sus reflexiones. Enfurecido mas con esta respuesta, corre de allì à los Capuchinos, y pregunta por el Padre Pintor; mas èl no estaba allì porque habia previsto la tempestad, y se habia retirado à otro Convento. Preguntò por el Padre Guardian, quien despues de haber sufrido su primer fuego, lo exhortò à la paciencia, y le hizo ver, que todo eso era un efecto de

la

la Providencia; que queria despegarlo del mundo, para que no se uniese sino à Dios.

El joven lleno de fatigas, de tristezas y congojas, vuelve à su casa, y se acuesta en una cama de campo para descansar un poco; mas su espiritu estaba demasiadamente agitado para tomar descanso. Saca la carta de su faltriquera, y tambien el retrato; y mirando unas veces uno, y otras veces otro, suspira, y derrama lagrimas. Mas despues de algunos momentos de silencio, se dice a sì mismo: Muy loco soy en amar la podredumbre mientras puedo amar à Dios; en pegarme à la tierra mientras puedo ganar el Cielo. Vamos, vamos, no nos dexemos vencer de una muger: por lo menos tengamos animo de imitarla. Dichas estas palabras, se levanta; và à arrojarse à los pies del Padre Guardian; le dà parte de sus resoluciones, y le pide el Abito.

Luego que lo recibiò, escribiò à la Carmelita para hacerle saber su mutacion,

cion, y encomendarse en sus oraciones. La Carmelita le respondiò con igual gusto; y despues ni se vieron, ni se escribieron mas: pero despues de una vida muy larga, cuyo fervor no se desmintiò jamas, murieron ambos en un mismo dia en olor de santidad.

Què alegria ahora para ellos en la Eternidad! Si queremos ser participantes de ella, reflexionemos como ellos, y pongàmos en pràctica nuestras reflexiones.

PARABOLA XII.

Definicion de la vida presente.

Preguntaron un dia à un Filosofo, què era la vida presente? y respondiò: Es el viage que hace un delinquente despues de haberle leido la sentencia, desde la carcel hasta el lugar del ultimo suplicio. En efecto, nosotros estamos condenados

dos à muerte desde el seno de nuestra madre, y no salimos de èl, sino para llegar al lugar del suplicio. A la verdad, no se nos vendan los ojos como à los delinquentes; pero se nos oculta el lugar del suplicio, que viene à ser lo mismo. Nos vamos acercando sin cesar àzia este lugar; pero sin saber donde està, y sin saber si estamos cerca, ò distantes de èl. Lo unico que sabemos es, que cada dia nos vamos acercando; que hoy estamos mas cerca que ayer; que acaecerà, que vendremos à estar en èl sin que lo sepamos, y que puede ser que actualmente lo estemos, ò que no tengamos mas que un paso que dar para estar en èl.

Lo que tambien ignoramos es, el genero de muerte à que estamos condenados, el qual no està especificado en la sentencia, y Dios lo tiene oculto en el secreto de su Providencia. Serà dulce, ò serà cruel? Serà pronto, y repentino, ò largo, y de duracion? ¿Tendrèmos un momento para volver

so-

sobre nosotros, y poner en orden nuestras cosas, ò no lo tendremos? Esto es lo que ignoramos.

Lo que es muy digno de espanto es, que teniendo sobre nosotros una sentencia de muerte, durante este viage que hacemos desde la carcel al lugar del suplicio, podamos pecar, reir, retozar, formar proyectos, comenzar empresas. Pero què sucede tambien? Lo que se vè frequentemente es, que en medio de sus placeres, ò de sus empresas, se hallan puestos en el termino que juzgaban muy apartado, y que sin haberse preparado para èl, estàn precisados à sufrir el ultimo suplicio, en el qual no pensaban.

PARABOLA XIII.
El Oraculo de Delfos.

Quando los antiguos Filosofos querian acreditar alguna maxima importante, la aplicaban à algun Oraculo; aun-

aunque el Demonio que presidìa à estos Oraculos, estuviese muy distante de publicar semejantes maximas.

Se dice que Zenon, queriendo entablar una vida virtuosa, fue à consultar al Oraculo de Delfos para saber de què medio habia de valerse para vivir constantemente en la pràctica de la virtud; y que el Oraculo le respondiò: *Consulta los muertos.*

En efecto, para un Christiano especialmente, no hay medio mas eficàz, y mas facil para reformar su vida, y perseverar en lo bueno, como el pensamiento de la muerte, y de la eternidad que le sigue. Si nosotros quisieramos en orden à la conducta que debemos tener, consultar à nuestros antepasados, à nuestros parientes, y à nuestros amigos difuntos; à aquellos que hemos visto morir, y que aun hemos conducido al sepulcro, què no nos dirian? Què santa serìa nuestra vida, què dulce nuestra muerte, si quisieramos escuchar, y seguir las lecciones que nos darìan los muertos?

Quan-

Quanto mas util es el pensamiento de la muerte para arreglar bien la vida, tanto mas el hombre, naturalmente enemigo de la regla, se complace en vivir olvidado de la muerte. Mas como olvidandose de la muerte, no se sabe que la muerte nos olvide, los mas sabios, tanto los Paganos, como los Christianos, han tenido siempre cuidado de traer à su memoria con diversas industrias, un pensamiento tan saludable.

Antiguamente en la China, la vispera de la coronacion del Emperador, todos los Escultores de la Ciudad de Pequin le presentaba cada uno un pedazo de marmol para que escogiese aquel, del qual queria que se le hiciera su sepulcro, porque se habia de comenzar à trabajar en èl desde el mismo dia de su coronacion. El Escultor que habia presentado el marmol que el Emperador escogia, era tambien el que estaba encargado en hacer la obra, y la Ciudad quien le pagaba con anticipacion. Esta presentacion de los marmoles se hacia con cere-

mo-

monia, y con grande pompa, y era para el Pueblo, y especialmente para el Emperador, una importante leccion. Tomadla para vosotros mismos, y pensad que al rededor de vosotros toda la naturaleza està trabajando sin cesar para abriros un sepulcro.

En la ceremonia de la coronacion de los Reyes Abysinos, les presentaban un vaso lleno de tierra, y una cabeza de muerto, para advertirles lo que habian de ser en algun dia, sin que la Corona pudiese preservarles de la suerte comun à todos los hombres.

Aun hoy dia en la exaltacion del Pontifice Romano, un Clerigo lleva una poca de estopa en la extremidad de una caña, y acercando la estopa à la luz de una vela, la hace quemar à la vista del Pontifice, diciendole: *Santo Padre, asì pasa la gloria del mundo.*

Felipe Rey de Macedonia, Padre de Alexandro Magno, habia dado orden à uno de sus Pages, que le dixera tres veces todas las mañanas: *Acordaos que*

sois

sois hombre. Esta sola palabra lo dice todo.

El Emperador Maximiliano Primero habia mandado hacer su atahud quatro años antes de morir: lo tenia siempre en su quarto; y quando caminaba hacia siempre que lo llevasen con èl. En este hallaba un buen consejo, y habiendo seguido sus avisos durante su vida, viò sin afliccion que llegò el momento en que presto habia de estar encerrado en èl.

Los Cartujos se saludan diciendo: *Acordaos de la muerte*; porque no hay cosa mas eficàz que esta memoria, para hacernos perseverar en los caminos penosos de la virtud, poniendonos delante de los ojos, que nuestra penitencia se acabarà presto; que à ella se seguirà una eterna felicidad, y que nos librarà de una desgracia eterna.

San Bernardo tenia costumbre de decirse muchas veces al dia: Si hubieras de morir hoy, harias esto? Y quando comenzaba alguna accion, ò alguna obra

obra de obligacion, se preguntaba: Si hubieras de morir despues de esta accion, còmo la harias? Y asì con la memoria de la muerte se conservaba en un continuo fervor.

PARABOLA XIV.

El Penitente del Papa.

UN hombre de ilustre nacimiento, pero grande pecador, resolviò por ultimo convertirse. Para esto vino à Roma, y quiso tener el consuelo de confesarse con el Papa mismo. El Papa le oyò, y quedò edificado de la exactitud de su confesion, de la vivacidad de su arrepentimiento, y de la generosidad de sus resoluciones. Mas quando se tratò de imponerle la penitencia, ninguna podia aceptar el penitente; ninguna se hallaba de su gusto. Ayunar! no tenia fuerzas para ello. Leer, rezar, no tenia tiempo. Usar los instrumentos de penitencia, ni los tenia, ni conocia su uso. Hacer unos exer-

exercicios, emprender una peregrinacion! tenia negocios. Velar, acostarse en el suelo! su salud no lo permitia. Y despues otra razon general que no decia: Un hombre de su calidad! Què se ha de mandar, pues, à un hombre de su calidad? El Papa le diò un anillo de oro, donde estaban escritas estas dos palabras: *Memento mori*: *acordaos que habeis de morir*: y le impuso por penitencia traer este anillo en el dedo, y leer en èl las palabras que tenia escritas, à lo menos una vez cada dia.

El Caballero se retirò muy contento, congratulandose de una tan ligera penitencia; mas esta attaxo à sì todas las demàs. El pensamiento de la muerte entrò tan fuerte, y dichosamente en su espiritu, que le descubriò lo esencial de la condicion del hombre mortal, y le hizo decirse à sì mismo: Ah! pues que yo he de morir, què otra cosa tengo que hacer en este mundo sino prepararme à morir bien? De què sirve mirar tanto por una salud, que la muerte ha

de

de destruir? Para què perdonar un cuerpo, y una carne que se han de podrir en la tierra? Despues de haber hecho estas reflexiones, no hubo genero de penitencias que no le pareciese ligero. Las abrazò todas, y perseverò en ellas hasta su muerte, que fue preciosa delante de Dios, de edificacion à los hombres, y llena de consuelo para èl.

¡ Ah, si nosotros reflexionaramos bien en esta palabra: *Yo he de morir!* Si sacaramos bien las justas consequencias que se siguen de esta palabra; *pues què he de morir!* Si hicieramos una sèria atencion al aviso que nos dà esta palabra; *no he de morir yo?*

Por ultimo no os asusten estas terribles palabras: tomad solamente vuestras medidas, y la muerte misma no os asustarà.

PA-

PARABOLA XV.

Del hilo de la vida.

Nuestra eternidad depende de nuestra muerte; nuestra muerte depende de nuestra vida; y nuestra vida està pendiente de un hilo. Mas este hilo es muy endeble, y facil de romperse, de cortarlo, y de quemarlo. Este hilo falta en el tiempo que menos se espera; unas veces en el tiempo que se juzga mas fuerte; y otras por los medios mismos que se toman para fortificarlo, como lo verèis en el tragico fin de Don Carlos Rey de Navarra. Quizà sabreis esta historia; pero aunque se sepa, siempre se lee con sobresalto, y espanto.

Este Rey fue un hombre el mas dado que quizàs hubo jamàs al vicio vergonzoso de la carne. Hallandose consumido por sus excesos, y sin disposicion para continuarlos, consultò sus Medicos, los que le ordenaron, hiciese le envolvieran el

el cuerpo en una sabana empapada en aguardiente, y que permaneciera asì veinte y quatro horas en esta sabana, bien ajustada, y bien cosida. El Rey encargò esta operàcion à la mas joven, y mas querida de sus Damas, y al mismo tiempo la mas inconsiderada; pues habiendo acabado de coser la sabana sobre el cuerpo del Rey, quiso tomar sus tixeras para cortar el hilo, y no hallandolas a mano, tuvo la imprudencia de acercar la bugìa que le alumbraba, y de quemar el hilo à la luz de ella. Este hilo que estaba empapado en aguardiente, tomò fuego, y el fuego se comunicò à la sabana, la que al instante se abrasò toda. Què gritos en todo el Palacio! Què movimiento! Què agitacion! Què no se hizo para apagar el fuego, y salvar al Rey? Mas todo fue inutil. El Rey fue quemado vivo antes que se le hubiese podido dar algun socorro. Què muerte! Què vida! Què eternidad!

PARABOLA XVI.

Gusto singular de un Rey de los Bulgaros.

Bogoris, Rey de los Bulgaros, amaba todas las cosas horrendas, y que inspiraban terror. Se complacia en los lugares mas espantosos, y tenia gusto singular en perseguir en la caza las bestias mas feroces. Las tapicerias, los quadros, las esculturas de su Palacio no representaban sino objetos terribles. Habiendo sabido que un Monge de aquellos contornos llamado Geronimo, se aventajaba en el arte de pintar, fue à buscarlo, y le pidiò le hiciera una pintura de su gusto; esto es, la mas terrible que se pudiese imaginar. El Padre Geronimo le satisfizo. Le pintò el Juicio final: el Supremo Juez sentado en una nube, cercado de sus Angeles se mostraba con un ayre de magestad, y de ira, que arrebataba, y ater-

aterraba. Al lado derecho estaban los Justos despidiendo rayos de gloria; y al lado izquierdo estaban los pecadores, palidos, atemorizados, poseidos de terror, esperando su ultima sentencia. En lo inferior estaban los Demonios con figuras horrendas, y espantables: se manifestaban furiosos, y amenazando, y estaban armados con todo genero de instrumentos de castigos. Debaxo de los Demonios se descubria un abismo espantoso, de donde se arrojaban horribles torbellinos de llamas.

El Rey Pagano, à la primera vista de esta pintura quedò encantado, y confesò que no habia visto jamàs cosa tan bella, ni tan terrible. Mas como no sabia lo que representaba, traxo consigo al Monge para que le explicase cada parte en particular. El Padre Geronimo se lo explicò todo con tanta eficacia, y espiritu, que el Principe, aun mas aterrado con la explicacion, que con la pintura, abrazò el Christianismo, y viviò toda su vida tan penetrado de los juicios

de Dios, que quando emprendia qualquiera cosa, ò deliberaba sobre qualquier negocio, ò consejo, tenia costumbre de decir: *Acordemonos, que lo que vamos à hacer, serà examinado en el juicio de Dios.*

PARABOLA XVII.
El Marquès incredulo.

Mientras que èl Padre Geronimo (como hemos dicho en la Parabola antecedente) explicaba al Rey, y à toda la Corte las verdades de la Religion Christiana, y en particular la del Juicio final, un Señor de la Corte, cuyo titulo correspondia à el de Marquès, que era pariente del Rey, de agudo ingenio, y muy licencioso, no cesaba de contradecir en las conversaciones lo que decia el Padre, y de proponer especialmente contra el Juicio final, objecciones sutiles, y questiones enredosas, à las quales no podian responder aquellos nuevos Catecumenos.

El

El Rey quiso que el Marquès propusiese sus dificultades al mismo Padre Geronimo en presencia de toda la Corte, y que el Padre respondiese à ellas. Habiendo el Marquès hablado largo tiempo en esta augusta asamblèa con mucha viveza, y facilidad, pero sin ningun orden, el Padre prosiguiò su discurso: lo reduxo à los tres puntos principales que èl impugnaba; à saber, la resurreccion de los cuerpos, la manifestacion de las conciencias, y la confusion de los pecadores; y respondiò à ellas de este modo, dirigiendo su razonamiento al Marquès.

1. Sobre la resurreccion de los cuerpos. Todo lo que V. ha dicho, Señor, contra la resurreccion de los cuerpos, no tiene dificultad alguna para el que forma una justa idea del poder de Dios, y que lo cree infinito, como V. mismo lo cree. El que ha dado la vida à todo lo que respira, puede volverla à dar tambien quando le agradare; y para èl no es mas dificil lo uno que lo otro. Por dispersas

que estèn las cenizas de los muertos, no estàn fuera de las manos de Dios, quien sabrà muy bien volverlas à hallar, entresacarlas, y unirlas.

Lo que V. opone sobre la identidad de los cuerpos, para probar que es imposible que cada uno de nosotros resucite con su mismo cuerpo, no tendrà ya dificultad para el que uniere el conocimiento de su propia flaqueza, y de su ignorancia, à la idea del Omnipotente Dios. Porque es cosa digna de compasion, que nosotros que no comprehendemos nada en las cosas del siglo presente que estamos viendo, querramos comprehenderlo todo en el siglo futuro que no vemos, ni lo conocemos sino por la fè.

V. dice, que la misma materia habrà pertenecido sucesivamente à muchos cuerpos muertos; y pregunto, què à quien pertenecerà en el tiempo de la resurreccion? Y sabe V. Señor, si la misma materia ha pertenecido à muchos cuerpos vivientes? Y siendo asì, impide eso que cada

hom-

hombre viviente tenga su propio cuerpo, y subsista en su mismo cuerpo? V. mismo dice, que ahora quatro años tuvo una enfermedad que lo reduxo à nada, y que no pesaba la mitad de lo que pesaba antes. V. ha recobrado ya su robustez, y pesa ahora mas de lo que pesaba antes de su enfermedad. Ha mudado V. por eso de cuerpo? No tiene ya el mismo cuerpo? Tiene por ventura otro?

Un niño, cuyo cuerpo no tenia mas que un pie de alto, y que muriò en este estado al punto que lo bautizaron, deberìa (segun V. dice) resucitar sin tener mas que un pie de alto para resucitar en su propio cuerpo. Mas V. Señor, que tiene ahora mas de seis pies de alto, no ha sido niño de un pie, y de medio pie, y aun de menos? ¿ Y por eso ha mudado V. de cuerpo, y no tiene su propio, y mismo cuerpo que tenia quando vino al mundo? Ah! Señor, esos son misterios del siglo presente, que nosotros no concebimos; por què querèmos concebir los misterios del siglo venidero? Creamos

mos à la palabra, y fiemonos de la Sabiduria, y poderio del Autor del uno, y del otro siglo.

V. pregunta despues, què espacio podrà contener à esta multitud inmensa de cuerpos resucitados? Señor, el que ha dividido los hijos de Adàn, y los ha esparcido por la haz de la tierra para vivir en ella, y sacar de ella su subsistencia, sabrà muy bien colocarlos quando viniere à juzgarlos. V. no ha tenido à su cargo el primer cuidado, y no se ha inquietado por èl: tampoco tiene V. à su cargo el segundo; pues no se inquiete tampoco por èl.

Finalmente pregunta V. si las fisonomìas seràn las mismas en el otro mundo que en este? Señor, todas esas questiones son inutiles. El que ha sabido poner en este mundo el orden, y la variedad que admiramos en èl, sabrà bien hacer en el otro todo quanto conviniere à su gloria, à la dicha de sus amigos, y al castigo de sus enemigos. Los tesoros de su Sabiduria no se han agotado. Confie-

mo-

monos sobre todo en èl, y no nos ocupemos en otra cosa que en el cuidado de vivir, y morir en su amor.

2. Sobre la manifestacion de las conciencias. Paso, Señor, al segundo articulo que V. ha impugnado, que es la manifestacion de las conciencias: y convengo con V. que para que esta manifestacion sea entera, es menester que cada hombre conozca claramente, y por menor lo que pertenece à todos los demas hombres, y à cada uno de ellos. Es menester que conozca sus situaciones, sus connexiones, sus talentos naturales, sus gracias sobrenaturales, y despues sus acciones, sus pensamientos, sus deseos, sus intenciones, sus palabras, sus escritos, y las consequencias que todo esto hubiere tenido. Serà menester tambien que conozca los caminos de Dios sobre los hombres en general, y los cuidados de su Providencia sobre cada uno en particular. Esto, y otras muchas cosas es un conjunto de circunstancias inmenso; lo confieso: mas por ultimo, Señor,

esto no hace un objeto infinito, ni pide para ser conocido una luz infinita : luego puede Dios comunicar à toda inteligencia criada el grado de luz que le agradare, no siendo este grado infinito. Vuelve V. à decir repetidas veces que eso es incomprehensible. Convengo en ello, Señor; pero tanto en eso, como en lo demàs, podemos ayudarnos con lo que pasa acà abaxo. Si alguno hubiese sido criado en un calabozo, y no hubiese visto jamàs sino con la ayuda de una vela pequeña los objetos contenidos en su prision, no se persuadiria que hay en el mundo una luz, que ilumina al mismo tiempo mas de cien mil leguas de pais; y quando se le asegurara que esto es asì; de suerte que todos los que habitan este terreno inmenso, ven distintamente, y sin trabajo todos los objetos; lo unico que podria hacer, serìa creerlo sin comprehenderlo; sin embargo ello es asì, y nosotros lo estamos viendo. Pues la diferencia que hay entre la luz de una vela, y la del Sol, es menor que la diferen-

cia que se halla entre la luz que Dios comunica à los hombres ahora, y la que les comunicarà en el ultimo dia. No debe, pues, V. tener dificultad en creer, que en este dia ultimo todo serà manifiesto, y se mostrarà. Ni debe V. lisonjearse, que en este gran dia alguna de sus acciones, ò de sus pensamientos, puedà escapar del conocimiento de un solo hombre. No es la verdad de este dogma la que se hace increible, sino las consequencias de esta verdad, que son terribles. Mas por ultimo nosotros podemos todavia volverlas à nuestro favor.

Respondo ahora à la pregunta que V. me ha hecho; si en el ultimo dia, si en el Cielo, si en el Infierno nos conoceremos? Quanto al ultimo dia, es evidente que nos conoceremos; porque es imposible que la manifestacion sea tan clara, y tan entera como hemos dicho, sin que nos conozcamos, y sin que conozcamos muy indistintamente, no solo à aquellos con quienes hubieremos vivido, sino tambien à todos aquellos que nos

hu-

hubieren precedido, y que nos hubieren seguido. Aquella luz, pues, que Dios hubiere comunicado à los hombres para aquel dia, aquella luz tan necesaria para la justificacion de la Providencia, para la gloria de los Santos, y para la confusion de los pecadores, por què se les ha de quitar? No se les quitarà, sino que subsistirà eternamente. Asì se conoceràn en el Infierno para su desgracia; se conoceràn en el Cielo para su dicha; y lo uno, y lo otro para la gloria de Dios en todos los siglos.

3. Sobre la confusion de los pecadores. No me resta, Señor, mas que una palabra que decir sobre lo que V. pretende: que hallandose el numero de los pecadores en el dia del Juicio mucho mayor que el de los Justos, los primeros no deberàn resentir verguenza alguna por sus delitos. Y añade V. que en este mundo los Libertinos se jactan frequentemente de sus desordenes, y aun en presencia de los Justos. Sin examinar aqui la verguenza que desde este

este mundo pueden sentir los pecadores por sus pecados, (sobre lo que habria muchas cosas que decir) respondo en tres palabras: Que lo que hace algunas veces en este mundo à los pecadores atrevidos, è insolentes, es su ceguedad, la ausensia del Juez, y la distancia del castigo: mas quando vieren la gravedad del pecado, el Juez presente, y el Infierno pronto à tragarlos, entonces, Señor, sera grande la confusion. Y asì como el temor de los otros no disminuirà el temor que cada una tendrà por sì; del mismo modo la confusion general en que estaràn todos los pecadores, no impedirà la confusion particular que cada uno sentirà.

Antes de acabar, respondo tambien à una pregunta que V. hace sobre esta materia. Pregunta V. si se manifestaràn los pecados de los Santos. Digo que sì; para su gloria, y no para su confusion. Sì Señor, se manifestaràn borrados con la Sangre de Jesu-Christo, y lavados con las lagrimas de la penitencia. Pecados

dos asì reparados no seràn mancha, sino un adornò que realzarà el esplendor de los Santos, que harà la gloria de Jesu-Christo, y aumentarà la confusion de los pecadores; porque habiendo tenido los mismos medios para borrar sus pecados, no habràn querido valerse de ellos. ¡Y asì como el conocimiento que nosotros tenemos del adulterio de David, de la negacion de San Pedro, de los desordenes de San Agustin, no disminuye en nada el aprecio, y veneracion que tenemos à estos grandes Santos; del mismo modo, la vista de los pecados de los escogidos, no perjudicarà à su gloria, ni à su felicidad.

Despues que el Padre Geronimo acabò de hablar, el Rey, y toda la Corte vinieron à darle las gracias por la instruccion de tanto consuelo que les habia dado. Por lo que hace al Marquès, se retirò llevando el despecho en el corazon; y sea preocupacion, ò sea vanidad, permaneciò en su incredulidad, y fue el unico de toda la Corte que no

recibiò el bautismo. Terrible juicio de Dios! Funesto efecto de la corrupcion del corazon, y de una curiosidad temeraria, que quiere sondar misterios, que no conviene sino creer, y adorar!

PARABOLA XVIII.
El nuevo Narciso.

UN Caballero joven, que no tenia hermanos, y que desde su tierna edad habia quedado sin padre, vivìa en su Castillo con su madre, y dos hermanas. Mientras que la madre, y las hijas se ocupaban en obras de piedad, y de caridad Christiana, el joven no tenia otra ocupacion que el cuidado de su cuerpo. Pasaba sin fastidio los dias enteros en su tocador. El unico cuidado que tomaba en su casa, era el de hacer que le rizàran el pelo, echarle polvos, y perfumarlo. Su madre le ofreciò muchas veces comprarle un Regimiento. ¿ Mas còmo consentiria ir à la guerra el que no queria si-

siquiera ir a la caza por temor de no descomponerse sus rizos; ò que atravesando los bosques alguna zarza lo arañase? Sin embargo, este amor à su cuerpo tuvo en èl un buen efecto, que fue apartarlo de toda suerte de desordenes, porque temia que el menor exceso, en qualquier genero que fuese, no le alterase su salud, ò marchitase la vivacidad de su color. Un modo de vivir tan singular diò ocasion repetidas veces à muchos baldones, y burlas; mas nuestro nuevo Narciso se consolaba con su espejo, en el que admiraba su buena cara, aquel aire de hermosura, y de salud en que èl ponia toda su dicha, y toda su gloria.

Un dia el Padre Basilio, Superior de un Monasterio vecino, hombre de mucho entendimiento, de una grande mortificacion, y de una austèra penitencia, pasò por el Castillo, donde lo detuvieron à comer. Tuvieron cuidado de advertirle, que durante la comida, procurase inspirar al joven sentimientos mas varoniles, y mas Christianos. Esta-

ban

taban ya en los postres sin que se hubiese hablado todavia de este asunto. Entonces la mayor de las Señoritas diò principio à la materia, y dixo: ¿No es verdad, Padre mio, que no sienta bien à un hombre, y aun menos à un Caballero, no estar ocupado en otra cosa què en el cuidado de su Cuerpo? Señorita, respondiò el Padre, el cuerpo es una gran parte del hombre; por èl vive en este mundo, es visible à los demàs hombres, y tiene sociedad con ellos: por èl recibe los mas vivos sentimientos del placer, ò del dolor; comunica con todos los demàs cuerpos del Universo; exerce sus operaciones sobre ellos, y recibe sus impresiones. De todos los cuerpos que Dios ha criado, el cuerpo humano es sin contradiccion el mas hermoso, y admirable, sin exceptuar los astros del Firmamento. Un cuerpo bien hecho, bien proporcionado en todos sus miembros; sano, agil, y robusto; una fisonomìa noble y magestuosa, y al mismo tiempo grata, y atractiva: un semblante, cuyas partes

todas tienen su particular agrado, y todas sus facciones grandes, y regulares; todo esto cubierto de un cutis fino, y un hermoso colorido: una cabeza bien compuesta, y adornada de una bella cabellera; vuelvo à decir, que no hay en el mundo cosa tan hermosa: nadie hay que no se admiràra del que tuviera todas estas ventajas; nadie que no tuviese mucho gusto en verlas. Yo juzgo, pues, que el cuerpo, esta parte esencial del hombre, merece todos nuestros cuidados, toda nuestra atencion, todas nuestras reflexiones.

Durante este discurso, triunfaba el joven, y à vista de este exordio se creyeron las Señoritas engañadas; y esta idea las puso algo displicentes contra el Padre. La que habia propuesto la question le dixo: En verdad, Padre mio, que V. nos enseña en eso una buena moral, que no la esperabamos de V. Esa moral, dixo la Madre, es muy del gusto de mi hijo. Mas yo (dixo la hija menor con gran viveza) hallo aquì, Padre mio, que V. se con-

contradice à sì mismo: porque V. que exhorta à los demas à tener cuidado de su cuerpo, què cuidado tiene V. del suyo? V. lo viste de un saco de paño basto; lo hace andar descalzo por èl agua, y por el lodo en el rigor del Invierno; lo oprime con el trabajo, lo extenùa con ayunos, lo llaga con golpes, no le dà descanso ni de dia ni de noche. Es este el cuidado que tiene V. de su cuerpo? Por lo que à mi hace, Señorita, le respondiò el Padre, es muy distinto, porque yo espero otro en la Resurreccion. Pues què (dixo entonces el joven) no esperamos todos la Resurreccion? Ah! pues si eso es asì, Señor, (replicò el Padre) cuidado con no engañarse aquì; porque no se puede poner aqui abaxo la dicha en su cuerpo, y esperar otro mejor en la Resurreccion. Sujetando el cuerpo presente à la penitencia, sacrificandolo à la justicia de Dios, haciendolo servir, trabajar, y sufrir por Dios, es como se asegura que se nos volverà en la Resurreccion mil veces mas brillante, y mas her-

moso, que el que os he pintado; y ademàs de eso, impasible, è inmortal, y tanto mas lleno de encantos en el otro mundo, quanto hubiere sido mas humilde, y mas mortificado en este.

Quando yo era joven (continuò el Padre) amaba mucho à mi cuerpo; no pensaba sino en èl. Me decian que yo era hermoso, y lo creìa. Gustaba que me lo dixeran, y amaba à los que me lo decian. En la edad de quince años tuve viruelas. Esta enfermedad me asustò, y me acongojò mucho, y me hizo hacer muchas reflexiones. ¡ O mi Dios (me decia yo à mi mismo) todo el amor que tengo à mi cuerpo, y todos los desvelos que he tenido por èl, no han podido por ultimo preservarlo de un mal tan asqueroso, que và à desfigurarme enteramente, y à ponerme desconocido ! Lo mismo, pues, sucederà con las mutaciones que los demàs experimentan, y serà necesario que yo mismo las experimente. Me puse entonces à recorrer todas las edades, y notè que cada una trae al cuerpo alguna

mu-

mudanza, y le quita siempre alguna cosa de su esplendor, y de su hermosura. sin que nadie pueda poner un dique à este curso rapido de la naturaleza, que nos lleva à pesar nuestro à la vejez, y à la muerte, y muchas veces nos hace hallar la muerte antes de la vejez. Este pensamiento me hizo derramar lagrimas, y con èl me quedè dormido. Durante el sueño, me pareciò que alguno me decia al oido: No llores, hijo mio, usa santamente de tu cuerpo durante tu vida, sin perdonarle nada en el servicio de Dios, y en el cumplimiento de todas las obligaciones de tu estado; sufre sin inquietarte todas las mudanzas que puedan acaecerle, todos los males, todas las enfermedades que pudiere experimentar, las penalidades de la vejez, y los dolores de la muerte; exercitalo tu mismo en los rigores de la penitencia, y en el dia de la Resurreccion Dios te lo volverà perfecto, y brillante, inmutable, impasible, è inmortal, y gozaràs de èl en la habitacion de la Gloria por toda la eternidad. Di-

Dichas estas palabras, tomò el Padre Basilio su baston, y se fue. Apenas hubo partido, nuestro joven en lugar de subir à su quarto segun su costumbre, se fue al jardin, donde estuvo largo tiempo paseandose, y discurriendo sobre lo que acababa de oir. Despues de esto volviò à entrar en la sala, donde hallò à sus dos hermanas ocupadas en trabajar. Pues, hermanas mias, dixo al entrar, que decìs del discurso del Padre Basilio? De eso, dixo la mayor, estabamos hablando mi hermana, y yo. Y tu, hermano, que dices de ello? Yo digo, que el Padre tiene razon, y que yo no estaba errado. Vosotras me deciais continuamente que el cuerpo no era nada; que era menester despreciarlo, y no hacer cuenta ninguna de èl. Ya veis por el contrario, que, como el Padre dice, el cuerpo es una parte esencial de nosotros mismos, que merece todo nuestro cuidado, y toda nuestra atencion. Verdad es que yo lo tomaba por este lado. Yo no hacia reflexion, que este cuerpo en este mundo, no

no es mas que un cuerpo de uso, y que el buen uso que hubieremos hecho de èl nos lo volverà en el otro mundo con otras qualidades, que lo haran (si me es licito hablar asì) un cuerpo de ostentacion, y de ceremonia. Esto es con poca diferencia, como los diferentes vestidos de que vosotras os servìs; unos teneis para de ordinario, que no cuidais, y que no son sino para ensuciarlos: otros teneis ricos y brillantes, que conservais con cuidado para los dias de fiesta, y para las compañìas de lucimiento. Tu, hermana mia, has cogido bien el pensamiento del P. Basilio, dixo la menor. Serà sin duda una grande festividad la de la Resurreccion, y allì habrà una brillante compañìa. Dios nos conceda la gracia de parecer en ella con honor. Mi hermana (dixo el hermano) eso dependerà del uso que hubieremos aquì hecho de nuestro cuerpo. Bien podrèmos hacer de èl una hostia viva agradable à Dios: para eso se nos ha dado; aprovechemonos de èl.

To-

Todos lo hicieron asì. El hermano tomò el partido de las armas, donde ayunaba todos los Miercoles, y los Viernes. Fue muerto en una batalla, y le hallaron un silicio baxo su uniforme. Su hermana menor fue un exemplo de humildad, y de penitencia en un Monasterio, à donde se retirò. La hermana mayor se quedò con su Madre, practicando la una, y la otra las observancias de la regla mas austèra. Todos murieron en olor de santidad, y llenos de la esperanza de una Resurreccion gloriosa.

Parabola XIX.

El Poeta desengañado.

Un Poeta fue un dia à la Cartuxa à ver à un Cartuxo pariente suyo, y despues de haber hablado de varias cosas, le dixo: Acabo de concluir un Poema, que juzgo me darà algun honor en el mundo. He puesto en èl todo mi cuidado, y voy à emplear todavia dos años para acabarlo de

de pulir, y ponerlo en estado de darlo à luz. Pero mas vale (continuò) suspenderlo un poco, para asegurarse del parecer del pùblico. Yo creo (dixo el Cartuxo) que lo suspenderias aun otros dos años, si os aseguraran que vuestro Poema, al punto que se publicase serìa leido, y admirado de todo Paris, de toda la Corte, y de toda la Francia. Seguramente (dixo el Poeta) y tendria por bien empleados esos quatro años. Mas si os aseguraran (continuò el Cartuxo) que suspendiendolo otros quatro años serìa vuestro Poema solicitado de toda la Europa, traducido en todas las lenguas, y admirado en todas partes; no consentiriais esperar hasta ese tiempo para darlo? De muy buena gana, (respondiò el Poeta): una gloria tan grande merecerìa bien ser comprada con el precio de ocho años de trabajo. Y si suspendiendolo otros ocho años (continuò aun el Padre) estuvierais seguro, que la estimacion que harìa la Europa de vuestra obra perseverarìa, se aumentarìa aun en
la

la posteridad, è irìa creciendo hasta la fin del mundo, consentirias tambien esperar estos ocho años? Sin dificultad (respondiò el Poeta.) Con todo (dixo el Padre) eso hace diez y seis años. ¿Y en la edad en que os hallais esperais vivir mucho mas de diez y seis años para gozar de esa gloria? No (respondiò el Poeta) pero què importa? La gloria que no dura mas que la vida del hombre, no es nada: la que uno dexa despues de sì, es la que merece ser apetecida. ¿Consentiriais, pues (dixo el Cartuxo) trabajar toda vuestra vida por una grande gloria, que no os vendria sino despues de vuestra muerte? Sin duda (respondiò el Poeta) y ese es el sentir de toda alma bien nacida, y de todo hombre que piensa. Pues si eso es asì (replicò el Padre) ¿Quièn os impide, mi querido Primo, adquirir esa grande gloria, y aun una gloria mayor que os vendrà despues de la muerte; una gloria que no os dexarà despues de vos, sino que os seguirà, y de la que gozarèis eternamen-

mente despues de vuestra muerte ? Para esto no teneis que hacer otra cosa, que emplear lo restante de vuestros dias, no en corregir vuestro Poema, sino en corregir vuestras costumbres, y servir à Dios con fervor : y lo que nadie os puede prometer por vuestro Poema por correcto que estè, la fè, y la Religion os lo prometen por la correccion de vuestras costumbres, y por vuestra fidelidad en servir à Dios. O ! (exclamò el Poeta) bien imaginaba yo, que allà era donde me llevavais ; pero no es eso de lo que se trata. Vosotros los Cartuxos no teneis sino ideas tristes, y funestas. Nosotros estamos en esta vida, y no debemos hablar sino de la gloria de esta vida ; porque por lo que hace à la otra, no la vemos.

¿Pero vereis (replicò el Cartuxo) la gloria de esta vida quando no esteis ya en ella? Supuesto, pues, que habeis de dexar esta vida, y entrar en la otra ¿No es mas prudente adquirir una gloria que os seguirà, y de la que gozarèis, que

no una gloria que sobrevivirà à vos, y de la que no gozarèis? Mas què gloria es esa que puede daros vuestro Poema? Què es toda la gloria del mundo en comparacion de la que os puede dar una vida santa? La primera es muy incierta, y nadie se atreveria à asegurarla, quando la segunda os està asegurada por la palabra de Dios, por la Religion, y por la Fè. La primera serà siempre muy pequeña, y muy limitada. Aun quando vuestro nombre viniera à ser cèlebre en toda la Francia, en toda la Europa, en toda la posteridad ¿ quantos individuos entre todos estos Pueblos no lo conoceràn; siendo asì que la segunda serà universal, de tal suerte, que en el ultimo dia, no solamente todos los que habitan ahora la Francia, y la Europa; la Africa, y la America; no solamente los que viviràn despues de ellos hasta la fin del mundo, sino tambien todos los que han vivido desde el principio del mundo, todos sin exceptuar uno solo, os conoceràn, os estimaràn, os admiraràn,

ràn, os respetaràn? Finalmente, la gloria de vuestro Poema serà siempre de corta duracion, y perecedera, y quando mas no puede llegar sino hasta la fin del mundo; despues de lo qual no se tratarà mas de poesìa, ni de quanto nos ocupa en la tierra, y toda gloria mundana desaparecerà; no quedarà mas que la verdadera gloria, que la solida gloria que viene de Dios, cuyo juicio fundado en la verdad, y equidad, atraerà la alabanza de todas las inteligencias criadas, y esta gloria serà eterna. ¿El deseo, pues, y la esperanza de esta gloria, son por ventura ideas tan tristes, y tan funestas? Hay otras que mas consuelen, mas brillen, y mas arrebaten? Què decìs de esto? Digo, Primo mio, que ese es un bello sermon, pero muy largo.

Pues bien (dixo el Cartuxo) dexemos todo eso, y volvamos à vuestro Poema. Vos haceis juicio de darle al pùblico dentro de dos años? Sì, si Dios me conserva. Luego que le hubieres dado la ultima mano, y se presentàre, juzgais

que

que no se hallaràn ni Criticos, ni Censores? O, si se hallaràn! y quantos. Una buena obra jamàs està sin alguna critica. Aun muchas veces hay contra ella alguna conspiracion, y embidiosos; mas no les temo: y si me acometen yo me defenderè. ¿Y si tomando quatro años (dixo el Cartuxo) para retocarlo, estuvieseis seguro de ponerlo superior à toda critica, de suerte que los que os tienen mas envidia no se atreviesen à chistar, y fuesen precisados à alabaros, no esperariais esos quatro años para darlo al pùblico? Dònde intentais (dixo el Poeta) llevarme todavia con vuesrros computos? A la verdadera gloria (le respondiò el Padre) à aquella gloria que nadie os disputarà, que el Universo entero os conocerà, y que en el ultimo dia, y durante la eternidad, forzarà à todos vuestros enemigos à alabaros, à confesar que habeis hecho bien, y à desesperarse por no haber hecho como vos. Confieso sin dificultad (dixo el Poeta) que eso serìa lo mejor: que la glo-

gloria que nosotros solicitamos en este mundo, y por la qual nos consumimos, no es en si mas que una quimera, una fantasma que nos engaña. Mas què quereis? Somos hombres, vivimos con los hombres; somos necios con los necios. Y quièn os impide (replicò el Padre) ser prudente con los prudentes? ¿Quantos hay que tienen en nada la gloria de este mundo, y que no se ocupan en otra cosa, que en el cuidado de merecer la gloria eterna? Vos vivis con los hombres; pero en menos de nada, vos, y todos los hombres que viven con vos, estareis en el otro mundo con todos los que nos han precedido, y con todos los que nos seguiràn; y en fin en el ultimo dia pareceremos todos ante el Tribunal de Jesu-Christo. ¿Por què no imitais à los que llenos de estos pensamientos no trabajan sino en adquirir la verdadera gloria del otro mundo, que serà sòlida, universal, y eterna?

Primo mio (dixo el Poeta) si yo no tuviera mas que veinte años, me harìa

Cartuxo. No se trata (dixo el Padre) de que seais Cartuxo, sino de que seais un buen Christiano, y fervoroso Christiano. Y què es menester hacer para esò (dixò el Poeta? Es menester (respondiò el Padre) poner en orden vuestra conciencia, hacer una buena confesion, aplicarse à la oracion, à las buenas obras, à la frequencia de los Sacramentos, olvidar el mundo, y no pensar sino en disponerse para presentarse con honor, y con gloria en el Juicio final. Y mi Poema, que harèmos de èl? Arrojarlo al fuego, y no pensar mas en èl. Yo os aseguro (dixo el Poeta) que si lo tuviera aqui, lo quemaria luego al punto en vuestra presencia: mas yo me voy à casa, y quanto llegue, esa serà la primera cosa que harè. Yo no me fio (dixo el Cartuxo): enviadmelo quanto antes, y volved à verme mañana, y juntos lo quemaremos. Al punto (dixo el Poeta) lo vais à recibir. Me parece que me han quitado un monte de encima de los hombros, desde que he tomado la reso-

lu-

lucion de darme todo à Dios, y de no pensar mas que en mi salvacion. A Dios hasta mañana.

El Poeta cumpliò su palabra: en la misma noche le enviò el Poema: volviò el dia siguiente para quemarlo, y confirmarse en sus buenas resoluciones, y no se ocupò despues mas que en exercicios de piedad. Su penitencia fue austèra; pero no muy larga: muriò seis meses despues lleno de esperanza, y de consuelo, y dando gracias à Dios de haberle desengañado muy à tiempo, para pedirle perdon de su error. Fue enterrado en los Cartuxos como lo habia deseado.

PARABOLA XX.

Gracioso sueño de un Monge.

UN Monge tuvo un sueño que le fatigò mucho. No solamente estuvo inquieto con èl mientras dormia, sino tambien fue perturbado quando despertò. Como

este sueño se le habia quedado profundamente impreso en la memoria, se persuadiò que significaba alguna cosa, y quiso buscar su explicacion. Por mas que se fatigò, nada hallò que le dexase satisfecho. Para salir de esta inquietud, fue à buscar à su Abad, y postrandose à sus pies le pidiò su bendicion. Despues habiendo tenido la permision de hablar, y recibido orden de sentarse, se sentò, y refiriò su sueño en estos terminos.

Mi Padre, yo he soñado esta noche que el Rey me llamaba à la Corte. Si esta nueva me diò gusto, ò no, es lo que no os podrè decir; solamente me acuerdo, que yo estaba muy empleado en el cuidado de ponerme bien, para parecer con decencia delante del Rey. Mandè, pues, me hicieran un bello abito, y una hermosa capa; tomè unas medias blancas muy buenas, y me puse una chupa nueva. Estaba yo, à mi parecer, bien puesto. Inmediatamente me introduxeron en una gran sala llena de Señores, y de Señoras. Apenas estuve

en

en ella un momento, quando me veo que no tenia capucha, lo que me causò mucho espanto, y me puso en una grande turbacion; poco despues vì que estaba desnudo de pies, y piernas. Yo no podia comprehender còmo habia venido à la Corte en este estado, y no me atrevia ni à quedarme, ni à retirarme. Despues en lugar de abitos, no vi sobre mi cuerpo mas que unos vestidos rotos que me cubrian mal. Mi confusion crecia à cada instante, y no sabìa ya donde meterme. Finalmente, me hallè no tener sobre mì sino mi camisa, y aun esta mala, que apenas me llegaba à la mitad de los muslos, y que sentia estar desgarrada por detràs. Vos concebìs qual serìa mi confusion en medio de tal asamblèa. Mas lo que no podreis concebir, y yo mismo no os lo podrè explicar, es el tormento que causa semejante confusion. Yo no veìa aqui otro remedio, que exponerme à otra confusion mayor, y era de huirme al Convento, y encerrarme en mi celda, atravesando en este tra-

ge la sala, los quartos, los patios del Palacio, las calles de la Ciudad, y los corredores del Monasterio. Por mas horror que me causase este partido, iba à resolverme à èl; quando vinieron à anunciarme la llegada del Rey, y que iba à entrar en la sala. A este anuncio poseido de sobresalto, di un gran grito que me despertò. Hallème en mi cama todo sin aliento; pero absorto de ver que todo lo que me habia fatigado tanto no era mas que sueño. Con todo, Padre mio, un sueño tan seguido, y tan bien circunstanciado, significa alguna cosa. Yo he buscado en mi mismo la explicacion de èl, mas no habiendo podido hallarla, y por otra parte confiandome enteramente en vuestras luces vengo à pedirosla.

Mi Padre (respondiò el Abad) os engañais en creer, que ese sueño signifique alguna cosa: aunque seguido, y circunstanciado, nada significa. Esas suertes de sueños no son mas que juegos de la imaginacion, inexplicables à la verdad, y no

no conviene darles creencia alguna. Pero aunque èste nada signifique, con todo podemos sacar de èl una moralidad muy util, y muy solida.

Todos nosotros somos llamados à la Corte del Rey de los Reyes, y debemos parecer delante de èl. Supuesta esta verdad, podeis sacar de vuestro sueño tres instrucciones importantes.

La primera, sobre el cuidado de prepararnos para este gran dia. Si estabais tan ocupado en el cuidado de poneros bien para parecer delante de un Rey de la tierra, ¿ahora, que sabeis, que dentro de poco habeis de parecer delante del Rey del Cielo, què cuidado no debeis poner en purificar vuestra alma, en adornarla de todas las virtudes, y en enriquecerla con todo genero de buenas obras?

La segunda, sobre la confusion que experimentaràn los que no hubieren tenido este cuidado, ¡Què verguenza para un Religioso, para un alma Christiana, parecer en el ultimo dia delante de Jesu-

Chris-

Christo, delante de toda la Corte Celestial; los Angeles, y los Santos, delante de todo el universo, en un estado de desnudez, y de indecencia! ¡ Què serà parecer alli cubierto de heridas, y de llagas; esto es, de pecados, y de iniquidades, en un estado de horror, y de abominacion!

La tercera, sobre la humildad que debe acompañar todas nuestras acciones, y ser el fundamento de todas nuestras virtudes. Vos juzgabais estar bien vestido quando ibais à la Corte; y quando estabais en ella os hallasteis desnudo. ¡ Quànto debemos temer, que lo bueno que aparece en nosotros, desaparezca à los rayos de la luz Divina! que nuestras aparentes riquezas se reduzcan à una pobreza verdadera; y que nuestra pobreza imaginaria se mude en una confusion eterna! Este pensamiento no debe desanimarnos, sino solamente excitando nuestra vigilancia, conservarnos en la humildad.

El Monge se retirò lleno de consuelo.

El fervor, y la humildad que mostrò todo el resto de su vida, hicieron ver que se habia aprovechado de la moral del Abad. Aprovechemonos de ella nosotros mismos, pues igualmente nos pertenece que al Monge.

PARABOLA XXI.

La joven Flora; ó los Billetes amorosos.

FLora era una mocita doncella que vivìa con su hermana mayor, gozando la una y la otra de un caudal muy decente, que el padre, y la madre les habia dexado por su muerte. Flora confiando en su hermana mayor el manejo de su caudal, y de los cuidados de la casa, no se ocupaba en otra cosa que en la vanidad mundana, y en los galanteos. Se vanagloriaba en tener un gran numero de amantes, que atraìdos por sus prendas personales, por la dulzura de su espiritu,

y por el buen humor en su trato, venian continuamente à galantearla. Ademàs de las visitas habia todos los dias cartas, versos, billetes amorosos, à los quales respondia exactamente. Ella se burlaba de sus amantes, y ellos se burlaban de ella. Ella daba à entender à cada uno, que èl era el preferido, el solo amado, y que jamàs se casària con otro: y cada uno le juraba à ella un ardor fiel, una llama eterna, fuegos constantes, de los que no daban à entender la mas minima parte. Como ella no buscaba otra cosa de ellos que contentar su vanidad, procurando siempre tenerlos contenidos en los limites del respeto, y de una exacta modestia; ellos tampoco buscaban de ella otra cosa que pasar el tiempo, y divertirse. Una vida tan ociosa, y tan mundana, no dexò de escandalizar, y de ser ocasion de muchos pecados. Flora lo sentia, y tenia remordimientos de ello, y algunas veces todo este tren le fastidiaba. Confiaba à su hermana sus disgustos, y su hermana se aprovechaba
de

de esta manifestacion para exhortarla à tener una vida mas regular, y mas Christiana, de la que ella misma le daba el exemplo. En estos momentos se creería à Flora mudada; ella misma creìa estarlo, y hacia con su hermana proyectos admirables de una nueva vida. Mas un billete amoroso que acababa de recibir, y al que iba prontamente à responder, trastornaba todos estos proyectos de reforma, y la volvian à sumergir mas que nunca en una disipacion, y entretenimientos, que creia no poder ya pasar sin ellos.

Un dia su hermana, y algunas amigas vinieron à proponerle que fuese con ellas al Sermon: este convite le embarazò, porque estaba entonces ocupada en responder à un billete amoroso. Con todo, como lo habia casi acabado, y no queria disgustar à sus amigas, las siguiò, y dexò para despues del Sermon concluir su carta, y enviarla. La materia del Sermon fue el Evangelio de Lazaro, y del Rico avariento. El Predicador re-

pre-

presentò en èl vivamente los suplicios del Infierno, y los fuegos devorantes, y eternos, que eran el justo castigo de la dureza del Rico avariento para con los pobres, y de la vida deleitosa, y sensual que habia tenido. Todo esto le convenia bien à la joven Flora, y su hermana esperaba de ello algun buen efecto: mas como Flora estaba ocupada en su carta, por bueno, y patetico que fuese el Sermon, le pareciò largo, y no fue tocada de èl sino medianamente. Al salir de la Iglesia se apresurò para acabar su carta, y con la prisa que se diò para cerrarla, le cayò à plomo sobre la mano una gota gruesa de lacre derretido, y le hizo dar un grito espantoso. Al primer movimiento de su impaciencia, arrojò el lacre, y la carta al fuego. Su hermana acudiò al ruido, y al punto que Flora la viò, exclamò: ¡ Ay, hermana mia, què serà el fuego del Infierno, pues una gota de lacre que ha caido sobre mi mano, me causa tan vivos dolores! No mas billetes, no mas amantes: yo los re-

nuncio para siempre. Su hermana tuvo el trabajo de sufrir la risa, pero mientras que aplicaba un poco de balsamo sobre la quemadura, Flora continuaba predicando. No, hermana mia, decia, no es nada oir hablar del fuego del Infierno; es menester resentir los toques de este elemento terrible, para concebir alguna idea de un tormento tan espantoso. Ah! què horror no tendrian los hombres al pecado, si hicieran alguna prueba del fuego que ha de ser su castigo eterno!

Mientras que hablaba de esta suerte, llegò un Page que le traia un billete, y levantando la voz, le dixo: Retirate, hijo, y vuelve à llevar el billete à tu amo. Dile que yo no recibo ya ni billetes, ni visitas; que excuse el trabajo de venir à verme, y de escribirme, que en lugar de venir acà, vaya al Sermon, y aprovechese de èl, como yo estoy resuelta à hacerlo. No fue menester mas; todos los amantes de Flora, sabidores de su mutacion, tomaron su partido en

otra parte, y no la inquietaron mas. Ella tuvo el resto de sus dias una vida tan piadosa, y de tanta edificacion, quanto hasta entonces la habia tenido disipada, y escandalosa. Muriò doce años despues en los brazos de su hermana, llena de virtudes, y colmada de consuelo.

PARABOLA XXII.

Las Precauciones.

Preguntaron un dia à un Filosofo, qual era el arte mas grande, y el mas estimable de todos; y respondiò que el arte de las Precauciones. Ese es el arte de las artes: el arte de atacar las plazas, y de defenderlas; el arte de ganar las batallas; el arte de reynar, de gobernar los Pueblos, las Provincias, las Ciudades, y las familias; el arte de conservar la salud del cuerpo, y de arreglar las pasiones del alma. Se podia añadir el arte de negociar su salvacion, el arte de evitar el pecado, y el Infierno; al arte

de

de adquirir las virtudes, y de conquistar el Cielo.

Tambien se pone mucha atencion en tomar sus precauciones en los negocios del mundo; y solo en los de la salvacion no se toma precaucion alguna.

Quando un Viajante encuentra en su camino un paraje peligroso, camina con circunspeccion, y observa todos sus pasos ¿ Si estuvieseis precisado à atravesar un campo cubierto de yervas, y de flores, y supierais que estaba lleno de hoyos ocultos, y de abismos cubiertos donde es facil de caer, y de donde es imposible salir quando se ha caido una vez, pregunto, caminariais por este campo sin temor, sin atencion, sin mirar donde poniais los pies? Mas si caminando por èl con otros, hubieseis visto ya à muchos caer à vuestro lado, y desaparecer para siempre, no os espantariais, y pondriais duplicada atencion? Pero si alguno de los que caminan con vos, sabidor de ello como vos, quisiese mejor despreciar el peligro, que tomar la molestia de evi-

tar-

tarlo: si le vieseis caminar por todas partes resueltamente, dansar, saltar, retozar, no juzgariais que tenia trastornado el juicio? Querriais tomar su conducta por modelo de la vuestra? Ha! Vuestro vecino ha desaparecido de encima de la tierra, y ha entrado en su eternidad. Vuestro hermano està oculto baxo su tumba, ha sufrido su juicio, y no volverà à parecer ya; y vos no temblais, ni usais de precaucion? Mirad los Justos como tiemblan, y se observan. Pero decis, quàntos otros caminan sin temer nada? Estos, pues, son los que vos tomais por modelos!

Quando se sabe que un camino està infestado de ladrones, y de asesinos, no se pasa por èl; ò si la necesidad nos obliga à pasarlo, no se và sin estar bien armado, y acompañado; y à cada paso al menor ruido, estamos sobre aviso: pero vos por el contrario, os poneis en las ocasiones mas peligrosas sin necesidad, sin temor, sin armas, y sin defensa; què maravilla que perezcais en ella?

Quan-

Quando corre una enfermedad epidemica, se procura proveerse de remedios y de antidotos. Quando se oye decir que la peste està en un Pais vecino, se guardan las fronteras para no dexar entrar nada contagioso: y vos en medio de un aire corrompido, no tomais ninguna precaucion, no usais ninguna penitencia, ni ayunos, ni mortificacion, ni ruego, ni oracion. Aunque cercado de un aire contagioso, no poneis ningun orden à la puerta de vuestros sentidos; dexais entrar en ellos toda suerte de objetos; recibis en vuestra casa libros, canciones, retratos, y todo quanto contiene la ponzoña mas sutil. Despues de esto,còmo no habeis de perecer?

Quando se teme la carestìa, ò la hambre, se toman precauciones, se hacen provisiones; y si esto no basta, se dexa su Pais para buscar en otra parte su subsistencia, y no morir de hambre. Haced, pues, abundantes provisiones en la oracion,y en los Sacramentos; y si es necesario,separaros de este mundo para procura-

ros

ros el alimento del Pan Celestial, del que el mundo no usa, ò no se atreve à usar ya.

Quando hay fuego en un quartel de la Ciudad, todos los vecinos tiemblan, y toman sus precauciones. El fuego del Infierno devòra actualmente à muchos semejantes à vos: ya se os và acercando, y està à punto de alcanzaros: y no temblais, ni tomais medida alguna?

Quando una bestia feroz, y desconocida saquèa el Pais, y devòra los hombres, cada uno de por sì tiembla, y està sobre aviso. El Demonio como Leon furioso rodèa por todas partes, buscando à quien devòrar. Todos los dias sorprehende à alguno, y lo arrastra al Infierno: puede ser que vos esteis ya en su poder, y os dexeis llevar sin gritos, y sin resistencia.

Quando se atraviesa un torrente sobre una tabla; ò un cenagal sobre piedras, se atiende à donde se pone el pie. Caminad, pues, con temor en el camino estrecho de los Mandamientos de Dios; y por lo que mira à la fè, estrivad sobre la piedra solida, è inmoble de la Iglesia.

PA-

PARABOLA XXIII.
El Rey de Cosmia.

LA Ciudad de Cosmia era la Capital de un gran Reyno del mismo nombre. La Isla de Eonia no estaba muy distante de ella; pero habia entre los Eonianos, y los Cosmianos tal antipatìa, que aunque los Eonianos fuesen originariamente una Colonia de los Cosmianos, estos dos Pueblos no tenian entre sì comercio alguno, ni comunicacion. Si acaecia que algun Cosmiano arrojado de la tempestad abordase à esta Isla, lo agarraban al punto, y lo desterraban en la *Petréa*, ò en la *Serpentina*, pais asì llamado, porque no habia allì sino peñascos, selvas, bestias salvages, y una multitud horrible de serpientes de toda especie. Los habitantes de este infeliz pais no se alimentaban de otra cosa que de frutos silvestres, y amargos: no tenian para alojamiento sino cavernas; y se hacian entre

si una guerra mas cruel, que las que les hacian las bestias salvages, y las serpientes. Quanto este pais era horrible, y sus habitantes infelices, tanto lo restante de la Isla era una estancia muy agradable, donde los moradores de ella vivian en abundancia, en riquezas, en paz, en union, y en toda suerte de delicias: y esta parte de la Isla separada de la otra con una cordillera de montañas impenetrables, se llamaba la *Afortunada*, no solo porque el pais era afortunado, sino tambien porque no se admitia en èl à ningun extrangero que no abordase à la Isla con una gran fortuna, y con inmensas riquezas.

Habia en la Ciudad de Cosmia una costumbre, ò una ley muy extraordinaria, y era, que todos los años elegia el Senado nuevo Rey, y destronaba à el antiguo. Escogian al nuevo Rey entre los extrangeros, para que ignorase la ley del Senado, que el mismo Pueblo ignoraba. El Rey, durante el corto espacio de su reynado, disponia à su gusto, tanto en orden

à

à los Pueblos, como en orden à las riquezas del Reyno. Mas al fin del año, quando menos se esperaba, lo despojaban de todo, le vendaban los ojos, lo embarcaban, y lo hacian entrar en canoa en el unico puerto por donde se podia abordar à la Eonia. Al punto lo aseguraban, y siendo reconocido en el vestido por un Cosmiano; y por otra parte hallandose pobre, y desnudo de todas cosas, lo desterraban à la Serpentina, para pasar allì miserablemente el resto de sus dias.

Acaeciò un año que eligieron por Rey à un extrangero llamado Eumenes. Este era un hombre muy habil, y muy arreglado en sus costumbres. Por otra parte hombre de entendimiento, y sobre todo dotado de una prudencia consumada. Luego que subiò al trono comenzò à reflexionar sobre la manera que habia subido à èl; y especialmente estaba admirado de no oir hablar nada de su predecesor, de no ver à nadie de su familia, de no saber, ni como habia muerto, ni aun

si habia muerto, y en què habia venido à parar. Hacìa muchas veces preguntas sobre todo esto; mas en lugar de responderle, no le hablaban sino de su grandeza, y de su poder. Estas lisonjas no le satisfacian, y no hacian mas que confirmarle en la idea en que estaba, de que en esto habia algun misterio. No pudiendo conseguir aclarar sus sospechas, se aplicò en todo caso à gobernar bien su Reyno, à hacer reynar en èl la justicia, florecer las artes, y el comercio, aliviar los Pueblos, à hacerlos buenos, y dichosos. Supo tambien hacer frente con su propia persona en una guerra que tuvo que sostener: se puso à la cabeza de sus tropas, consiguiò una gloriosa victoria, è hizo una paz ventajosa à los vencedores, y à los vencidos. Su nombre se hizo cèlebre, querido à sus Pueblos, y glorioso entre los extrangeros. Mas todo este esplendor no le deslumbraba. De buena gana hubiera preferido una palabra de ilustracion sobre lo que le inquietaba, à todas las alabanzas que tan abundantemen-

mente se le daban. Mas quando un Rey busca sinceramente la verdad, no es posible que dexe de hallarla. Un Senador, que estaba pasmado de las virtudes de Eumenes, vino en conocimiento de su inquietud; y habiendo tenido con èl una conversacion particular, le descubriò baxo de secreto, la ley misteriosa del Estado. Eumenes lo abrazò, le diò las gracias, y le recomendò de su parte no dixese à nadie que èl le habia hecho esta confianza.

El Rey pasmado de este descubrimiento, procurò aprovecharse de èl para evitar la Serpentina. No tardò la ocasion en presentarse: un golpe de viento hizo encallar en las costas de Cosmia una embarcacion de Eonianos. Habiendo venido la noticia à la Corte, no omitieron decir al Rey, que estos Eonianos eran enemigos del Estado, y que era menester tratarlos como tales. Pero el Rey respondiò, que los desgraciados no podian ser mirados como enemigos del Estado, y que no merecian sino piedad, y

so-

socorro. Mandò los hiciesen venir à la Corte, donde los trató honorificamente. Por dicha suya, muchos de estos Eonianos eran de los principales del Reyno de Eonia. Tuvo conferencias particulares, en las que habiendo declarado, que su designio era ir à establecerse entre ellos, se pusieron de acuerdo sobre las medidas que habia de tomar para hacer que pasasen secretamente à Eonia los tesoros de que èl podia disponer. Estando todo concertado, despidiò à los Eonianos, les hizo magnificos presentes, y enviò al Rey de Eonia una corona de oro guarnecida de diamantes, y otra casi igual à la Reyna madre. Despues de su partida, el Rey, sin olvidar el cuidado de su Reyno, pensò en juntar los mas tesoros que pudo, y todas las semanas enviaba una embarcacion cargada de ellos à Eonia.

Entre tanto llegò el fin de su reynado, y vino el Senado à anunciarselo. Mas no le sorprehendiò la noticia, porque la estaba aguardando, y habia tomado ya sus medidas. Se dexò despojar sin quexarse;

se

se dexò vendar los ojos, embarcar, y conducir. Los Señores Eonianos à quienes habia tratado tan bien, lo esperaban en el Puerto. Ellos lo conduxeron à la Corte, donde gozò siempre despues el favor del Rey, de la amistad de los Grandes, y de la atencion del Pueblo.

¿Si vos hubieseis estado en el lugar de Eumenes, y hubieseis sabido lo que èl sabia, no hubierais hecho lo mismo que èl? ¿Pues por què no lo haceis? ¿No veis que la Cosmia no es otra cosa que este mundo? ¿Què la Eonia es la eternidad, la Serpentina el infierno, y la Afortunada el Paraiso? En un sentido sois un Rey en este mundo; por lo menos sois en èl dueño de vuestro corazon, y de vuestras acciones. Reflexionad, pues, sobre el modo con que habeis venido à este mundo; sobre el fin para que habeis venido à èl; sobre la suerte de los que os han precedido, y que no parecen ya. Què es lo que quiere decir este misterio no lo ignorais. Procurad profundizarlo cada vez mas, y tened à bien que os den

instrucciones sobre èl. Temed una eternidad infeliz: desead una eternidad feliz: procurad amigos en el Cielo: enviad allà todos vuestros tesoros, y todo quanto pudiereis de virtudes, y buenas obras: trabajad por merecer la benevolencia del Rey, y de la Reyna su madre: y quando la muerte viniere à despojaros de todo, la recibireis con reconocimiento, porque ella os pondrà en posesion de un Reyno, que no se acabarà jamàs.

PARABOLA XXIV.

El Caminante imprudente.

UN Caminante atravesando una selva, fue visto por una Leona furiosa, que al punto empezò à perseguirle para devorarle. Ella daba bramidos espantosos, que resonaban desde lejos en los bosques, y montes. El temor de que fue poseido le diò fuerzas para huir con suma celeridad, y para poner entre sì, y el animal una distancia bastantemente consi-

siderable. Mas huyendo con esta ligereza que le daba el temor del peligro presente, cayò en otro, y no reparò en un abismo que se hallaba en el camino, y en el que se precipitò. Quando sintiò que le faltaba la tierra debaxo de los pies, asustado con este nuevo peligro, extendiò los brazos para agarrar lo primero que se le presentàra. Fue muy afortunado en su caida, por haber encontrado una rama de un arbol, en la que se mantuvo suspenso, y que le impidiò caer en el fondo del abismo, donde no podia dexar de ser estrellado si hubiera caido. En esta situacion, aunque penosa, se felicitò de haber dilatado su perdicion à lo menos algunos momentos. Mas èl no conocia todavia todos los peligros que le amenazaban. Habiendo, pues, mirado con atencion al arbol que le sostenia, viò dos ratones gruesos de monte, uno blanco, y otro negro, que estaban sin cesar royendo el tronco, y quedaba ya poco que hacer para cortarlo enteramente. Habiendo despues fixado su vis-

ta en lo profundo del abismo, viò un dragon enorme echando centellas por los ojos, y la boca abierta, que no esperaba mas que la caida del arbol para devorar la presa que se le ofrecia. De allì aplicò su vista al lado de la caverna donde el arbol tenia sus raices, y percibiò quatro cabezas gruesas de serpientes, que se abalanzaban acia èl para morderle. ¡ Ay, Señor, exclamò suspirando, à què peligros me habeis reservado, y à qual de estos monstruos he de servir yo de pasto ! No me resta, pues, medio alguno para apartarme de aquì, y escaparme de estas bestias feroces ! Habiendo dicho estas palabras, viò que de algunas hojas del arbol goteaba una poca de miel: juntò algunas gotas, y habiendolas llevado à su boca, las hallò de una dulzura admirable, y se sintiò todo fortificado. Este era un refrigerio que el Cielo le enviaba, del que deberìa haberse aprovechado, y por medio de este arbol, ò de qualquiera otro mas solido que se hubiera podido hallar allì, procu-

rar

rar salir de este abismo; mayormente quando era de presumir, que la Leona, cuyos bramidos no oia ya, se habia retirado, y metido dentro de los bosques. Mas quién lo creeria? En lugar de pensar en salvarse, subió sobre el arbol, y habiendose puesto en èl con alguna mayor comodidad, no se ocupò en otra cosa que en el cuidado de recoger miel, y de gustar su fatal dulzura. Aun emprendio hacer una provision de ella, que le pudiese durar mucho tiempo, y asimismo formaba proyectos, y tomaba à su parecer prudentes medidas, para hacer en lo sucesivo la cosecha de ella mas abundante. Pero mientras se ocupaba en estas quimeras, el arbol, que estaba ya suficientemente roido, diò de repente un estallido, se rompiò, cayò con el que traia en sì en lo profundo del abismo, y el Dragon que estaba en èl, extendiendo sus garras, y dilatando sus fauces, se tragò para siempre al imprudente Caminante.

¡O hombres insensatos! Reconoceos por

por lo menos en esta pintura, y mientras que todavia es tiempo, reparad vuestro error, y prevenid las funestas consequencias de èl. ¿ Os ha de engañar para siempre un momento de deleite que os hace olvidar vuestro interes eterno? Desde el momento de vuestro nacimiento os persigue la muerte como una leona furiosa: habeis oido sus bramidos, y algunas veces os ha espantado el pensamiento de la muerte. Esa tierra por donde caminais, es un abismo que todo lo traga, y en cuyo fondo està el abismo del infierno, y de la eternidad. El unico apoyo que detiene vuestra caida, es la vida del cuerpo, mas este cuerpo està continuamente amenazado por los elementos mismos que le componen, y que mezclandose y combatiendose, se mudan en ponzoña para èl, y tiran sin cesar à su menoscabo, y à su destruccion. La duracion de este cuerpo tiene una medida determinada, que vosotros no podeis prolongar, y esta medida es continuamente disminuida, y (para decirlo

asì)

así) roida por el dia, y por la noche, hasta el momento en que este arbol fragil caerà en fin, y por su caida os precipitarà à vosotros mismos en el abismo de la eternidad.

¿No hay, pues, medio alguno para evitar una desgracia tan grande? Uno hay sin duda; y el unico cuidado que os debe ocupar, durante vuestra vida, es no dexarlo escapar. Jesu-Christo os ofrece su Cruz como el arbol de vida, que solo puede salvaros: procurad asiros de ella, y os verèis libres de todos vuestros enemigos. Temed la miel que el mundo os presenta: ella à la verdad es un presente del Cielo; pero temed no sea que su dulzura embriague vuestro corazon, y os haga olvidar los peligros que os amenazan. No tomeis de ella mas que lo necesario para sostener vuestras fuerzas, para poneros en estado de hacer penitencia, de dar limosna, de practicar las buenas obras, de evitar el infierno, y de merecer la vida eterna.

PA-

PARABOLA XXV.
Las Armas de Martino V.

EL Papa Martino V. tomò por Armas suyas, que hizo gravar en el Sello de sus Letras, un fuego encendido, queriendo en esto hacerse presente tres cosas.

1. El fuego de alegria que se habia hecho en su Coronacion, y que por su poca duracion le advertia, que su dignidad, su gloria, y su vida habian de acabar presto.

2. El fuego del ultimo dia, por el qual habia de acabar el mundo entero; aquel incendio universal, que habia de consumir Tiaras, Cetros, y Coronas, y reducirlo a cenizas.

3. El fuego de la eternidad encendido con el soplo de la ira de Dios; aquel fuego que no se apaga; aquella hornaza ardiente, donde arderan eternamente los que hubieren abusado de su autoridad, y de los bienes de esta vida; aquel es-

estanque de azufre, aquel lugar de tormentos, en el que cada pecador cae desde el instante de su muerte.

Ah ! Si nosotros tuvieramos este sello bien impreso en el corazon, de quantos errores nos preservariamos ! què de pecados no evitariamos ! Con quàntas buenas obras nos enriqueceriamos !

PARABOLA XXVI.
El Algebrista.

UN Filosofo acostumbrado à los calculos de la Algebra, habiendo oido un Sermon sobre la eternidad, no le agradò, ni tampoco los computos, y exemplos que el Predicador propuso. Volviò a su casa, y habiendo entrado en su Estudio se puso à pensar sobre esta materia, y produxo sus pensamientos en el papel sin orden, conforme le venian, y eran como se sigue.

1. Lo finito, ò lo que tiene fin, compa-

parado à lo infinito, ò à lo que no tiene fin, es *cero*, es nada. Cien millones de años comparados a la eternidad son *cero*, son nada.

2. Mas proporcion hay entre el mas pequeño finito, y el mayor finito, que entre el mayor finito, y el infinito. Mas proporcion entre una hora, y cien millones de años, que entre cien millones de años, y la eternidad; porque el mas pequeño finito es parte del mayor, quando por el contrario el mayor finito no es parte del infinito. Una hora es parte de cien millones de años, porque cien millones de años no son otra cosa que una hora repetida cierto numero de veces, quando cien millones de años no hacen parte de la eternidad, ni la eternidad es cien millones de años repetidos cierto numero de veces.

3. Con respecto à lo infinito, el finito mas pequeño, ò el mayor son la misma cosa. Con respecto à la eternidad una hora, ò cien millones de años son lo mismo. La duracion de la vida de un hom-

hombre, ò la duràcion del mundo entero son la misma cosa, porque lo uno, y lo otro es *cero*, es nada; y lo que es nada no admite ni lo mas, ni lo menos. Quedando todo esto evidenciado, y concedido:

Supongo ahora que Dios no os concediese mas que un quarto de hora de vida para merecer la eternidad bienaventurada, y que os revelase al mismo tiempo, que una hora despues de vuestra muerte se acabaria el mundo entero. Pregunto: En esta suposicion, què caso hariais del mundo, y de sus juicios? Què caso hariais de las penas, y de las dulzuras que podriais experimentar durante vuestra vida? ¿Con què cuidado no os juzgariais obligado à emplear para Dios, y para prepararos à bien morir todos los instantes de vuestra vida? O! què insensatos sois! No veis, que con respecto à Dios, con respecto à la eternidad, la suposicion que acabo de hacer es la realidad misma? Què la duracion de vuestra vida con respecto à la eternidad

es menos que un quarto de hora; y que la duracion entera del Universo es menos que una hora? Aun hago otra suposicion.

Si hubierais de vivir cien años, y no debieseis tener para vuestro mantenimiento, durante todo ese tiempo, mas que lo que pudierais llevar en una hora à vuestra casa de un tesoro lleno de oro y de plata acuñada, al que os dexaran entrar, y disponer libremente durante esta hora; pregunto En que emplearíais esta hora? En dormir? En pasearos? En entreteneros? En divertiros? No por cierto, sino en acumular riquezas, y tambien en cargaros mas bien de oro que de plata. O! que insensatos somos! Nosotros hemos de durar una eternidad: durante esta eternidad no tendremos mas que la recompensa de los meritos que hubieremos acumulado, durante el tiempo, y el corto espacio de nuestra vida: ¡Y nò empleamos todo este tiempo en acumular meritos! Pero me direis, que es necesario

sario, durante la vida, dormir, beber, comer, y tomar algunos ratos de recreacion. Os lo concedo. ¿Mas quien os impide (como dice San Pablo) hacer todo eso por el amor de Dios, y merecer en todo lo que hiciereis?

Es necesario confesar que las pasiones son tan vivas, y las ocasiones tan lisonjeras, que es de admirar que haya un solo Justo en la tierra: con todo lo hay; este es el efecto de la misericordia de Dios, y de la gracia del Redentor. Por otra parte, la muerte, el juicio, la eternidad son verdades tan terribles, que es de admirar que haya un solo pecador en la tierra: sin embargo lo hay; este es el efecto del olvido de estas grandes verdades. Meditemos pues, velemos, y roguemos para ser del numero de los Justos, en el tiempo, y en la eternidad.

Tal fue el Sermon que nuestro Filosofo se hizo à si mismo, y le agradò tanto que lo leia todos los dias, y muchas veces al dia. Hizo mas: se aprovechò de èl, y tuvo una vida Santa, con-

forme à las grandes verdades que tenia siempre delante de los ojos.

PARABOLA XXVII.
La hermosa Julia.

Un Gentil hombre que habia quedado arruinado, no tenia mas que una hija llamada Júlia, y por sobrenombre la Hermosa, por causa de su rara hermosura. Era un conjunto de perfecciones, tanto por lo que hace al cuerpo, como por su entendimiento y su caracter. Sus prendas tan agradables le atraian un gran numero de Cortesanos; pero su pobreza hacia retirar à todos los pretendientes. No se presentò para pedirla en matrimonio sino el hijo de un aldeano rico. Este aldeano se llamaba *Breché*; pero su hijo era mas comunmente llamado el *Negro*, ò el *Asqueroso*, ò el *Malvado*: todos estos nombres le convenian, y explicaban perfectamente las qualidades de su cuerpo, y de su alma.

El

El era cachigordete, y gordiflon; tenia las piernas largas y delgadas, y encorvadas àcia dentro; el pecho levantado; las espaldas gruezas, la cabeza puntiaguda, la tez negra, el rostro desfigurado de muchos modos; tenia en la mexilla izquierda una larga cicatriz de una herida que habia recibido en una pendencia. Las viruelas le habian hecho hoyos, y grietas en todo el rostro; le habian hecho perder el ojo izquierdo; tenia el derecho rodeado de un encarnado muy vivo, y le habia dexado sobre este mismo lado de la cara una costra ancha, horrible à la vista. El caracter del galan correspondia à tan bella figura. El joven Brechè era tosco, brutal, colerico, pendenciero, avàro, insolente, orgulloso, vicioso, jurador, borracho, zeloso: en una palabra, tenia todas las qualidades que aun una sola puede hacer à un hombre despreciable, y à su muger desgraciada. Tal era el que pretendia casarse con la hermosa Julia. Quando el padre de Julia le hizo la primera propuesta de èl, cayò
des-

desmayada, y costò mucho trabajo hacerla volver de su desmayo. Entonces le dixo el padre mi querida hija, tu no te casaràs con el si no quisieres: yo no pretendo forzar tu inclinacion, y casarte à disgusto tuyo; mas por ultimo es menester pensar bien en procurarte el pan. Nosotros no vivimos sino de una pension muy moderada, que se acabarà con mi muerte; en què vendràs tu à parar despues? Padre mio, dixo Julia, mas bien quiero morir de hambre y de miseria, que verme entregada à semejante monstruo: tal vez el Cielo tendrà compasion de mi: y diciendo estas palabras derramò un torrente de lagrimas. El padre la abrazò, y se retirò para ocultar las suyas, y al tiempo de salir le dixo: no temas nada hija mia, que ya no se tratarà mas de este casamiento.

Con todo, el malvado se mantenia firme en casarse con Julia; de ello se vanagloriaba por todas partes, y generalmente se hablaba de esto. Estas conversaciones pasaron del Pueblo à la Nobleza,

bleza, de la Nobleza à los Grandes del Reyno, y llegaron hasta la Corte. El hijo del Rey que era un Principe perfecto, y que se hablaba de casamiento con una Princesa parienta suya, oyendo todo lo que se decia de Julia, le moviò la curiosidad de verla. Fue à verla en efecto, y desde la primera conversacion que tuvo con ella, quedò prendado de su gracia y hermosura. Los Cortesanos lo percibieron; y como no faltan buenas lenguas en aquel pais, alguno le dixo: serìa grande lastima, que siendo Julia tan hermosa tuviera los defectos que le notan. Què defectos, dixo el Principe? Se dice (continuò el Cortesano) que es muy ligera, y muy distraida; que continuamente anda de casa en casa, y que jamàs està en la suya. Como el amor todo lo disculpa, el Principe respondiò: eso no es de admirar: Julia no tiene nada que le haga estar fixa en su casa: en ella no ve mas que miseria, y pobreza: sale de ella por divertir, y disipar su disgusto; en una situacion diferente,

tendrà

tendrà diferente conducta. Con todo, el Principe reflexionò sobre lo que le habian dicho, y habiendo vuelto à ver à Julia, notò que quando èl llegò, no estaba ella en casa. Mientras que iban à buscarla estuvo en conversacion con el Padre, y le declarò el designio que tenia de casarse con Julia, si pasaba por la prueba que queria hacer de ella. Habiendo llegado Julia, le dixo el Principe: Julia, ahora acabo de pediros à vuestro padre en casamiento; pero le he dicho que queria antes hacer una prueba de vuestro amor. Señor, (respondiò Julia) la mas rigorosa prueba serà para mi la mas agradable: no habrà peligros de hierro, y fuego que no acometa por testificaros los sentimientos de mi gratitud, y de mi amor. No se trata de hierro, ni de fuego, dixo el Principe. Yo he venido à veros dos veces, y cada una os he hallado fuera de casa: ha sido menester enviar à buscaros, Ved aquì la prueba que hago de vuestro amor: que à la tercera vez que viniere, os halle en

casa. Si os hallo en ella, ese dia mismo nos casamos, y os llevo conmigo à la Corte: asi lo he tratado con el Rey mi Padre; pero si no os hallo, ese mismo dia os renuncio, no pienso mas en vos, y me caso con otra. Y yo (dixo el Padre) ese mismo dia la caso con Brechè. A ese precio (dixo Julia) mi dicha està asegurada. Aunque fuera menester para eso pasar toda mi vida en casa, consentirìa de buena gana en no salir jamas de ella. En esto el Principe se retirò, y Julia quedò muy contenta.

Vosotros creeis sin dificultad que el dia siguiente no saliò: tampoco saliò el segundo, ni el tercero, ni el quarto. El quinto saliò un momento, y volviò à entrar al instante. El sexto saliò media hora, y volviò inmediatamente. El septimo saliò una hora, y volviò apresurada. El octavo viendola salir su Padre, le dixo: hija mia, tu sales demasiado: echas en olvido lo que te ha dicho el Principe, y lo que tu le has dicho, y no piensas que se trata de una cosa, que

para ti es el todo. O! Padre mio, (respondiò Julia) el Principe no vendrà hoy; y por otra parte, quando viniera, desde nuestra casa se vè à lo lejos por el camino real; y yo he encargado mucho à las mugeres que estàn alla en lo alto que vengan à avisarme al punto que empezaren à verse los trenes del Principe, y asi no hay nada que temer. Hija mia, (prosiguiò el Padre) lo mas seguro serìa, quedarse en casa: es mal asegurarse, contar con las otras; y en un asunto de esta consequencia no querria arriesgar nada. Julia lo dexò decir, y continuò su camino.

Apenas habia pasado la puerta, quando de lo alto de la casa percibieron las mugeres los trenes del Principe; mas como no habia mas que un momento que habian visto à Julia, creyeron que no habia salido, y no se movieron. Entre tanto se acercaban los trenes: entonces llaman à Julia, y Julia no respondiò. La buscaron en su quarto, en el jardin, y no parecia. Todas se asustaron y turbaron;

baron; Julia ha salido. Corre à la casa inmediata, y no està en ella: se apresuran por buscarla, y en esto llega el Principe: halla à Julia ausente, vuelve à subir en su Carrosa, y se và. Julia llegò à buen tiempo para ver desde lejos los trenes del Principe que ya iba de vuelta.

Aquì fueron los gritos, y la desesperacion. Julia se dà recios golpes en la cara, y se arranca los cabellos; las mugeres lloran; el Padre se desespera. Desgraciada, bien te lo habia yo dicho. ¡Era de arriesgar nada en un asunto como ese! Tu me quitas la vida: mas desde esta noche quedaràs casada con el que te he prometido. Si Padre mio, yo me casarè con èl, dixo Julia: yo lo he merecido bien. El no podrà hacerme padecer tanto, que yo no haya merecido mas. Hacedle venir al punto, y que me casen con el. Al instante hacen venir à Brechè, à un Notario, y al Cura. Se hizo el casamiento, y Brechè llevò à su casa à la hermosa Julia.

O suerte digna de lagrimas, y de compasion! El Padre muriò de pesadumbre quatro dias despues. Por lo que hace à Julia, tuvo todo el tiempo que llorar su locura con lagrimas de sangre: Todos le tenian compasion, y no podian dexar de culparla: aun ella se culpaba à sì misma. En lo mas fuerte de sus penas exclamaba: yo lo he merecido bien; y esto era lo que hacia su mayor tormento.

Desde el dia siguiente de sus bodas se viò su rostro ensangrentado de los golpes que le habia dado su brutal marido; porque decia que ella mostraba no estar alegre y contenta de haberse casado con el. Julia se iba deteriorando cada dia, y no estaba conocida. Todos los dias maldecia su suerte, y deseaba la muerte; pero la muerte se negaba à sus deseos. Y lo que aun causa mas tristeza es, que dentro de poco tiempo se hizo totalmente semejante à su marido; tan fea, tan horrorosa como èl; tan malvada, tan aborrecida, tan detestada

como

como el: de modo que ellos eran dos demonios, y su casa era un Infierno.

Alma Christiana, redimida con la sangre de Jesu-Christo, y lavada con las aguas del Bautismo, tu eres la que representas à la hermosa Julia. No ignoras que el Demonio, aquel monstruo horrible, y detestable te està pretendiendo, que se lisonjea de unir en algun dia tu suerte con la suya, y que pretende, que ambos tengais un mismo destino. Este pensamiento os causa horror, mas no consiste todo en esto; es menester tomar justas medidas para impedir que esto suceda. Tambien sabes que el Hijo de Dios, el Rey del Cielo, y de la tierra te pide para esposa suya; que su designio es conducirte un dia con èl al Cielo, coronarte en èl, y gustar allì contigo las delicias de un amor eterno. Tu lo deseas con ardor, y quisieras ya estar en su compañia; mas no consiste todo en esto: es menester te muestres digna de tal Esposo, y le testifiques tu amor, guardando sus leyes, y sostenien-

do

do la prueba que quiere hacer de ti. Esta prueba no es muy dificil, pero es esencial; y es menester que quando viniere para desposarse, para llevarte, y coronarte; esto es, en tu muerte, te halle en casa; esto es, en gracia, en estado de gracia. Procura pues, ponerte en ella prontamente: no salgas de ella jamas: busca todo lo que te puede mantener y hacer estable en ella: huye todo lo que pudiere apartarte de ella, y hacer inconstante tu resolucion, y obligarte à salir de ella, aunque no sea mas que por un instante. No consiste todo en comenzar, y en continuar por algun tiempo; es menester perseverar hasta el fin, hasta que èl venga.

Sobre todo guardate de contar con lo que podràs hacer en la muerte. La muerte no avisa: viene muchas veces de repente, y sin que se vea venir. Si otras veces anuncia su venida con las enfermedades, con los males, aquel por quien viene, no lo percibe; y los que estàn encargados de advertirselo, se engañan

muchas

muchas veces ellos mismos; ò las mas (que es lo mas frequente) son negligentes, y timidos: y por ultimo, vemos repetidas ocasiones, que su advertencia viene muy tarde. El numero de los que mueren todos los dias sin confesion, os debe hacer temblar.

Por lo que hace à vosotras, almas generosas, esposas fieles de Jesu-Christo, que ha largo tiempo permaneceis en su casa, y en la gracia, y os conservais unidas con èl por medio de un continuo recogimiento, no olvideis la suerte dichosa que os està destinada: ocupaos en vuestras esperanzas: suspirad por el momento que ha de llenarlas, y trabajad sin intermision por haceros dignas de este gran dia.

PARABOLA XXVIII.

El Caminante desgraciado.

UN Joven atravesando una selva, apenas anduvo por ella algun tiempo, quando

do le acometiò un monstruo espantoso, que sobre un cuerpo de leon tenia siete cabezas gruezas de serpiente. El animal al salir de su caverna, se vino derecho à èl, echando centellas por los ojos, levantando sus siete cabezas, vibrando sus siete lenguas, y haciendo resonar el aire con sus horribles silvidos. El Joven que era fuerte y animoso, no se turbò à su vista. No tenia otras armas, que una hacha que llevaba colgada de su cintura, segun el uso del Pais. La toma, corre à la bestia, y del primer golpe que le dá, le derriba quatro cabezas: del segundo golpe le derriba dos; y del tercero hubiera sin dificultad derribado la ultima, y conseguido una considerable victoria, sino fuera por el deplorable acaso que le sucediò. Este fue, que al segundo golpe que le diò, se le escapò la hacha de la mano, sin que pudiese tener tiempo de levantarla; porque la bestia irritada con seis heridas que habia recibido, se arrojò sobre èl con furia, le mordiò, le picò, lo despedazò, y

se

se lo llevò consigo, El miserable hacìa inutiles esfuerzos; daba gritos espantosos, clamaba por el socorro; pedia que à lo menos le diesen su hacha, pero nadie le oìa. La bestia lo arrastrò vivo à su caverna, donde le sirviò de pasto à ella, y à sus hijuelos.

Comprehendeis bien el sentido de esta Parabola? 1. Este Monstruo es el Demonio, y los siete pecados mortales que es necesario combatir animosamente con las armas de la Fè. 2. No basta derribarle seis cabezas à este Monstruo: si le dexais una, sois perdidos. De què os sirve estar libre de muchas pasiones, si guardais una? Por lo comun un vicio es el que condena à los hombres. Examinad si combatiendo al Leon infernal le habeis dexado una cabeza, que basta para devoraros. Vuestra victoria es vana si no es entera. 3. Es necesario perseverar hasta el fin, combatir hasta la muerte. No vayais à rendiros en este combate: no dexeis escapar la hacha de vuestras manos: no abandoneis el rezo,

el examen, los Sacramentos, las pràcticas de mortificacion, y de penitencia. El Demonio se aprovecharà de vuestra negligencia para haceros mil heridas; y si venis à morir en este estado, os llevarà consigo à los Infiernos, donde sereis eternamente la presa y el juguete de todos los Demonios. Entonces gemireis en vano, pedireis socorro, volvereis à pedir el tiempo que hubiereis perdido, las gracias de que hubiereis abusado, los medios que hubiereis despreciado: nadie os oirà, y nada se os volverà. Ahora mientras que los teneis es menester aprovecharse de ellos.

PARABOLA XXIX.

Industria de Agripina.

Agripina, Señora Romana, viendo que su hijo gastaba todo el oro y la plata sin discrecion; que lo consumia con profusion en cosas inutiles, y lo daba à manos llenas al primero que se presen-

sentaba, queria corregirlo de una prodigalidad tan desordenada, y que no iba à nada menos que à arruinar su casa. Para ello se valiò de esta industria: Un dia que su hijo habia gastado medio millon, hizo poner igual cantidad en plata sobre una mesa del quarto donde ella estaba. Habiendo entrado el joven à la noche para saludar à su Madre, y viendo aquella inmensa cantidad de plata, preguntò, què era aquello? La madre le respondiò: esto es lo que tu has perdido hoy: y luego que dixo estas palabras saliò del quarto, dexando à su hijo à sus reflexiones. Las hizo tan serias, y tan eficaces, que se corrigiò enteramente.

Si fuera posible del mismo modo, que nos pusieran baxo un solo punto de vista las pèrdidas que nosotros hacemos en un dia por nuestra negligencia; las gracias, los meritos, las recompensas eternas que dexamos de adquirir por culpa nuestra, nos espantariamos, y tal vez nuestro espanto nos moveria à ser menos prodigos de tantos bienes, y à

emplear mejor un tiempo, del que depende la adquisicion de estos bienes inmensos. Què de acciones perdidas en un dia por falta de una recta intencion! Què de ocasiones de practicar por Dios la mansedumbre, la humildad, la paciencia, la caridad, la mortificacion! Ah! si vieramos lo que perdemos cada dia, y que nos costarìa tan poco no perderlo! Pero en algun dia lo veremos, quando nuestras pèrdidas sean irreparables. Para què es esperar à este momento, y nò comenzar à repararlas ahora que lo podemos?

PARABOLA XXX.

Cortesanos desgraciados.

Hay algunas cosas en la vida humana, que hacen tanta impresion en el espiritu, que no se puede creer el efecto que producen, si no estamos en la misma situacion que aquellos, en los que ellas producen estos efectos.

Fe-

Felipe II. Rey de España, oyendo la Misa, viò dos Cortesanos que no hacian mas que hablar durante todo el tiempo del Sacrificio. Al salir de la Capilla les dixo el Rey: *asì oìs la Misa? No parezcais mas en mi Corte.* Esta sola palabra fue para los dos un golpe de rayo. El uno muriò dos dias despues, y el otro se volviò loco. Què serà pues, oìr de la boca del Rey de los Siglos: *retiraos de mì, malditos; id al fuego eterno.*

PARABOLA XXXI.

Los amores de Tigranes, y de Berenice.

Cyro Rey de los Persas ganò una grande batalla, en la que Tigranes Rey de los Armenios fue hecho prisionero de guerra, con Berenice su Esposa. Viendo el Vencedor à estos dos Ilustres Cautivos, admirando de una parte las agra-

dables

dables prendas de Berenice, y de la otra sabiendo quanto la amaba Tigranes, dixo al Rey: què darìas, Tigranes, por la libertad de Berenice? Señor, (respondiò el Rey) daria mi Reyno, mi Sangre, y mi vida. Eso es amar bien, (prosiguiò Cyro) y alabo vuestra generosidad.

Poco tiempo despues se compusieron las desavenencias, y el Rey Tigranes fue restablecido à sus Estados. Un dia que estaba solo en conversacion con la Reyna Berenice, le preguntò ¿què juicio hacìa del Reyno de los Persas, de la Magestad del Rey Cyro, del esplendor de su Corte, del numero de sus Oficiales, de las riquezas de su Palacio? Berenice respondiò; excusadme, Señor; yo no he visto nada: no he tenido ojos sino para el que ha ofrecido su vida por mi libertad. Ah! mi querida Berenice, (exclamò el Rey abrazandola) què digna sois de mi amor; y yo amandoos què dichoso soy en tener un Reyno que dividir con vos!

Esta historia tomada en si misma me encanta, y me enternece; pero quando la aplico al Rey del Cielo, y al alma fiel, me arroba, y me transporta fuera de mi mismo. Ella me eleva, y me humilla, me confunde, y me anima con nuevo valor. Haced vosotros la aplicacion de ella si gustais, siguiendo estos quatro puntos.

1. La primera palabra de Tigránes, y la generosidad de su amor. No solamente se ha ofrecido Jesu-Christo à morir, sino que ha muerto verdaderamente por librarnos: no solamente por librarnos de una cautividad temporal, sino de una cautividad eterna, de una muerte eterna, de un suplicio eterno: no solamente para librarnos, sino para procurarnos al mismo tiempo una vida eterna, y un Reyno eterno. Ha muerto no por una esposa amable digna de su amor, sino para hacerla amable de horrible que era; para hacerla digna de su amor, quando ella no era digna sino de su odio. O! què amor! Poco le costò à Tigranes decir aquella palabra, que indicando

el amor que tenia à su Esposa, aun le hacia honor à èl mismo en el concepto de Cyro, y à los ojos de toda la Corte; pero què le costò à Jesu-Christo testificarnos su amor! No hallò en el testimonio que nos diò de èl sino suplicios, y oprobrios.

2. La impresion que hizo en el corazon de Berenice aquella palabra del Rey su Esposo. Con ella fue penetrada, y abrasada: sintiò todo el ardor, toda la ternura, todo el precio de un amor tan generoso, y toda la gloria que le resultaba de una declaracion tan pùblica. O! quànto mas os debe abrasar la vista de la Cruz! Què amor! Què ternura! Què generosidad! Y para vos, què dicha, y què gloria!

3. El reconocimiento de Berenice. Berenice fue penetrada de aquella palabra del Rey su Esposo, que durante todo el tiempo que estuvo en la Corte del Rey de los Persas, jamàs perdiò la memoria de ella: esta la tuvo ocupada continuamente: ningun otro pensamiento entrò en su espi-

piritu, ningun otro afecto tocò su corazon, ningun otro objeto hizo impresion en sus sentidos. No quiso ver nada, ni oir nada, para no distraerse de un amor que le hacia su dicha, y su gloria. O! quànto me humilla este punto! Dichosas las almas fieles que han puesto entre sì, y el mundo un muro impenetrable, para no ocuparse en el retiro mas que en el amor, y en la Cruz de su Salvador.

4. La dicha de Berenice en la respuesta que diò al Rey su Esposo: Quàn dulze le fue, y quàn honorifico, poder decir aquella palabra! Què dicha para un alma fiel, que al salir de este mundo pudiere decir al Rey del Cielo: Señor, en el mundo de donde vengo, no he visto nada: no he tenido ojos sino para el que ha dado su vida por mi libertad: yo no he amado sino à èl; no he pensado sino en èl; no he hecho obra alguna que no sea por èl. Con què ternura, con què delicias serà remunerada tal fidelidad por el Rey de los Siglos, en el Reyno del amor, y de la eternidad!

PA-

PARABOLA XXXII.

Bella aplicacion de un lugar de Anacreonte.

Entre los Religiosos jovenes que se instruian en la piedad, baxo la disciplina del Abad Eugenio, habia uno llamado Felix, que tenia el entendimiento muy cultivado, y en el siglo se habia complacido mucho en la lectura de los Poetas profanos. La memoria de lo que habia leido venia algunas veces à perturbarlo en la soledad. El Padre Pantimo su Maestro no pudiendo conseguir quitar del espiritu de su discipulo aquellas reliquias de una educacion profana, lo enviò ante el Abad, para que lo echase del Monasterio como incorregible. El Abad, hombre prudente, viendo à Felix llorar amargamente, se compadeciò de èl: lo consolò, lo animò, y le dixo que quando no pudiera echar de su memoria

moria estas especies de versos, procurase à lo menos aplicarlos à alguna materia de piedad y de devocion, y que entonces la distraccion se mudaria en pensamiento bueno, y le serìa util. Felix siguiò este consejo, y se hallò bien por algun tiempo. Pero un dia no pudiendo espiritualizar los versos que le venian à la mente, fue à buscar al Abad, y le dixo: Padre mio, yo estoy desconsolado: dos dias ha traigo en mi mente una pieza de Anacreonte, que ni puedo echarla de mi memoria, ni aplicarla à nada bueno; Què dice esa pieza, preguntò el Abad? El Poeta dice, (respondiò Felix) que el Dios de amor le ha arrojado muchas flechas inflamadas, y que èl ha sabido evitarlas todas sin sentir golpe alguno; pero que este Diosecillo maligno se ha mudado en flecha, y se ha apoderado de su corazon. Despues añadiò, què medio para defenderse de un Dios tan terrible?

Felix (prosiguiò el Abad) escuchame. Lo que recuerda en vuestra mente la me-

memoria importuna de esos dichos profanos, es la estimacion que haceis de ellos. No veis, hijo mio, que todas esas ideas poeticas, y paganas no son mas que error, y mentira? Que ese Dios del amor no es mas que una quimera, una palabra sin sentido alguno, inventada por libertinos para excusar, para ocultar, y aun para hermosear (si pudieran) la pasion mas vergonzosa de todas?

El verdadero Dios del amor, es el Criador del Cielo y de la tierra; aquel que en su amor os ha criado, y conservado; que se ha hecho hombre por vos; que os ha redimido con el precio de su Sangre; que se ha entregado por vos; que ha muerto por vos. Todos estos beneficios son otras tantas saetas inflamadas, de las que por mucho tiempo habeis sabido muy bien defenderos. Pero ved las admirables invenciones de su amor. Vos sabeis en què se ha mudado verdaderamente este Dios de amor para penetrarse en vuestro corazon, para incorporarse en vos, y no hacer mas que

uno

uno con vos. No se ha mudado en flecha como el amor profano para herir vuestro corazon con una herida cruel, è indecorosa; para traspasarlo con mil cuidados dolorosos; para despedazarlo con mil afectos contrarios, baxos, vergonzosos, y que ponen en desesperacion: èl se ha puesto baxo los mas tiernos simbolos, baxo la forma de pan, y de vino, para ser vuestro alimento, vuestra fortaleza, vuestro consuelo; para elevaros hasta èl, y haceros participante de su naturaleza Divina, de su felicidad, y de su gloria. Este es, Felix, el verdadero Dios del amor. Exclama, pues, ahora: què medio para defenderse de un Dios tan poderoso, y tan amable?

A estas palabras el joven se arrojò à los pies del Abad, y regandolos con sus lagrimas, exclamò: O gran Dios! Yo reconozco que os he resistido por mucho tiempo; pero en fin cedo à esta ultima saeta de vuestro amor. Desde entonces no pensò mas en los Poetas profanos,

sanos, que no cantan sino Dioses quimericos, Demonios despreciables, ò pasiones vergonzosas. Los mas hermosos dichos de estos cantos libertinos, que habia admirado, y llamado Divinos, vinieron à serle odiosos. No se complaciò en adelante sino en los Salmos, en los Himnos Sagrados de la Iglesia, y en los Canticos Espirituales que alaban al verdadero Dios, y no inspiran sino los sentimientos de aquel amor puro, tranquilo, delicioso, que hace desde ahora, y que harà para siempre nuestra felicidad, y su gloria. Los beneficios de Dios le ocuparon enteramente, y sobre todo el de la Santisima Eucaristìa. Quando estaba delante del Santisimo Sacramento, ò aun en otra parte, le oyeron exclamar muchas veces: què medio para defenderse de un Dios tan grande, y tan bueno, que baxa hasta nosotros, que entra, y mora en nosotros!

PARABOLA XXXIII.

El Rey de España, ó la ocasion favorable.

Suintila Rey de España, estando cazando, se apartò de sus Guardias, y entrò en una Selva donde se extraviò. Despues de haber andado vago largo tiempo, ya que la noche se acercaba, encontro dos Jovenes de buena cara, que se paseaban en la Selva. Estos eran dos primos hermanos, el uno llamado Gaspar, y el otro Castro, que vivian en dos Lugares vecinos. Jovenes, (les dixo el Rey acercandose à ellos, y sin darse à conocer) sacadme de este embarazo: yo me he extraviado del camino en esta Selva; ayudadme à salir de ella, y procuradme un alojamiento por esta noche: mañana parto para la Corte, donde tengo algun credito: si los dos ò el uno de los dos quereis seguidme, yo os prometo

meto en ella fortuna, y empleos. Gaspar hablo inmediatamente, y le dixo: Señor, sacaros de esta Selva, y daros un alojamiento, es cosa muy facil; mas por lo que hace à seguiros a la Corte, por lo menos yo no lo apetezco. Pues bien, Señor, (prosiguiò Castro) venid conmigo en casa de mi padre, y mañana por la mañana, si mi padre me lo permite, partirè con vos, abandonandome à vuestros cuidados y proteccion. En esto se separaron: Gaspar se fue à su casa, y Castro llevò consigo al Rey en casa de su padre. Fue en ella recibido lo mejor que se pudo, aunque no le conocieron; y el padre despues de muchas resistencias, consintiò en fin que su hijo partiese con èl. El dia siguiente no habia andado el Rey con Castro un quarto de legua, quando encontrò à sus Guardias. Habiendole èstas saludado como à su Rey, quedò Castro sorprehendido de esta aventura; pero el Rey volviendose à èl riendose le dixo: veis Castro, que no os he engañado diciendoos, que yo tenia

nia algun credito en la Corte? No, señor, le respondiò Castro; pero yo temo de mi parte haberme engañado, dandoos como à amigo mio todo el afecto de mi corazon, en lugar del respeto que os debia como à mi Rey. Yo tengo bastantes respetos; (prosiguiò el Rey) mas no sè si tengo otro afecto, sobre el qual pueda contar sino el de Castro. Y asì conservadmelo, y seguidme. El Rey le colmò de honores, y de beneficios, y lo tuvo siempre junto à su persona como su mas ìntimo confidente.

Con todo en los lugares no se hablaba sino de la credulidad del viejo Castro, que habia dado (decian) su hijo à un aventurero. Los parientes, y amigos venian à hacerle cargo de ello, y èl se los hacìa à sì mismo de los mas amargos. Por otra parte era alabada la prudencia del joven Gaspar, y daban enhorabuenas à su Padre. Mas luego que supieron por las Cartas de Castro, que era el Rey mismo à quien habia seguido, y vieron el magnifico presente que el Rey enviò à su Padre, entonces

ces mudaron de ideas, y de lenguage: la alegria, y las enhorabuenas fueron para Castro; y para Gaspar las quejas, y los pesares, que la guerra que sobrevino los hizo aun mas dolorosos.

Teniendo el Rey en esta guerra necesidad de un gran numero de tropas, alistaron toda la juventud del Pais, y Gaspar se viò obligado à servir en qualidad de simple Soldado. Què no tuvo que sufrir en esta penosa profesion! Pero enmedio de sus penas lo que le atormentaba mas, era este pensamiento, que no podia apartar de su mente: mientras que yo muero aquì de hambre, de fatigas, y de malos tratamientos, Castro està en la Corte tranquilo, honrado, y en la abundancia; y yo estarìa con èl si hubiera sabido como èl aprovecharme de la ocasion.

Mas como si este pensamiento no hubiese sido suficiente para afligirlo, fue tambien necesario, que sus ojos sirviesen à su tormento, y gravasen en su memoria el recuerdo inmortal de su desgracia. El Rey quiso hacer la revista de sus tropas: para

para este fin estaba sentado baxo un docel, y Castro à su lado. Desfilaron las tropas; Gaspar viò à Castro, y Castro viò à Gaspar. Si yo hubiera seguido al Rey (decia Gaspar para sì) estarìa con Castro. Si yo no hubiera seguido al Rey (se decia Castro) estaria ahora como Gaspar. O cruel pensamiento para el uno! O pensamiento delicioso para el otro!

¿No debemos todos nosotros parecer un dia ante el inmortal Rey de los siglos? Què dicha entonces de haberle seguido! Què desesperacion de no haberle seguido! La ocasion de seguirle, y de dedicarnos à èl, aun no està totalmente pasada para nosotros, pero presto lo estarà. La dexarèmos escapar? Ah! mas bien aprovechemonos de lo que nos queda de ella.

Nada hay tan insoportable, como haber dexado escapar la ocasion de evitar un gran mal que se està padeciendo, ò de adquirir un gran bien, de que uno se vè privado. El espiritu và, y viene sin cesar à este triste pensamiento, y no puede

consolarse. Al contrario, nada hay que mas arrebate, que verse libre de un gran mal, ò poseedor de un gran bien, por haber sabido aprovecharse de la ocasion que se presentò, de evitar lo uno, y de adquirir lo otro. Lo que hace el tormento del que se halla en los trabajos, es la facilidad que tenia de aprovecharse de la ocasion. Y lo que hace la alegria del que se halla en la felicidad, es el peligro que tenia en no aprovecharse de la ocasion. Esta facilidad de aprovecharse de la ocasion se manifiesta en el primero, y aumenta su tormento, quando se halla en efecto, que un gran numero se ha aprovechado de ella. Del mismo modo el peligro de no aprovecharse de la ocasion se hace sentir en el segundo, y aumenta su alegria, quando vè en efecto que muchos no se han aprovechado de ella. Finalmente, lo que pone el colmo al tormento del uno, y à la alegria del otro es, quando la ocasion es de tal naturaleza, que habiendo una vez pasado, no se puede ya esperar su vuelta.

La vida presente se nos ha dado como una grande, y bella ocasion de evitar la suma infelicidad del infierno, y de adquirir la suma felicidad del Paraiso. Esta ocasion una vez pasada, no vuelve mas. Esta grande ocasion encierra en sì una infinidad de pequeñas. Cada dia es para nosotros una ocasion favorable de evitar el infierno, y de conseguir el Paraiso; y cada dia contiene aun mil ocasiones particulares de evitar el mal, y de practicar la virtud. Del mismo modo cada estado, cada profesion, cada condicion es para nosotros una bella ocasion. Asimismo todo lo que es, todo lo que acaece, todo lo que se vè en la vida, es para nosotros una bella ocasion. La pobreza y las riquezas, la enfermedad y la salud, la alegria, y la tristeza, los buenos exemplos y los escandalos, el dolor y los gustos, todo, en una palabra, es para nosotros una bella ocasion. Las tentaciones mismas, y las ocasiones de pecar que nosotros no hemos buscado, son para nosotros una bella ocasion de testificar à Dios nuestra fideli-

dad. ¡ O desgraciados aquellos para quienes han pasado tan bellas ocasiones, sin haberse aprovechado de ellas ! Estas no volveràn ya para ellos. ¡ O dichosos los que han sabido aprovecharlas, y que no temen ya ser expuestos al peligro de abusar de ellas ! O dichosos tambien nosotros, porque despues de haber dexado pasar tantas sin aprovecharnos de ellas, las tenemos todavia tan buenas para reparar nuestras faltas, y salvarnos.

PARABOLA XXXIV.
Pedro el Simple.

UN Aldeàno llamado Pedro, que no habia visto mas que su Aldèa, fue avisado que su hermano habia muerto sin hijos en la Capital de la Provincia, y que dexaba un caudal considerable, que se presentase quanto antes para recoger esta rica herencia. Con esta noticia toma su baculo una hermosa mañana, y se pone en camino. No hubo andado dos leguas quan-

quando encontrò con un rio: este era el primero que habia visto en su vida. En su tierra no habia visto mas que arroyos, que no gastaban mas tiempo en deshacerse que en formarse. Quando viò este rio ancho, y profundo, dixo: ola, ola, aquì hay mucha agua; preciso es que haya llovido mucho en este pais, quando en mi tierra se quejan de la sequedad: bien lo habia yo oido decir, que el tiempo no era igual en todas partes: vè aqui como se aprende viajando. Entre tanto què he de hacer, dixo èl? Ello es preciso esperar que este agua pase. Lo que à èl le persuadia, que el agua pasaria presto era, que haciendo el rio un recodo por el lado que venia el agua, no veìa por èl sino muy poca. Por otra parte observaba que el agua corria rapidamente. En estas observaciones, el Simple tomò el partido de sentarse, y esperar que el agua corriese.

El Barquero que estaba en la otra banda del rio, viendo aquel hombre sentado, acercò su barco, y estando inmediato

à tierra, le dixo: No quereis pasar el rio? Si, respondiò el Aldeano. Pues bien (replicò el otro) entrad en el barco. O! yo no estoy tan de prisa (dixo nuestro hombre) que quiera exponer mi vida en vuestro barco: yo tengo à bien el medio de esperar. Lo que quisiereis, dixo el Barquero, quien creyò que aquel hombre se burlaba de èl. Entre tanto se presentaron unos pasageros que se embarcaron. Pedro admiraba la temeridad de estos, y continuaba esperando que el agua se disminuyese para pasar comodamente; mas el rio corria siempre.

Asì esperò hasta el fin de la tarde; pero viendo que la noche se acercaba, dexò el viage para el dia siguiente, y se volviò à su casa, no dudando que al dia siguiente estarìa en seco el rio. Volviò en efecto, y el rio corria todavia. Volviò tres dias despues, y aun estaba corriendo. Seguramente (dixo entonces) que algun hechicero anda metido en el viage, y estoy viendo que esta herencia no es para mi. A pesar suyo cediò todos sus derechos à

Die-

Diego su primo, que fue mas astuto que èl: pasò el rio en barco, recogiò la herencia, y volviò muy rico à su Aldèa, en la que fue un hombre muy poderoso, mientras que Pedro permaneciò en su cabaña, y en su miseria, y no sacò de su herencia otra cosa, que el sobrenombre de *Simple*; porque despues que se supo su aventura, no le llamaron mas que Pedro el Simple.

¿Quièn se imaginarìa, que la mayor parte de los hombres con respecto a la herencia celestial que tienen que recoger, caen en la misma locura que el Aldeano de quien acabamos de hablar? Porque examinad los pecadores, y todos los que tienen una vida poco christiana, y poco fervorosa, y verèis que todos estàn esperando que el rio pase. Se espera luego que la juventud se pase; que el fuego de las pasiones se amortigue. Despues se espera estar establecido; tener un estado fixo, y tranquilo: despues se espera que este enredo se acabe; que este negocio se termine; y asì se espera siempre un

un tiempo propio para darse à Dios, y no se halla jamàs. Se espera que no se presente ningun obstaculo à la salud; que los que se presentan se desvanezcan. Esto es esperar que el rio pase. Los obstaculos à la salud, se suceden sin cesar, y forman un rio de una corriente perpetua, y cuyo manantial es inagotable. Por todos estos obstaculos es necesario pasar: à pesar de ellos es necesario ir adelante: y por medio de ellos es necesario llegar.

Ved, pues, quantos atraviesan el rio, y continùan su camino: imitadlos: comenzad desde hoy. Si lo dilatais, si esperais una ocasion mas favorable, esperais que el rio pase. O insensatos! Otro se introducirà en vuestro lugar, y tendrèis la desesperacion de verle en posesion de una herencia que hubiera sido para vos.



PA-

PARABOLA XXXV.

Los Devotos de Maria.

No son milagros los que yo voy à contaros: quizà no osariais à esperarlos en vuestro favor. Voy à referiros solamente efectos sensibles de la proteccion de la Santisima Virgen, y tales, que sin temeridad puede cada uno esperarlos. Y para animar aun mas vuestra esperanza, no os citarè mas que tres suertes de personas, cuya devocion no es por lo comun sobre toda imitacion; à saber, un Marinero, un Soldado, un Estudiante; à los quales añadirè (pero no como exemplo) un Libertino de profesion, y una vieja Hugonota.

El Marinero.

Un convoy de diez à doce Galeotas Napolitanas llevaba à Venecia por el mar Adriatico muchos generos de mercaderias.

rias. Arribaron una tarde à una pequeña bahia, donde resolvieron pasar la noche. Estaban enfrente de nuestra Señora de Loreto, y el dia siguiente era la Festividad de la Virgen. Todos ellos fueron movidos de la circunstancia del lugar, y del tiempo, y desearon ir el dia siguiente por la mañana à oir la Misa à nuestra Señora de Loreto, de donde no distaban mas que dos ò tres leguas. El Patron que conducia el convoy se opuso à este piadoso designio, diciendo, que los navios Turcos vagaban en el golfo, y que no dexarian de venir à llevarles sus embarcaciones, mientras que ellos se entretenian en satisfacer su devocion. Entonces un Marinero llamado Antonio hablò inmediatamente, y dixo: Mi Capitan, no hay riesgo, que mientras que estuvieremos ocupados en el servicio de la Virgen pueda sucedernos nada funesto. Y si quereis acertarlo (añadiò) id todos mañana por la mañana à Loreto, y dexadme solo en la guarda de las embarcaciones: yo me obligo à defenderlas contra los Turcos,

si osan acometerles. Sabed (añadiò con un tono animoso) que baxo la proteccion de la Santa Virgen, no temeria todas las fuerzas reunidas del Imperio Otomano. Este dicho hizo reir à todos, y el Capitan consintiò en la propuesta de Antonio. El dia siguiente antes que fuese de dia, partieron todos para Loreto ; no quedò mas que Antonio para guardar las embarcaciones. Mientras que èl se paseaba fumando en su pipa , descubriò al amanecer algunas velas que estaban muy distantes. Viniendo el dia, y acercandose las velas, reconociò que eran Turcas. Poco despues las viò distintamente , y contò veinte barcos de guerra, y no dudò por el modo de manejarlos, que esta pequeña armada viniese à èl para cercarlo , y llevarlo.

Entonces Antonio se dixo à sì mismo: Aquì es menester mostrar espiritu y valor , mas por ultimo , què puedo yo hacer solo contra tanta gente? Santa Virgen, à Vos toca inspirarme, y sostenerme. No permitais que mi confianza en Vos se halle vana, y que este dia que os

està

està consagrado, imprima una mancha en vuestro Santo nombre. Acabando de decir estas palabras, toma su partido, y como otro Cocles, và à colocarse en la cabeza del Puente; esto es, en la ultima embarcacion, la mas expuesta del lado de los Turcos. Allì se acuesta, y se esconde junto los tablones, teniendo una hacha en la mano, y al mismo tiempo decia entre sì: estoy muy seguro, que el primer Turco que entrare en esta embarcacion, le hago saltar la cabeza, y despues venga lo que viniere. Diciendo estas palabras sintiò que la embarcacion se moviò, y era un Turco, que habiendose acercado, habia puesto la mano sobre el bordo, y atraìa la embarcacion à sì. Antonio se puso de rodillas, y de un gran golpe que diò con la hacha, corta la muñeca à este Turco, cuya mano cayò dentro de la embarcacion. Antonio volviò à esconderse, y espera que venga otro. Mas el Turco manco diò un grito espantoso, que infundiò horror à toda la Armada. Aquì hay (decia) alguna emboscada:

da: estas embarcaciones estàn llenas de gente armada que se ocultan para sorprehendernos: huigamos, huigamos antes que vengan à acometernos. Antonio que sabìa algo de Turco, oyendo estas palabras, no pudo dexar de reirse: levantò la cabeza, y viò que los Turcos estaban ya muy lejos. Diò gracias à su poderosa Libertadora, y esperaba con impaciencia la vuelta de sus compañeros. Estos se iban ya acercando; mas estaban por su parte en el mayor desconsuelo; porque volviendo de Loreto, descubrieron desde un alto la Armada Turca que se retiraba, y se consintieron que se llevaba à Antonio con todas las embarcaciones. El Capitan se desesperaba, y los Marineros acobardados se volvian con èl à la orilla, unicamente para ver el parage donde habian dexado sus embarcaciones, que no esperaban ya volver à verlas. ¡Mas què espanto, quando habiendo arribado, vieron todas sus embarcaciones, y à Antonio que estaba cantando, y bailando, teniendo su hacha levantada, pendiente de ella

una

una mano ensangrentada ! Ellos no sabian lo que esto queria decir; mas Antonio les hizo relacion de todo, y todos se pusieron à cantar la Letania de la Santisima Virgen en accion de gracias por tan esclarecida victoria.

Pongamos nuestra confianza como este magnanimo Marinero en la Santisima Virgen, para que ponga en huida los enemigos de nuestra salud; mas tambien peleemos como èl valerosamente, y desde el principio del acometimiento, usando de la prudencia, y de la fortaleza, demosles golpes que los espanten, les hagan dexar la presa, y les quiten para siempre la codicia de acometernos.

El Soldado.

Un Soldado llamado Bella-Mansion, rezaba todos los dias siete Padre nuestros, y siete Ave Marias en reverencia de los siete gozos, y de los siete dolores de la Santisima Virgen. Quien le habia enseñado esta pràctica, y como vivia con ella,

ella, eso es lo que yo no sè. Lo unico que sè es, que estaba tan dado à ella, que jamàs habia dexado de cumplirla: y si acaecia que despues de haberse acostado se acordase de no haber cumplido esta obligacion, se levantaba al punto, hiciese el tiempo que hiciese, y rezaba estas preces de rodillas.

Un dia de batalla se hallò en la primera linea en presencia del enemigo esperando la señal del ataque; y habiendose acordado entonces que no habia dicho sus preces acostumbradas, se puso à decirlas, comenzando por la señal de la Cruz. Sus camaradas, que estaban à su lado, habiendo advertido esta accion, y viendo que estaba rezando, se pusieron à darle vaya, à mofarse, y burlarse de èl, y à llamarle temeroso, pusilanime, y cobarde. Estas burlas, y estos insultos pasaban de boca en boca: Bella-Mansion tiene miedo: Bella-Mansion se ha hecho devoto. El oìa al rededor de sì, y à sus espaldas repetir su nombre con dichos agudos que le apropiaban, y carcajadas

de risa. Mas èl sin inquietarse con estos razonamientos, continuaba su rezo. Apenas lo hubo acabado, quando los enemigos hicieron su primera descarga, y èl sin haber recibido ningun golpe, quedò solo de toda su fila. Viò tendidos, y muertos à sus pies à todos lo que en el momento antes se mofaban de èl, y burlaban su devocion. A esta vista no pudo dexar de estremecerse, y de reconocer la mano que lo habia preservado. Todo el resto de la batalla, que fue muy cruel, y el de la campaña, que fue largo y sangriento, no recibiò una herida. Al fin de la campaña habiendo recibido su licencia, se volviò à su casa sano y salvo, publicando en todas partes las alabanzas de aquella, à quien se creìa deudor de la salud, y de la vida.

Jamàs nos impida el respeto humano para cumplir nuestras pràcticas de devocion à la Madre de Dios; y quando veamos à otros diligentes en cumplirle sus deberes, guardemonos de mofarlos, y de insultarlos, porque ella es igualmente po-

de-

derosa para remunerar, y para castigar.

El Estudiante.

Un rio pequeño se hallò un dia en extremo fuera de madre por el sitio del pasage; esto es, por el sitio que se acostumbraba pasarlo en barco. Habiendo ido algunos Estudiantes à pasearse por este lado, y viendo las aguas tan crecidas, tuvieron la curiosidad de acercarse, è ir à divertirse, y jugar à la orilla del agua. El uno de ellos descubriendo allì una pequeña lancha sin gente alguna, entrò en ella, la desatò, y con un remo que hallò allì, comenzò à gobernar la lancha, y à conducirla, como lo habia visto practicar à los Barqueros. Nuestro nuevo Navegante estaba encantado con su maniobra, è insultaba de cobardes à sus compañeros, que estaban en la orilla: pero presto tuvo motivo de arrepentirse de su temeridad. El conduxo muy bien su lancha mientras que no vogò sino sobre las aguas que estaban rebosadas, donde con su re-

mo hallaba facilmente la tierra; pero en poco tiempo llegò à la corriente del rio, donde le era inutil su remo, por no ser tan largo, que pudiera tocar el fondo. Quando el joven sintiò que le faltaba la tierra se atemorizò; se encomendò à la Santisima Virgen, y se puso à rezar la Salve. Sus compañeros estaban aun mas atemorizados que èl mismo, porque veian mejor que èl lo que estaba pasando. Veian que la corriente del agua se lo llevaba, y el rio iba tan rapido, que un momento despues lo perdieron de vista. Entonces dieron todos juntos un gran grito, que hizo salir de su casa à uno de los Barqueros. El Barquero habiendo sabido lo que era, se asustò, porque conociò el peligro que corria este joven, pues sabìa que la embocadura del rio no estaba distante; y que una vez arribado al Oceano, èl, y la lancha serian al punto sumergidos, y fracasados. Para impedir, pues, si se pudiera, la pèrdida del joven, y tambien la de su lancha, tomò el partido de cortar por los prados, y correr para poder llegar à ella, pues

pues siguiendo las vueltas del rio, tenia mucho mas que andar. El joven que ignoraba lo que se estaba haciendo por èl, hacia de su parte quanto podia. El no comprehendia bien el peligro en que estaba, sino quando en lugar de las vastas aguas en que se habia embarcado, se viò entre dos orillas muy altas, y muy cercanas, y que advirtiò que los arboles que las cercaban, huian por detras de èl con una aceleracion increible. Ay de mì! donde estoy yo, (exclamò) y à donde voy! Diciendo estas palabras duplicaba sus preces, y su trabajo; sin saber bien, ni lo que decia, ni lo que hacìa, repetia sin cesar la Salve, y con su remo andaba bordeando, y se paseaba continuamente de una orilla à la otra, lo que detenia un poco el curso de su lancha. Mas todo lo que èl hacìa, y todo lo que se estaba haciendo por èl hubiera sido inutil, sino fuera por un acaecimiento, que pareciò que todo lo perdia, y lo salvò todo. Como habia llovido mucho, el Barquero atravesando los prados hallò tanta agua,

tantos hoyos, tantas fosas, que estuvo muchas veces para volverse, y dexar à su desgraciada suerte tanto la lancha, como al Estudiante: pero lo que lo determinò totalmente fue una borrasca que sobrevino, con una lluvia abundante, y un golpe de viento tan furioso, que arrojò al Barquero en un foso lleno de agua y de lodo. El mismo golpe de viento hizo caer al Estudiante en la lancha, quien por esta caida pensò perder el equilibrio, y trastornarse. El pobre Estudiante sintiendose acostado en el agua, no sabìa si estaba en la lancha ò en el rio. Cansado, fatigado, quebrantado, incapaz de moverse, se abandonò à la merced de las olas rezando siempre su Salve, no ya para conservarse la vida, sino para prepararse à la muerte. El mismo golpe de viento derrivò tambien un sauce viejo, y le hizo caer en el rio. El Barquero, que al salir de su foso, viò este arbol derribado, juzgò que con su tronco, y sus ramas podria bien atajar la lancha. Como la borrasca se habia disipado, corriò aun hasta aquel parage,

don-

donde efectivamente hallò la lancha detenida, y à nuestro Estudiante, como otro Moysès, acostado dentro de ella. La ternura de los sentimientos no es el caracter de los Barqueros: à la vista de la lancha y del niño, la piedad hizo lugar à la ira, y el Barquero se puso à reñir fuertemente al Estudiante, y à preguntarle, que què derecho habia tenido para tomar su lancha, con riesgo de hacersela perder? El Estudiante mas muerto que vivo, que no sabìa ni quien era aquel hombre, ni de donde venìa, y que lo miraba como un Angel baxado del Cielo para venir à su socorro, no cuidaba de responder. Entre tanto, el Barquero entrò en la lancha, levantò al joven, y le hizo sentar en la proa; y poniendose èl en la popa tomò el remo con una mano, que no era la de un Estudiante, y conduciendo la lancha por la orilla de la ribera, la pusò en poco tiempo en el parage donde el Estudiante la habia tomado. Quando èl viò su lancha en seguridad, concibiò sentimientos mas humanos, para aquel à quien acababa

de

de salvar: lo conduxo à su casa, y mandò hacer un gran fuego, donde los dos se enjugaron à su espacio, contandose mutuamente la parte que cada uno habia tenido en un acaecimiento tan singular.

Entre tanto los otros Estudiantes à quienes la tempestad habia hecho huir cada uno à su casa, no dexaron de publicar por todas partes que su camarada se habia ahogado. Este rumor llegò presto à los oidos de la madre, que era viuda, y que no tenia mas que este hijo. Pero como ella estaba dotada de una gran de prudencia, no se dexò arrebatar, ni diò entera fe à un rumor confuso, esparcido por niños; y como ella era muy piadosa, y muy devota de la Santisima Virgen, le recomendò su hijo con una sùplica llena de fervor y de confianza. Parece que su sùplica se hizo en el mismo tiempo que el gran golpe de viento, que lo trastornò todo, y lo salvò todo: y quizà este golpe de viento fue efecto de su sùplica. Sea lo que fuere, ella esperaba que alguno viniese del pasage à traerle noticias de su hijo

mas

mas seguras. El primero que viò venir fue su hijo mismo, de quien supo todo lo que habia pasado, y con quien alabò à Dios, y diò las gracias à la Santisima Virgen de una proteccion tan señalada.

Muchas personas que habian venido para consolar à la madre, tuvieron la satisfaccion de abrazar al hijo, y reconocieron como ellos en este acaecimiento un efecto sensible de la proteccion de Maria. No cesaban de alabar, y de dar las gracias à esta poderosa Reyna del Cielo; mas el joven se juzgò obligado à alguna cosa mas; y con el consentimiento de su madre, y por un nuevo beneficio de la Santisima Virgen, se consagrò à Dios el resto de sus dias en un Orden Religioso, que hace profesion de venerar especialmente à la Madre de Dios, y de hacerla venerar. Dios le conserve, y acabe de santificarlo, pues sino me engaño, aun vive mientras escribo aquì su historia, que la sè de èl mismo.

Pongamos, pues, à su exemplo nuestra confianza en Maria; invoquemosla en nues-

nuestros peligros, y roguemosle sobre todo, que no permita que la corriente de nuestras pasiones, y el torrente de los malos exemplos nos arrastren à la perdicion.

El Libertino de Profesion.

Un joven Libertino, que se entregaba sin remordimientos à toda suerte de vicios, de excesos, y de escandalos, fue detenido en medio de sus disoluciones por una enfermedad de que muriò. Aunque habia sido Libertino, sin embargo habia tenido la costumbre de decir todos los dias un Ave Maria en honor de la Santa Virgen. En el mayor ardor de sus delitos y de sus desordenes, jamàs dexaba de hacer esta corta oracion, que rezaba sin saber por què, y mas bien por una especie de habito, que por ningun motivo de esperanza y de piedad. Luego que se supo que su enfermedad era real, y verdadera, fue à visitarle el Padre Cura, y à exhortarle à confesarse: mas èl respondiò, que si ha-

habia de morir de ella, queria morir como habia vivido; y que si venia à escapar, no queria vivir de otro modo que como habia vivido. Esta fue toda la respuesta que diò à quantos le hablaron de confesion; y ni el Cura, ni el Vicario, ni otros muchos Sacerdotes, y Religiosos que le vieron, ni ninguno de su familia pudo sacar de èl otra respuesta que esta. Todos estaban en una consternacion que no se puede explicar, y nadie se atrevia ya à hablarle de conversion, por temor de darle ocasion de repetir sus blasfemias y sus impiedades. Uno de sus camaradas de la misma edad que èl, pero muy juicioso, y que le habia muchas veces reprehendido sus desordenes, fue à verle una mañana, y despues de haberle hablado de otras cosas, le dixo: Tu deberias sin embargo pensar en convertirte. Mi amigo (respondiò el enfermo) yo soy muy gran pecador para eso. Pues bien (le replicò el otro) si eres un gran pecador, recurre à la Santisima Virgen, que es la Madre de los pecadores. Ah! dixo el enfermo, yo le

le rezo gustosamente todos los dias un Ave Maria; pero crees tu que eso me pueda servir de alguna cosa? Còmo (replicò el otro) si te servirà! Eso te servirà de todo. ¿No le has pedido tu en ese rezo, que ruegue por tì en la hora de tu muerte? Es verdad (dixo el enfermo) y supuesto que es asì, vè sin detencion à buscar al Padre Cura para que me confiese. Diciendo estas palabras, comenzò à derramar un torrente de lagrimas. Por què lloras, le preguntò su amigo? Ah! (respondiò èl) puedo yo llorar bastantemente despues de haber tenido una vida tan desenfrenada, y de haber ofendido à un Dios tan bueno, y siempre pronto à perdonarnos! Ah! yo deberia derramar lagrimas de sangre; pero mi sangre es muy impura para ser ofrecida à Dios. Mi Salvador le ha ofrecido la suya, y en ella tengo puesta mi esperanza. Su amigo oyendo este discurso, y viendo correr incesantemente sus lagrimas, no pudo detener las suyas. Entre tanto el Padre Cura que queria saber còmo estaba su enfer-

mo,

mo, y hacer la ultima tentativa sobre su corazon, entrò en este momento, y se admirò mucho de ver à estos dos jovenes, que estaban llorando amargamente. Habiendo preguntado, què era aquello? dixo el enfermo: yo, que estoy llorando mis pecados. Ay de mì! que comienzo muy tarde à llorarlos: mas los meritos de mi Salvador son infinitos, y su misericordia es sin limites: esto es lo que hace el fundamento de mi esperanza. Y quièn es (dixo el Cura) quien ha obrado una tan grande mutacion? La Santisima Virgen (respondiò el enfermo) es mi buena Madre, que me ha abierto los ojos, y tocado el corazon, y quien no quiere que yo perezca. Querèis, pues, de buena gana confesaros, dixo el Cura? Si, Señor, respondiò el enfermo. Haced subir aquì toda la gente, para que asì como mis desordenes han sido pùblicos, lo sea tambien mi confesion. Eso no es necesario, dixo el Cura: los escandalos de vuestra vida seràn suficientemente reparados, quando se supiere que os habeis confesa-

do

do bien. Estando en esto se fue abaxo el amigo del enfermo, donde contaba à la familia lo que habìa pasado, mientras que el enfermo hacia su confesion, que fue interrumpida muchas veces con sus llantos, y sus sollozos. Acabada la confesion, le traxo el Cura inmediatamente el Santo Viatico, que fue acompañado de una infinita multitud de personas de toda calidad, que la novedad de esta conversion habia atraido. El Cura en la exhortacion que hizo con este motivo, no dexò ignorar el modo con que se habia hecho esta conversion, y hablò de la Santa Virgen de un modo tan persuasivo, que sacò las lagrimas de los ojos de todos sus oyentes. Mas luego que el enfermo continuò despues hablando, y que manifestò los sentimientos de amor, de confianza, y de reconocimiento de que estaba penetrado; despues que pidiò perdon à los asistentes de los malos exemplos que les habia dado, y que se encomendò en sus oraciones, no se oyò en toda la asamblèa mas que suspiros, so-

llozos y clamores, y una ceremonia de tanta edificacion ocasionò muchas conversiones.

A la noche sintiendo el enfermo aumentarse su mal, pidiò èl mismo los ultimos Sacramentos, que recibiò con los mismos sentimientos de piedad que habia mostrado recibiendo el Santo Viatico. A media noche entrò en la agonia, y espirò como una hora despues. El concurso que se juntò en sus Exequias fue tan grande, que en la Iglesia Parroquial no cabia la multitud del Pueblo que allì concurriò. Estas Exequias no tanto parecieron una ceremonia funebre, quanto un dia de triunfo en honor de la Santisima Virgen, cuyo poderìo exaltaba cada uno de por sì, y alababa sus grandes misericordias.

La Vieja Hugonota.

Una señora de distincion y muy rica, nacida en la Religion Protestante, adheria à ella con tanta obstinacion, que viò

a

à toda su familia entrar en el seno de la Iglesia Catolica, sin que nada de esto le moviese; antes bien vino à ser como la Madre de los Hugonotes, y con su exemplo, con sus exhortaciones, y con sus liberalidades, los confirmaba en el error, y muchas veces les impedia su conversion. En una edad muy abanzada cayò mala, y se temiò de su vida. Què no se hizo, y què no se le dixo para convertirla? Mas ella respondia à todo lo que se le podia decir, que el tiempo de la muerte no era tiempo de controversias, y que cada uno debia morir en la Religion que habia creido ser la mejor durante su vida. Como no se podia conseguir nada de ella, no se le hablò mas de nada; y estando aun en su pleno conocimiento, no creyeron que estuviese tan cerca de su fin como lo estaba. La dexaron, pues, por la noche con una Sirviente à su lado, à quien ella amaba, y quien era muy piadosa, y le era muy inclinada. Esta juzgando que la enferma no podria pasar bien la noche, se puso à exhortarla à su modo. Comenzò

ro-

rogandole, y suplicandole que pensara en su alma. Pero viendo que se obstinaba en guardar el silencio, no le perdonò las palabras mas asperas. Si Señora (le dixo) dentro de un momento vais à entrar en el infierno por causa de vuestra obstinacion en despreciar la verdad: pues vos bien la conoceis, y sabeis bien que fuera de la Iglesia Catolica no hay salvacion; pero el respeto humano os impide convertiros: no, no hay mas que este respeto humano que os detenga. Vos quereis que se diga que habeis resistido hasta el fin. Y bien, Señora, quando estuviereis en el infierno ¿de que os servirà este respeto humano, y todo lo que se pudiere decir de vos en la tierra? A todo esto no decia nada la enferma. Pero si acaecìa alguna vez que el dolor le hiciese dar algun quexido, la sirviente replicaba al punto; quexaos, quexaos bien, que de aqui a un quarto de hora os quexarèis mejor quando sintiereis el fuego del infierno. Si la enferma pedia de be-

ber, dandole el agua la sirviente, no omitia decirle: bebed,bebed bien ahora, porque presto estareis con el Rico avariento en las llamas del infierno, donde pedireis una gota de agua que se os negarà.

Cansada la sirviente de predicar inutilmente, y no pudiendo sacar de su Señora una palabra,le dixo al fin: mirad, por ultimo recurso à vuestra obstinacion, voy à rogar por vos, y à decir las Letanias de la Virgen. Como ella las decia en vos alta, y en frances, la Señora se puso à responder, diciendo unas veces rogad por nos: otras rogad por mì; y lo decìa con un tono de voz que daba à conocer afecto y devocion. Luego que se acabaron las Letanias, le dixo la sirviente: pues què es eso invocais à la Santa Virgen? Ah! dixo la enferma, siempre he tenido confianza en ella, y he tenido su Imagen en el librito de las Horas. Pues bien (replicò la sirviente) supuesto que sois Catolica es necesario os confeseis. Juzgas tu (le replicò la Señora)

ñora) que aun tendrè tiempo para ello? Seguramente (dixo la sirviente.) Ademas de eso bien sabeis que delante de Dios, quando se hace lo que se puede, la voluntad es reputada por el efecto. Pues bien (dixo la Señora) vè à buscar al P. Cura, y dile que venga aprisa, porque no estoy para largo tiempo. Al punto la sirviente va à despertar toda la casa, y corre à la del P. Cura, quien vino al momento, confesò à la enferma, y luego que acabò las palabras de la absolucion, espirò.

Entonces la sirviente contò todo lo que habia pasado, y hallaron efectivamente en el librito de las Horas Hugonotas de la Señora una Imagen muy bella de la Virgen en vitela, que todos tuvieron la devocion de besarla en reconocimiento de una conversion tan deseada, y tan poco esperada. Todos los Catolicos habiendo sabido el asunto, bendixeron à Dios. Los Hugonotes quisieron obscurecer la verdad del hecho, mas no lo consiguieron. Y de la sirvien-

te misma es de quien yo sè la relacion que acabo de contar.

Estos dos ultimos hechos (como dixe al principio) no se han propuesto para nuestra imitacion, para confirmarnos en el pecado, y hacernos dilatar nuestra conversion hasta la hora de la muerte. Pero nos enseñan à lo menos quan util es excitar à los moribundos à la confianza en Maria, y quanto debemos excitarnos à nosotros mismos à ella durante nuestra vida, y especialmente en el tiempo de nuestra muerte.

* *Mas esta confianza en la Virgen debe ser sin desatender los auxilios que por su intercesion conseguimos para nuestra penitencia.*

Parabola XXXVI.
La Piedra Filosofal.

En un Barco de vez, ò Coche de agua, se hallaron entre los pasageros un Comerciante llamado Trafiac, y dos Capuchinos,

chinos, el uno llamado el P. Antonio, y el ótro el Hermano Eudo. Iban todos tres à un puerto de mar, con el designio de pasar à la America, el Comerciante para procurar restablecer sus negocios, y los dos Religiosos para dedicarse à los trabajos de las Misiones. Luego que cada uno tomo su lugar, y que el barco estaba en disposicion de bogar, el Comerciante por divertir la compañia comenzò à decir: muy poco me falta para entrarme Capuchino. Yo he hecho tres viages à la America y no he vuelto mas rico. Yo no tengo ni muger ni dineros, què me falta para ser Capuchino? Pues os falta tan poco (dixo el P. Antonio) deberiais resolver. Sì à fe mia (dixo el Piloto.) O! (replicò Trafiac) yo quiero hacer todavia un viage à las Islas, que quizà me saldrà mejor. Aquellos son muy dichosos (continuò) que tienen la Piedra Filosofal: ellos hacen su fortuna en un momento sin que les cueste tanta inquietud y tantas fatigas. Si no es menester mas que eso para

para haceros dichoso, (dixo el P. Antonio) yo os la darè si quereis: Còmo (replicò el Comerciante) si la quiero! No deseo yo otra cosa: dadmela; y diciendo esto alargò la mano. A este movimiento, à esta accion, todos se quedaron mirando, y estuvieron muy atentos con la esperanza de ver esta famosa Piedra, origen de todas las riquezas, ò por mejor decir, esta quimera del pueblo, y esta locura de los Alquimistas. Entonces le dixo el Padre: de què especie la quereis? Pues què (replicò Trafiac) las hay de muchas especies? Si (dixo el P.) Hay unas que mudan los metales en plata, y otras que los mudan en oro. O! (dixo Trafiac) dadme la que muda en oro. Teneis razon (dixo el P.) conviene siempre escoger lo mejor. Pero de què especie aun la quereis? Porque hay unas que mudan en oro para dos años, para un año, para seis meses; y otras que mudan para diez años, para veinte, cincuenta, ciento. En todo caso dadme la mejor, (dixo

Tra-

Trasiac) la que muda en oro para cien años. ¿Pero contais (replicò el P.) vivir todavia cien años? No, (respondiò Trasiac) pero què importa? Yo me servirè de ella siempre mientras viviere, y el oro que yo hubiere hecho durarà cien años. Y si yo os diera una (dixo el P.) que mudando el oro para cien años, os hiciera vivir à vos cien años? O! mi buen Padre (dixo Trasiac) dadme esa. Pero despues de ese tiempo (dixo el P.) siempre serà preciso morir. Bien lo sè yo; (dixo Trasiac) mas què quereis hacer? Siempre habrè vivido mucho tiempo y à mi gusto. A lo que yo veo (dixo el P. Antonio) vos amais la vida, y una vida feliz. Tengo compasion de vos, y es menester daros la verdadera Piedra Filosofal, la que muda todo en oro, y para siempre, y que os harà vivir para siempre. En què consiste ella (dixo Trasiac)? Esta consiste (respondiò el P.) en hacer todas vuestras acciones por Dios, en sufrir por Dios todo lo que os suceda, en no mirar sino à Dios, su gloria, y

su

su amor. Este Santo amor todo lo mudarà en oro, y para siempre, y os darà una vida que durarà siempre. Ah! rato ha (dixo Trafiac) estaba yo viendo que os burlabais de mi. Yo no hablo de ese oro, sino de un oro que suena mas, y que es mas solido. Pues què pensais (dixo el P.) que este que dura siempre no es mas solido que el que no dura mas que un instante? Y què unos bienes que os procuran una vida feliz y eterna, no valen mas que los que no pueden impediros morir, y que no podrian procuraros un dia de vida, ni un dia de salud? Todo eso esta muy bueno (dixo Trafiac); pero mirad, veis aqui gentes que no se pagan con esa moneda. En efecto habian ya arribado, y los marineros pedian à cada uno la paga del pasage.

Luego que desembarcaron, cada uno tirò por su lado, y los dos Capuchinos se fueron juntos. Entonces dixo el hermano Eudo: mi Padre, buena Piedra Filosofal nos habeis dado ahì: yo no sè si el Señor Trafiac se aprovecharà de

ella;

ella; mas por lo que hace à mì, yo quiero usarla continuamente. Hareis muy bien (dixo el P. Antonio): pero al mismo tiempo pedid à Dios por el Señor Trafiac, porque èl me ha escuchado con una atencion que me hace mucho esperar de èl. Yo me imagino (dixo el hermano Eudo) segun lo que habeis dicho, que hacer sus acciones por un buen fin, es convertirlas en plata; por exemplo, hacer buenas obras, dar limosnas para borrar sus pecados, ò para conseguir la gracia de no volver mas à caer en ellos, es ganar plata; pero hacer todo esto por el amor de Dios es ganar oro. Mi querido hermano (replicò el P. Antonio) el motivo del amor de Dios, no excluye los demas motivos. Haciendo una accion por un motivo particular como el de borrar vuestros pecados, podeis no pararos ahì, sino pasar mas adelante, y desear borrarlos por el amor de Dios, por la gloria de Dios, por la glorificacion de su Santo Nombre, y entonces todo se muda en oro. Todo

de-

debemos referirlo à Dios; nuestra salvacion misma, nuestra santificacion, nuestra perfeccion. Ah! ahora (dixo el hermano) entiendo eso; y veo que yo atrasarìa mucho por la falta de instruccion: mas de aqui en adelante lo referirè todo como por ultimo termino, al amor de Dios, y à su gloria. En esta conversacion arribaron los dos Religiosos al puerto de mar, donde se embarcaron para la America. Quatro años despues le fue preciso al P. Antonio volver à pasar à Europa para los asuntos de la Mision. En el primer Convento de Capuchinos donde llegò fue sorprehendido, porque desde bien lejos que el Portero le viò, se fue corriendo à èl, y abrazandole le dixo: Ah! P. Antonio, como me alegro de volveros à ver! Yo (dixo el P. Antonio) no sè que os haya visto jamas. Quien sois vos? Yo (dixo el hermano Francisco) soy Portero del Convento. No os conozco todavia. Pues yo (dixo el hermano Francisco) baxè el rio en el mismo barco que vos.

En-

Entonces mirandole el P. atentamente le dixo: sois por acaso el Señor Trafiac? Ese mismo soy, à quien vos disteis la Piedra Filosofal. Yo no pensè en otra cosa mas que en ella desde que me apartè de vos; y en lugar de mi viage à la America, fui à solicitar me recibiesen en el Orden, donde no he olvidado la Piedra Filosofal, y donde procuro usarla todos los dias. Diciendo esto llegaron al Convento: todos los Padres se juntaron para recibir al P. Antonio, y el hermano Francisco les contaba su historia, con la que fueron todos edificados, y animados mas que nunca, à hacerlo todo, y à sufrirlo todo por el amor de Dios.

Animemonos nosotros mismos à una pràctica tan Santa, tan suave, y tan ventajosa. Esta es la verdadera riqueza, la Piedra Filosofal.

Parabola XXXVII.

Mariana, ó la Huerfana afortunada.

Un Caballero llamado Rodolfo, habiendo quedado viudo y sin hijos, y viendose en edad abanzada se retirò à una de sus tierras para darse allì à las buenas obras y no pensar mas que en su salvacion. Tenia costumbre à cierta hora del dia de irse à la puerta del Castillo con los Criados que llevaban la sopa, la carne, el pan, y el dinero, y èl mismo distribuia la limosna à los pobres que se presentaban. Entre ellos habia una niña de once años llamada Mariana, que todas las veces que recibia su limosna besaba la mano que se la habia dado. Como ella era la unica que testificaba asi su reconocimiento, esto hizo que la notasen, y Rodolfo tenia cuidado de aumentar su li-

limosna. Y habiendola mirado con mas atencion hallò ser hermosa à pesar de las viejas vestiduras que la cubrian. Preciso es (se decìa èl à sì mismo) que esta niña estè agradecida, pues me testifica asi su reconocimiento, y yo quiero hacerle bien. Mas no obstante conviene (añadiò) que haga de ella alguna prueba. Habiendose presentado Mariana el dia siguiente como acostumbraba, Rodolfo daba à todos los que estaban junto à ella y à ella no le daba nada; y no habiendo ya mas que ella, le dixo Rodolfo: *ya no hay mas, todo se ha dado.* Mas no por eso dexò la niña de llegar y besar la mano. Bueno es esto (dixo Rodolfo para sì); mas veremos mañana. El dia siguiente la pasò tambien, y quando no hubo mas que ella, puso un semblante desabrido, y con un tono aspero le dixo: *ya no hay mas.* Pero ella no dexò aun de llegar y besar la mano Rodolfo estaba encantado: seguramente (dixo) me cuesta trabajo hacer tercera prueba de esta niña; pero tam-

tambien si la sostiene, no habrà bien que no le haga. Al dia siguiente hizo el mismo disimulo: la pasò sin darle nada; diò à los otros, y quando no hubo mas que ella le dixo: *no hay nada mas.* Con todo llegò ella como acostumbraba y le besò la mano. Entonces le dixo Rodolfo: mi niña sigue à los Criados; vete con ellos à la cocina y allì os daràn de comer. Señor, (replicò la niña) lo que yo pido, no tanto es para mì, como para una buena muger en cuya casa estoy, y quien me ha criado. Yo queria mejor no comer, y que vuestros Criados me diesen algo que llevarle. Pues bien, mi querida hija, (replicò Rodolfo) vè no obstante à comer, y luego que hubieres comido te hablarè, y harè que te den para que lleves à tu buena muger. Luego que la niña comiò, baxò Rodolfo mismo à la cosina, y habiendose sentado, hizo entrar à Mariana que se habia quedado à la puerta, y le dixo: Mariana, què has pensado de mì en estos dos ultimos

mos dias que no te he dado nada? Señor, (le dixo ella) yo no he pensado nada. No, (dixo Rodolfo) yo quiero determinadamente que me digas, quales han sido tus pensamientos. Señor, (dixo ella) una vez que me lo mandais, os lo dirè. Yo he pensado, que si aquello sucedia por casualidad, esa era la voluntad de Dios, y que era preciso tener paciencia: y si por el contrario era mi Señor Rodolfo quien lo hiciese de proposito, eso era bueno para mi; que èl tenia sus designios, y que me serìan ventajosos. Pero quando al segundo dia (replicò Rodolfo) me mostrè desabrido, y te hablè con aspereza, que pensaste tu? Señor, eso me confirmò en la idea, que mi Señor lo hacìa à proposito: yo tuve en ello mucho gusto, y esperè de ahì sacar algun bien. Es posible! (exclamò Rodolfo mirando à sus Criados que estaban atentos à este razonamiento) es posible, que tales pensamientos vengan al espiritu de una niña de esta edad? Pero dime (le

di-

dixo) y si yo hubiera continuado asi mucho tiempo? Señor, hubiera esperado siempre. Pues mira hija, vè y lleva de comer à tu buena muger, y dile que luego que coma quiero hablarle; que venga acà, y tu ven con ella.

No es necesario entrar en la relacion de todo lo que acaeciò despues; entonces la historia pareceria cuento: basta saber que Rodolfo supo por esta muger que Mariana era hija de un Caballero amigo suyo, que habia muerto de pesadumbre por la pèrdida de un pleito que le habian puesto los herederos de su muger, y lo habia dexado arruinado. Rodolfo acogiò à la buena muger en su casa; mandò criar à Mariana segun su calidad; la amò como à su hija, y algunos años despues la casò con un sobrino suyo, y la hizo su heredera.

Què tierna que es esta historia! Fixemos en ella por un momento nuestra vista, y saquemos de aquì alguna instruccion. En la bondad de Rodolfo ve-

vemos una leve imagen de las bondades de Dios, y de sus designios en orden à nosotros. Y en la conducta de Mariana vemos la que nosotros debemos tener en orden à Dios.

Dios nos da à todos abundantemente: demosle las gracias. Si da à algunos mas que à vos, dadle las gracias, y besadle su mano. Estad persuadidos, que en todas afficciones que os envia tiene sus designios, y que todos son à vuestro favor: besad su mano. San Pablo nos ha dado un excelente compendio de la vida espiritual, recomendandonos, que demos à Dios las gracias de todo, por nuestro Señor Jesu-Christo. Lo que agota para nosotros el manantial de los bienes, y de las gracias, es nuestra ingratitud. ¿ No sabeis (dice San Pedro) que el fruto de vuestra paciencia es la herencia celestial? Si quereis, pues, conseguirla, sed reconocidos. Por el reconocimiento llegarèis à tener à Dios por Padre, à Jesu-Christo por Esposo, y al Cielo por herencia.

PARABOLA XXXVIII.
El Microscopio.

EL Cardenal Sfondrati, Autor cèlebre del Orden de San Benito, refiere un hecho comico acaecido en la muerte de un Religioso Aleman. Este Religioso, hombre igualmente piadoso y sabio, iba de Praga à Inspruk para tomar los aires patrios, y procurar restablecer su salud. El viage acabò de arruinarsela, y muriò en el camino en una Villa ò Lugar que no se nombra. La Justicia del Lugar se fue al instante à la casa donde habia muerto, y haciendo el inventario de su bagage, hallaron una caxita, que su extraordinaria exrructura llamò desde luego la atencion para mirarla como misteriosa, y sospechosa. Ella era negra, y formada de madera y de vidrio. Pero se admiraron mucho mas, quando el primero que mirò dentro de la caxa por el vidrio de arriba, exclamò todo azorado, y retrocediendo quatro pasos:

sos:

sos: *ab renuntio tibi, satanas*. Lo mismo dixeron todos los que miraron despues de èl. Efectivamente vieron en esta caxa un animal vivo, negro, enorme, espantable, con unos cuernos terribles, y de una longitud prodigiosa. Estaban sobresaltados, y no se sabìa què pensar de un monstruo tan horrible, quando un joven, que apenas habia acabado su curso de Filosofia, hizo observar à la asamblea, que la bestia que estaba en la caxa era mucho mas grande que la caxa misma; y que en el caso presente el contenido era mayor que el continente, lo qual era contrario à todo principio de Fisica, y no podia ser (decìa) naturalmente. De donde inferìa, que el animal de la caxa no era animal material, y que debia ser un espiritu baxo la forma de un animal. Todos aplaudieron esta observacion, y no hubo uno que no se persuadiese, que era el Diablo en persona quien estaba en la caxa. Por lo que hace al que tenia esta caxa, y la traia consigo, inferian con la misma evidencia, que no podia tenerla sino por mal

fin, y que no podia ser sino un hechicero ò un magico. El rumor de este acaecimiento diabolico no tardò en esparcirse. Todo el Lugar corriò à la casa: cada uno quiso mirar en la caxa, y todos se decían los unos à los otros con pavor, y espanto: *Hoy hemos visto al Diablo.*

Mientras que se mostraba la caxa al Pueblo para satisfacer su curiosidad, el Juez por su parte estaba formando autos. En ellos se condenò al muerto à ser privado de sepultura Eclesiastica, y dexò orden al Cura que usàra de los exorcismos de la Iglesia para hacer salir al Demonio de la caxa, y arrojarlo de todo el Pais. La sentencia del Juez no se extendiò à mas; pero los Politicos del Lugar llevaban mucho mas allà sus reflexiones. La magia de aquel Religioso debia, segun ellos, ser mirada como comun à todos sus Compañeros; y una sentencia de proscripcion general, deberia comprehender à todos, segun aquel Oraculo de Virgilio: *Crimin- ab uno disce omnes.*

En el tiempo que todos estaban ocupa-

pados con estas maravillas, ò por mejor decir, con este escandalo, que cada uno hablaba de èl à su modo, y que los espiritus estaban en una agitacion, y en una fermentacion inexplicable, veis aqui que un Filosofo Prusiano pasò por este Lugar: no omitieron festejarle con la novedad del dia; pero quando oyò hablar de un Religioso hechicero, y de un diablo encerrado en una caxa, se burlò tanto de la novedad, como de los novelistas. Entre tanto habiendo venido los principales del Lugar à visitarle, le hicieron instancia à que viniese à ver por sus ojos los hechos espantosos, que no podia creer por su relacion. No pudo dispensarse de ceder à sus instancias; pero quando le mostraron la caxa magica, diò una gran carcajada de risa. ¿ Es posible (exclamò) que en este Pais no se conoce todavia la nueva invencion del Microscopio ? Este es, señores, un Microscopio: creedme, que no es mas que un Microscopio. Mas no sabìan lo que queria decir con esto; el termino era tan desconocido como la co-

sa, y por tanto comenzò aun à hacerse sospechoso à muchos, y lo hubieran tenido tambien por un hechicero, sino se hubiera apresurado por destruir el encanto, y disipar la ilusion. Tomò, pues, la caxa, le quitò la tapadera en la qual estaba engastada la lenteja, y habiendo volcado la caxa, se viò salir de ella un escarabajo pequeño con cuernos, que luego empezò à pasearse sobre la mesa. El Filosofo explicò despues este secreto de Optica, de modo que lo entendiesen los expectadores. Entonces una nueva admiracion succediò à la primera; y el animal sobre la mesa pareciò tan risible, quanto habia parecido horrible en la caxa. Entonces se desvanecieron las sospechas; el Juez rompiò su sentencia; la memoria del Religioso se restableciò, y cada uno se volviò à su casa riendose. Hallose alli sin embargo una especie de gente de honor, que publicò por todas partes la aventura del Religioso, no hablando sino de la caxa, y de la sentencia del Juez, sin hacer

men-

mencion, ni del Filosofo, ni del Microscopio.

Esta historia con ser tan ridicula, nos da una instruccion muy sèria, que deberia corregirnos en orden à tres defectos. 1. Sobre nuestra precipitacion en juzgar mal de otro. Nosotros no vemos los defectos de los otros sino en un Microscopio, que aumenta espantosamente los objetos. Este Microscopio es nuestro corazon, y la lenteja nuestra propia malignidad. ¿Què son todos aquellos delitos, aquellos horrores, aquellos monstruos que vemos en el proximo? No son mas que un escarabajo en el Microscopio: quitale la lenteja, y no quedarà quando mas, sino una cosa ridicula, digna de compasion, y de indulgencia. 2. Sobre nuestra facilidad en creer lo malo que se dice de otro. Estad persuadidos, que los que dicen mal de otro, no hablan de èl sino despues de haber mirado por el Microscopio: si hablan de lo que han visto, han visto en el Microscopio: si hablan despues de haber oido à los otros, es Microscopio sobre Micros-

croscopio. Quanto mas se repite un hecho por muchas bocas, tanto mas se desfigura y se aumenta, y se multiplican mas los Microscopios. Quita estas lentejuelas, què hallarèis? Un escarabajo en el Microscopio. 3. Sobre nuestro desordenado deseo de referir lo malo que sabemos de otro. No seais de tan mala fe para hablar del animal monstruoso en la caxa sin hablar del Microscopio; ò si no quereis hablar del segundo, no hableis tampoco del primero, que no merece la pena, y dexadlo por lo que es, por un escarabajo en el Microscopio. Ha! lo que hay todavia de Paises, de Ciudades, y de casas, donde no se conoce la invencion, y la ilusion del Microscopio!

PARABOLA XXXIX.

Aristenes, ó el Debil vengado

UN Filosofo llamado Aristenes, pasando tranquilamente por la calle mayor de Tebas en Beocia, se sintiò herido de una

una pedrada: volviose al punto, y fue derecho al que se la habia tirado. Pero viendo que era un joven artesano, forzudo y resuelto, sacò de su faltriquera una monedilla de plata, y se la diò, diciendole al mismo tiempo: amigo mio, disculpadme si no os doy mas que eso, por el obsequio que me acabais de hacer: si yo fuera mas rico, os remuneraria mejor. Pero veis ahì (añadiò) un Señor que va delante de vos: si le haceis el mismo obsequio, no hay duda que os pagarà como es debido, tanto por sì como por mì. Por ultimo este Señor era el Rey mismo, el famoso Epaminondas, el mayor guerrero, y el mas habil Capitan de toda la Grecia. Este se volvia à pie à su Palacio, acompañado solamente de dos Oficiales Generales, y precedido de seis Alabarderos. Nuestro joven Beociano, atraido con el cebo de la ganancia, se dexò persuadir, levantò una piedra, corre àcia el Señor, y luego que estuvo à tiro, le arrojò la piedra en las espaldas, y se quedò allì esperando su recompensa. En efecto la recibiò; porque

dos

dos Alabarderos se destacaron, y despues que con las alabardas le descargaron algunos golpes sobre los ombros, lo llevaron à las Carceles Reales. Nuestro Filosofo presenciò todo este pasage. Luego que el joven le viò, exclamò diciendole: Ah, traidor, que me has engañado! Mira que bella recompensa me han dado. Tu la tienes qual la has merecido, le replicò el Filosofo. Tu eres, insolente, quien te has engañado, creyendo que podias insultar libremente à quantos pasasen, y apedrear à hombres de honor que no te decian nada, ni te habian hecho jamas daño alguno. ¿No te lo habia yo dicho, que ese Señor te pagarìa por sì, y por mì? El joven confesando su culpa, querìa rogar al Filosofo, que intercediese por èl para con el Rey, pero no se le diò tiempo. Lo llevaron à las Carceles, donde sufriò el ultimo suplicio.

Tres cosas hay que observar. 1. La astucia del Filosofo. El Christiano debil y oprimido, no tiene necesidad de usar de ella: la cosa està arreglada: todo el

mal

mal que se le hace, es hecho à su Rey. Lo unico que le queda que hacer es tener paciencia; alegrarse de la recompensa que le està prometida, y rogar por el que le maltrata, para que por medio de un sincero arrepentimiento aparte de sì los severos castigos que el Rey de la eternidad le prepara.

2. La necedad del Beociano. Vosotros os contemplais, sin duda, mucho mas sagaces que èl, y os lisonjeais que jamas caeriais en el lazo en que èl cayò. Lo creo: creo seguramente que no querrias hacer à un Grande, à un hombre con empleo, y capaz de vengarse, lo que haceis todos los dias à pequeños, y à aquellos de quienes nada temeis. Pero sois mas locos que aquel estupido Beociano, pues sabeis bien, que todo el mal, toda la injusticia, toda la penalidad, toda la molestia que haceis al menor de estos pequeños, la haceis al Rey del Cielo, pues tiene declarado, que la reputaba como hecha à sì mismo.

3. El rigor del suplicio. Si el castigo

tigo os parece exorbitante, pensad que una ofensa leve, si es hecha à un Rey, se hace enorme, y merece el mas severo castigo. Temed, pues, de ofender al menor hermano vuestro, pues eso serìa ofender al Rey mismo del Cielo, quien tiene para castigaros calabozos de fuego, y de un fuego eterno. Al contrario, procurad dar à vuestros hermanos todos los socorros de que fuereis capaces; hacedles todos los beneficios que pudiereis; porque todo el bien que les hiciereis, el Rey del Cielo ha declarado, que lo reputarìa como hecho à sì mismo; y à proporcion de eso lo recompensarà con una felicidad, y una gloria eterna,

O! quànta dulzura, paciencia, miramiento, condescendencia, y caridad para con nuestro proximo debe inspirarnos esta verdad!



PA-

Parabola XL.

Quexa de los Cretenses á Jupiter.

Esta Fabula moral nos viene de los Griegos. Como no ha sido tratada por los Latinos, sino que Horacio solo hace de ella una ligera alusion en una de sus Satiras, y por otra parte es muy moral, he juzgado poderle dar aqui algun lugar.

Los Cretenses representaron un dia à Jupiter, que era cosa muy vergonzosa, y de mucho disgusto para ellos, que habiendole servido su Isla de cuna, y habiendole alimentado muy largo tiempo, y criadole entre ellos, no les hubiese concedido todavia algun privilegio particular, que los distinguiese de los demas Pueblos del universo: que le suplicaban les concediese alguno, que fuese digno de su grandeza, de su bondad, y del afecto que le tenian.

Jupiter les enviò à Mercurio para decirles, que no tenian sino pedir lo que

gus-

gustàran, y que se les concederìa. Y aun añadiò, que en el caso que la primera, y segunda peticion no tuviese el efecto à medida de sus deseos, les permitia hacer hasta tercera peticion. Con esto quedaron los Cretenses muy contentos.

La primera peticion que hicieron fue, que los vecinos de Creta estuviesen exentos, durante sus vidas, de trabajos, de penas, de aflicciones, y de inquietudes: en una palabra, de todo mal. Mercurio en nombre de Jupiter les respondiò, que su peticion era exorbitante: que esa exencion era un privilegio del Cielo, que no se podia conceder à la tierra, y que asi pasasen à segunda peticion.

La segunda fue, que à lo menos les fuese permitido entre sì trocar sus penas y sus disgustos. Jupiter se lo concediò, y Mercurio les señalò un lugar, donde concurririan todos los que quisieran trocar, declarandoles, que esta especie de feria se comenzaria tal dia, que en efecto les señalo, y duraria ocho dias. Al instante cada uno hizo un fardo de sus penas y tra-

bajos, y se fue al lugar señalado. Quando los pobres vieron que los ricos habian tambien ido para trocar, se fueron à ellos, contando hallar alli grandes ventajas; pero habiendo mirado bien sus fardos, sus tormentos, sus envidias, sus temores, &c. no las quisieron, y se retiraron. Los ricos, que habian alabado muchas veces las ventajas de la medriocridad, viendo en la feria gentes de una fortuna mediocre, corrieron à ellos para trocar: pero habiendo mirado bien sus fardos, y visto su moderacion en la comida, y bebida, su economìa, &c. no quisieron trocar, y se retiraron. No se veia en toda la feria mas que yentes, y vinientes, mirones, y examinadores, y ningun trocador. Los ocho dias se terminaron, y cada uno se retirò como habia venido.

Viendo los Cretenses que esta segunda peticion les habia salido tan mal, y que no les quedaba mas que una que hacer, se juntaron para arreglar la tercera, y hacerla mas moderada que la primera, mas razonable, y mas practicable que la se-

segunda: y por ultimo determinaron lo siguiente.

La tercera peticion fue, que la porcion de sus penas, y de sus trabajos no excediese la porcion de sus gustos, y de sus utilidades: que no fuesen mas infelices que felices: en una palabra, que para ellos fuese igual la suma de los bienes, y la de los males. Mercurio vino à decirles, que à Jupiter le habia agradado infinitamente su tercera peticion; y que no solamente les concedia lo que pedian, sino que se lo concedia una vez mas: esto es, pretendia que entre ellos la suma de los bienes sobrepujase al doble la suma de los males. Esta declaracion fue recibida con grandes aclamaciones, y clamores duplicados de *viva Jupiter, viva Mercurio.* Luego que se aquietaron las voces, prosiguiò Mercurio, y les dixo: Los que desean, pues, alguna mutacion en su fortuna, hagan dos fardos, en el uno pongan las utilidades que gozan, y en el otro las penas que padecen: tenganlos dispuestos para tal dia en tal parage; yo irè allà, y

los

los pesarè; y si la suma de los bienes no es duplicada à la suma de los males, aumentarè los bienes, ò disminuirè los males, para poner las dos sumas en la proporcion que Jupiter os concede. Pero tambien si los males no llegan à la mitad de los bienes, serà menester que aumente los males, ò que disminuya los bienes, para que se halle en ellos la proporcion. Eso es justo, exclamaron todos; eso es justo, y cada uno se retirò à su casa para hacer sus fardos.

Llegado el dia todos concurrieron cada uno con sus dos fardos. No dexaron tambien de concurrir hasta los ocho Reyes de Creta. Pero advirtiendo Mercurio que cada uno llevaba uno grande, y otro pequeño, y dudandose lo que esto era, levantò la voz, y les dixo: Señores, no es razon que yo pese vuestros fardos, sin saber lo que hay en ellos; porque si alguno desfrutàra una utilidad que no hubiese puesto en su fardo, serà menester que yo la ponga en èl antes de pesarlo: y si por el contrario alguno hubiera puesto

en su fardo males de pura imaginacion, ò que èl se hace à sì mismo voluntariamente, serà menester que yo los quite, pues no he de pesar como real un mal imaginario, ò un mal que se ama. Esta proposicion pasò sin contradiccion, y sin rumor; mas no obstante no dexò de causar à algunos cierta especie de inquietud.

El primero que se presentò para ser pesado fue el Rey de Gortines. Mercurio abriò el fardo pequeño, y hallò que no habia puesto su independencia de todo otro hombre en la tierra, y la puso en èl. Tampoco habia puesto una salud perfecta y robusta que gozaba, y la puso èl. Asimismo añadiò algunas otras utilidades, que el Rey habia omitido, y cerrò el fardo. Despues abriò el de las penas, y hallò, 1. inquietud sobre la destreza de los Generales de los exercitos. Mal imaginario ò voluntario, exclamò Mercurio: elige mejor, ò manda tu mismo, y lo quitò. 2. Desconfianza de la fidelidad de los Directores de las Rentas Reales. Tambien imaginario, ò voluntario, dixo Mercurio,

y

y lo quitò, añadiendo: Ten la molestia de escogerlos bien, y de examinar sus operaciones. Esta obligacion està comprehendida en el paquete de las penas del gobierno, que buen cuidado has tenido de ponerlo en el fardo. 3. Temor de lo que dirà el Pueblo à cerca del gobierno. Tambien imaginario, ò voluntario, repitiò Mercurio. Aplicate à hacer bien: el Pueblo lo sabrà, y no se hablarà de tì sino bien; ò si alguno dixere mal de èl, no te darà cuidado de ello. Habiendo quitado este tercero, y algunos otros semejantes, cerrò el fardo, y pesò. El fardo de las penas no llegaba à la quarta parte del fardo de los gustos: mas Mercurio no quiso tratar con rigor à este Rey, sino que añadiò solamente al fardo de las penas unas quartanas por dos años. Al instante le entrò la calentura, y con esto se retirò.

Por lo que hace à los demas Reyes, habiendo visto como tuteaba Mercurio à este, y examinaba sus fardos, habian hecho cargar los suyos, y se habian retirado.

El segundo que se presentò fue un Gentil-hombre, Grande de primera clase. Mercurio abriò el fardo pequeño, y no hallò en èl el privilegio de no tener sobre sì mas que al Rey: el honor de descender de un Heroe, no obstante que hablaba de ello muy frequentemente: el gusto de tener hijos bien nacidos, y que todos eran inclinados à lo bueno. Añadiò, pues, estas tres utilidades, y algunas otras, y cerrò el fardo. Abriò el de las penas, y hallò, primero: Inquietud à cerca de la fidelidad de su muger. Imaginario, dixo Mercurio, y lo quitò. Segundo: Pèrdida de un gran pleito. Voluntario, dixo Mercurio; ¿por què, contando sobre tu credito, lo sostenias, sabiendo que no tenias justicia? Tercero: El disgusto de ser siempre desgraciado en el juego. Voluntario, dixo Mercurio, ò juega mejor ò no juegues. Quarto: La pesadumbre de estar siempre aborrecido de sus vasallos. O imaginario, ò voluntario. Corrige tus vicios, y te amaràn. Despues de esta rebaxa, cerrò Mercurio, y pesò. El fardo de

de las penas no pesaba sino la sexta parte del fardo de los gustos. Para acercarlo à la mitad, le añadiò Mercurio la muerte repentina de su hijo primogenito. El Gentil-hombre recibiò la noticia de ella en aquel sitio mismo, despues de lo qual se retirò. Lo restante de la nobleza habia ya tomado su partido, y se habia ido.

El tercero que se presentò fue un Negociante. Mercurio abriò el fardo pequeño, y no hallò en èl el gusto de haber triplicado su fortuna en menos de quatro años: el gusto de haber extendido su nombre, y de haberle dado una terminacion noble: el gusto de igualar à los Principes èn la grandeza de sus habitaciones, en la magnificencia de su tren, en la suntuosidad de sus muebles, y en el luxo de su mesa. Le añadiò estos tres articulos; cerrò el fardo, y abriò el otro. Quitò de èl los desprecios de su muger, que era de calidad. Para què (dixo Mercurio) te casaste con ella? Quitò las disoluciones

de

de su hijo. Para què lo has criado tan mal? La fortuna de su vecino. Por què no te alegras de ella con èl? Los prestamos, y las repulsas de la nobleza. Para què la visitas con tanta frequencia? La vejez. O! eso va (dixo Mercurio) al fardo pequeño, y lo puso en èl. Pesado todo, el fardo de las penas no fue mas que la octava parte del fardo de las utilidades. Entonces Mercurio añadiò al primero la pèrdida de uno de sus Navios, que venìa de Sidon, y un acceso de gota cada seis meses. El Negociante recibiò la noticia de la pèrdida de su Navio, y habiendo contraido la gota en el instante mismo, subiò en su silla de posta, y se retirò.

Despues de este tercero despachado, no se presentò nadie mas. Cada uno habia vuelto à tomar sus fardos, y contento con lo que tenia se habia retirado, sin querer exponerse al examen.

Desde aquel tiempo no importunaron mas los Cretenses à Jupiter, y estuvieron tranquilos. Estemoslo tambien

no-

nosotros, pues esta Fabula nos pertenece, y nos da en cara tres vicios.

Primero. Nuestro orgullo. Nosotros nos olvidamos que somos hombres, sujetos à las penas, y à los sufrimientos: que estamos en la tierra, lugar de trabajo, y de dolor: que somos pecadores, deudores à la justicia de Dios. La exencion de todo mal, no se halla sino en el Cielo. Si la deseamos, deseamos el Cielo. Trabajemos por adquirirlo, y hagamos servir à eso nuestros sufrimientos mismos.

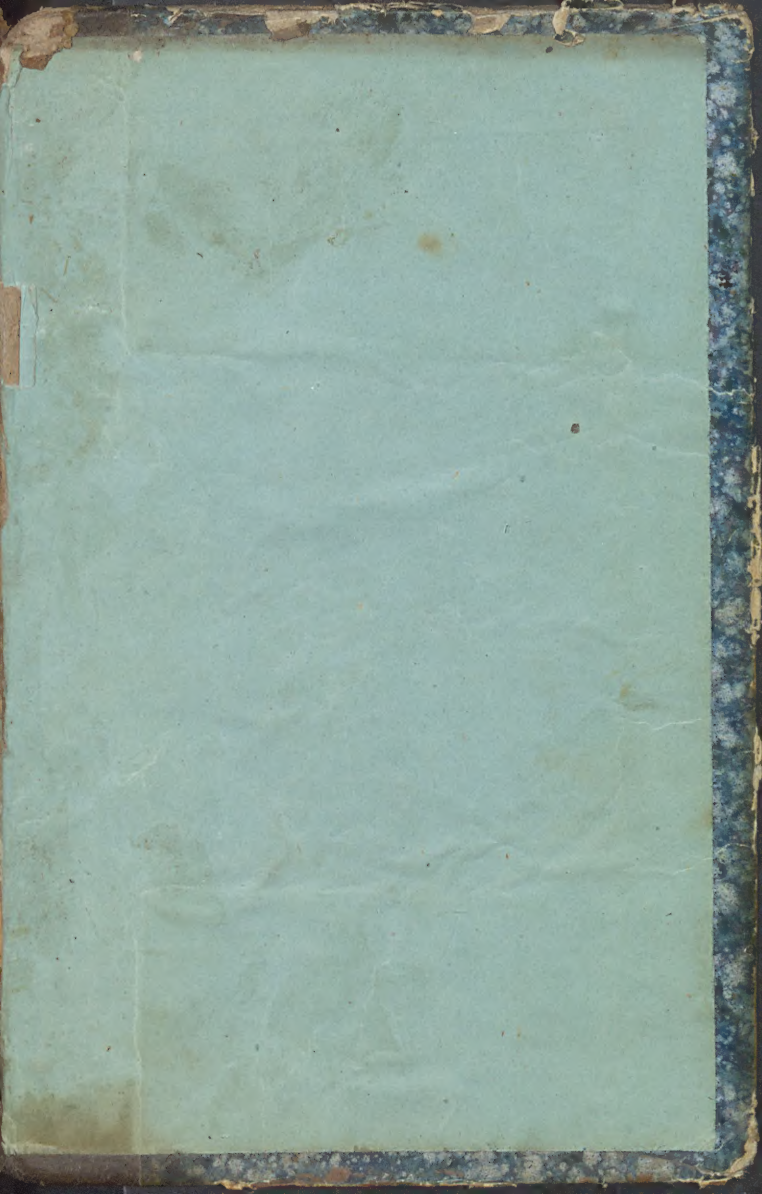
Segundo. Nuestra injusticia para con los otros. Nosotros nos imaginamos siempre que sufrimos mas que los demas. Por mas que tengamos que sufrir, quàntos hay que sufren mas que nosotros? No tengamos envidia à nadie. Ocupemonos menos en nuestras penas, y pensemos mas bien en aliviar las de nuestros hermanos.

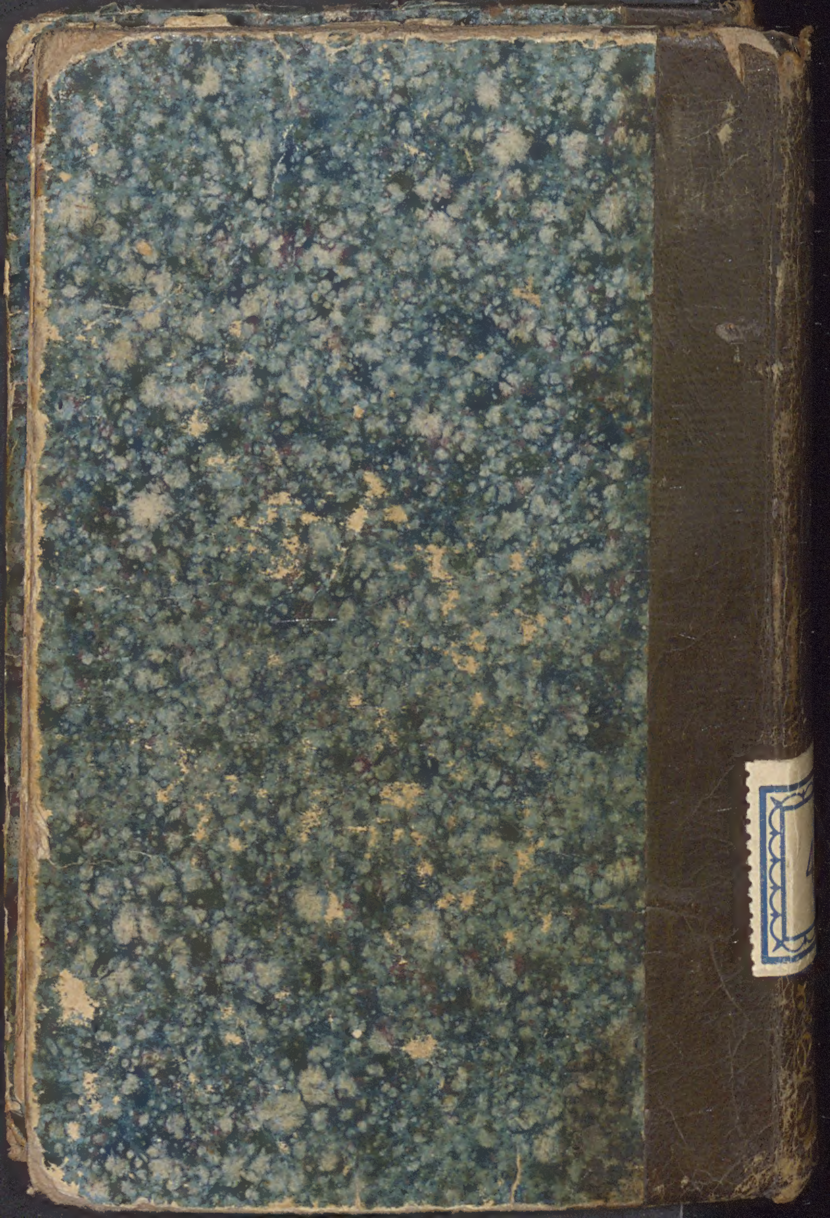
Tercero. Nuestra ingratitud para con Dios. Nosotros no hablamos sino de nuestras penas, y no pensamos en los be-

beneficios de que Dios nos llena: ponderamos aquellas, y disminuimos estas. O ingratos! y què bien merecemos que Dios nos castigue! Aprovechemonos por lo menos de sus castigos, y humillemonos baxo la mano que nos hiere. Estemos contentos con nuestra suerte, y demos à Dios las gracias de todo.

FIN.







EL

ABAD

2